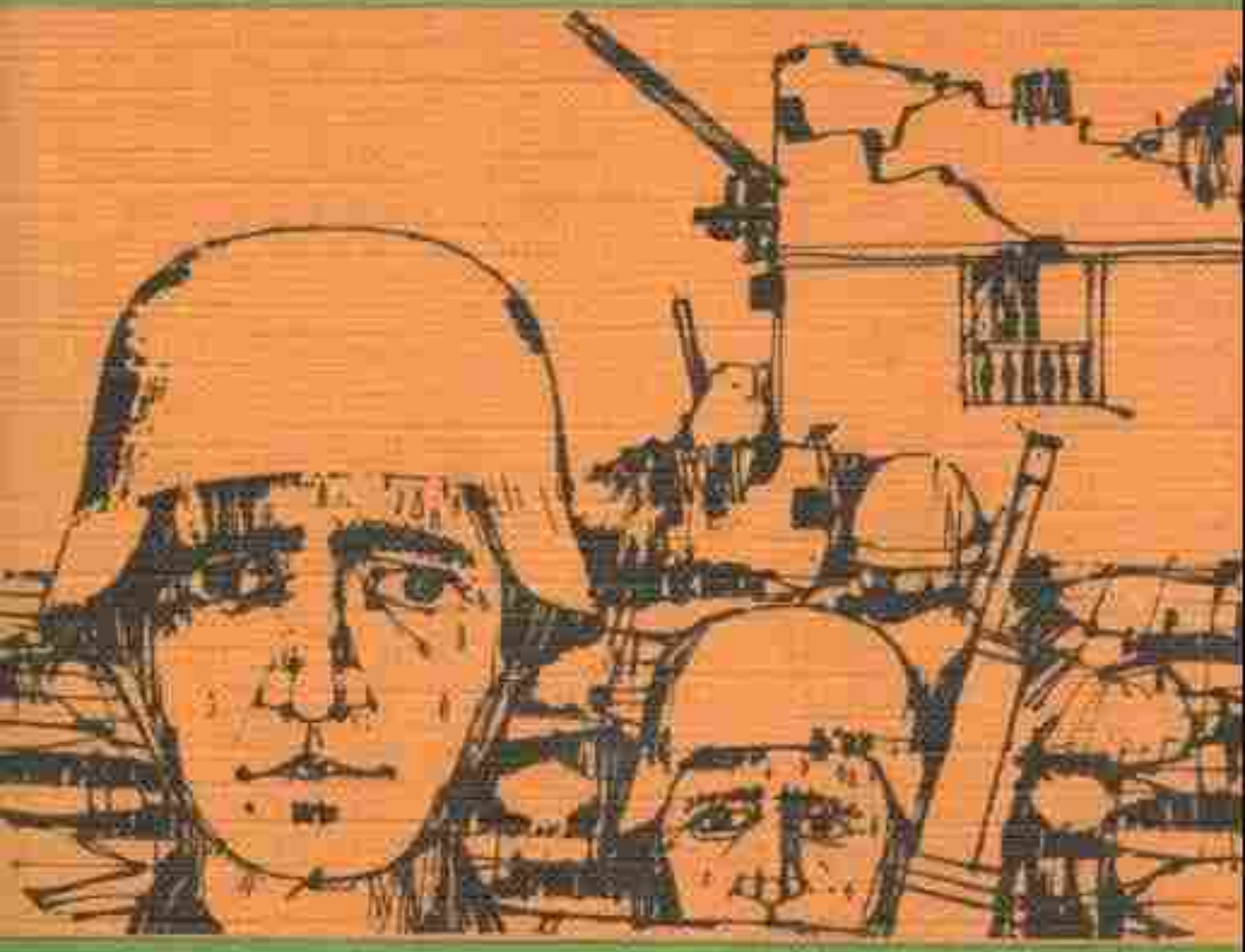
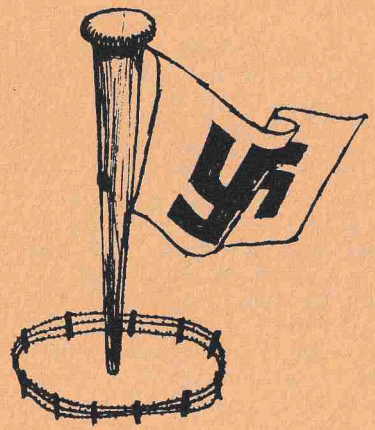


yo estuve en stalingrado

HANS WEEST

YO ESTUVE EN STALINGRADO

YO ESTUVE EN STALINGRADO



hans weest

EDICIONES RODEGAR
BARCELONA

Propiedad literaria reservada

Es propiedad

Número de Registro: 3.462-64
Depósito legal: B. 34.412-64
Rev. Regsa. Rvdo. Dr. R. Serinanell

EMEGÉ - ENRIQUE GRANADOS, 91 - BARCELONA

INTRODUCCIÓN

No, no fue allí...

Fue mucho más tarde cuando pude hacerme una composición de conjunto de lo que en realidad había sido la horrible y estéril agonía del VI Ejército alemán en Stalingrado...

No fue mientras permanecía atado a la tierra, sobre la inhóspita estepa, defendiendo como un autómata posición tras posición. No fue cuando se originó el desastre y empezó la retirada de las tropas alemanas, cercadas y hostigadas implacablemente por los rusos, hacia Stalingrado, la ciudad en ruinas por cuya posesión caían a diario miles y miles de soldados alemanes. Ni tampoco cuando llegamos al último reducto, los sótanos de Stalingrado, donde todavía un puñado de fantasmas prolongamos la resistencia en condiciones infrahumanas. Ni siquiera cuando finalmente, tras setenta y siete días de lucha agotadora, los restos del VI Ejército alemán —unos noventa y un mil hombres, noventa y un mil esqueletos vivientes, hombres enfermos, heridos, enloquecidos— capitularon ante los rusos.

No. Fue mucho después cuando pude hacerme cargo de lo que aquella inhumana batalla había significado. Fue incluso años después de haber sido liberado del campo de concentración ruso, cuando, reintegrado ya de nuevo a la vida civil en la Alemania Federal milagrosamente renacida de las ruinas a que la habían reducido Hitler y el nazismo, sí, fue entonces cuando, ya con el espíritu de nuevo equilibrado, pude percatarme de las verdaderas dimensiones alcanzadas por la lenta agonía del VI Ejército alemán aprisionado en la inmensa bolsa de Stalingrado.

Mientras la batalla se estaba librando, yo, uno de los muchos soldados que participaban en ella, sólo percibía los sufrimientos y contrariedades del momento. Después, cuando caí prisionero, un embotamiento general obstruyó mis facultades de discernir. Estoy seguro que algo parecido les sucedió a mis compañeros de cautiverio durante algún tiempo, desde el último soldado al mismo mariscal Von Paulus, jefe supremo del VI Ejército. La catástrofe había sido tan inmensa y la agonía tan prolongada y cruel, que uno, al menos esto me ocurrió a

mí, no estaba muy seguro de ser algo más que un fantasma sin vida propia.

Cuando, aferrado al fusil, hambriento, soñoliento y con los miembros ateridos, disparaba y disparaba, retrocediendo, siempre retrocediendo hacia el este, hacia Stalingrado, aquella lucha me parecía vagamente un sacrificio absurdo, totalmente estéril. Pero no estaba seguro de mí mismo. No estaba seguro de nada. Nadie creo que lo estuviera durante el transcurso de aquellas dantescas jornadas.

Nadie sabía realmente por dónde pasaba la línea del frente. Lo que hoy era retaguardia, al día siguiente había sido rebasada por los tanques rusos y uno no sabía muchas veces si las tropas rusas estaban frente a nosotros o por detrás. La verdad era que estaban siempre, o parecían estarlo, en cualquier lado.

Nosotros luchábamos al principio asombrados del poderío que de pronto habíamos descubierto en las tropas rusas. Después, al romperse el frente alemán en el Don, alucinados y, finalmente, durante los setenta y siete días que duró la resistencia del VI Ejército cercado en en la bolsa de Stalingrado, como autómatas, sin darnos realmente cuenta de lo que hacíamos ni por qué lo hacíamos.

Hoy, después de veintiún años, al pensar en aquellos terribles días vividos —¿era aquello vivir en realidad?— sobre la helada estepa rusa, me estremezco todavía y el espíritu se me hiela y ensombrece. No tan sólo al recordar los incontables sufrimientos padecidos, sino también al recapacitar sobre el estúpido, el injustificable sacrificio exigido por Hitler a los agotados hombres del diezmado VI Ejército cercado en Stalingrado. Una sorda cólera me invade y sólo a duras penas puedo recuperar el equilibrio necesario para poder explicar las causas, desarrollo y consecuencias de la batalla que significó el principio del fin del nazismo, al par que la muerte de más de doscientos mil soldados alemanes, inmolados cruelmente por el Führer en Stalingrado, en aras de su vesánica megalomanía.

Hoy conozco todo o casi todo lo que se escribió sobre la bolsa de Stalingrado. Se han intentado explicaciones para todos los gustos, se ha fantaseado mucho, se han tergiversado los hechos a capricho. Pero no se ha dado una visión de conjunto de lo que Stalingrado fue no sólo como lucha sobre la helada estepa rusa, sino como sacrificio estéril intuido apenas por el soldado alemán que participó en la lucha.

Yo voy a ofrecer ahora este relato veraz. Creo un deber hacerlo, ahora que conozco con suficiente perspectiva lo que ocurrió en Stalingrado y no sólo a través de mi personal experiencia de la lucha.

Ponerme a escribir ahora este libro significa además para mí establecer un nexo vital entre aquel doliente y embotado soldado alemán que casi llegó a perder por completo su noción de ser humano en el infierno de Stalingrado y el periodista, el hombre que ahora soy, ciudadano libre, con plena conciencia de mis deberes y derechos como

súbdito de esta Alemania renacida a la vida de la paz y del derecho, en la que el ser humano ya no es tan sólo un número como lo era durante la época nazi, sino un individuo responsable y respetado. La distancia existente entre aquel guiñapo humano —estafado, sacrificado en Stalingrado inhumanamente— y este hombre que hoy vive con plenitud de derechos y deberes en el seno de una sociedad progresiva y democrática, es realmente astronómica. Y, sin embargo, aquel soldado que casi había dimitido totalmente de su individualidad y este periodista que ahora soy... son la misma persona: Hans Weest.

Mi historia, mi devenir personal constituyen un vivo ejemplo de los extremos a que puede ser reducido el ser humano cuando una sociedad, cuando un pueblo se olvidan de su inalienable derecho a la libertad y se someten servilmente al dictado de quienes sólo ambicionan el poder por el poder mismo, es decir, como palanca impulsora de su propia concupiscencia.

I

A las órdenes del capitán general Walter von Reichenau hice la campaña relámpago de Polonia, enrolado en el X Ejército. El jefe de Estado Mayor de aquel ejército era Von Paulus, que, corriendo el tiempo, había de convertirse en el discutido mariscal a quien le tocaría la triste responsabilidad de rendirse en Stalingrado, tras una resistencia suicida y estéril.

Después de la ocupación de Polonia, el X Ejército se convirtió en el VI Ejército y fue destinado a Renania. Desde allí participaría en la ofensiva contra Francia.

Ante nosotros, bueno, ante Von Reichenau, capituló, el 28 de mayo de 1940, el rey de los belgas, Leopoldo III.

Después de ocupada Francia, el VI Ejército participó en los preparativos para la invasión de Inglaterra, proyecto que jamás había de ser puesto en práctica.

El plan «León de Mar», es decir, la invasión de Inglaterra, fue postergado por la operación «Barbarossa», o sea, el ataque alemán a Rusia, desencadenado el 22 de junio de 1941.

El plan «Barbarossa» fue preparado, como se sabe, por Von Paulus, a instancias de su superior inmediato por aquel entonces, capitán general Halder, jefe del Estado Mayor alemán. Paulus era a la sazón jefe de operaciones. Bien lejos estaría el futuro defensor de Stalingrado de sospechar que en Rusia iba a decidirse su propio destino militar y personal al mismo tiempo que el destino de la Alemania nazi.

Von Paulus estaba considerado como un perfecto militar de Estado Mayor, un jefe teórico, pero siempre se dudó de su capacidad para mandar directamente tropas en plena batalla. Los libros que posteriormente al desastre de Stalingrado se escribieron sobre Von Paulus lo presentan casi siempre como un hombre irresoluto, poco apto para tomar una resolución importante en un momento dado. Paulus era el tipo del militar reflexivo que necesita tiempo para sopesar el pro y el contra de una decisión antes de adoptarla. Cabalmente todo lo con-

trario de lo que se necesitaba en una situación como aquella en que se vio envuelto en Stalingrado el VI Ejército, cuyo comandante supremo era precisamente Von Paulus en aquella crítica ocasión. No resulta aventurado afirmar que la indecisión de Von Paulus costó al VI Ejército miles y miles de bajas innecesarias, totalmente innecesarias. Es éste, naturalmente, un juicio hecho por un simple soldado no profesional, más preocupado por las vidas de sus compañeros que por las implicaciones de ética militar que a todo general asaltan cuando ve a sus hombres en una situación comprometida. El militar profesional, naturalmente, no puede dejarse influir por sentimentalismos a la hora de tomar una decisión en el campo de batalla. El militar sólo puede tener en cuenta en la hora de la lucha los objetivos señalados por el mando. Pero, ¿era lícito, estaba justificado que el Alto Mando alemán exigiese a Von Paulus que sacrificase, sin esperanza alguna de salvación, a los hombres que luchaban bajo su mando en la descomunal bolsa de Stalingrado? Ahora está bien claro que no. Y está también bien claro que Von Paulus debió haber capitulado mucho antes, cuando se convenció de que el VI Ejército había sido abandonado a su triste suerte, condenado a su aniquilación por meros fines propagandísticos e incluso para que, con la desaparición de todos los hombres bajo la helada estepa rusa, no quedase un solo testigo que pudiese acusar a los responsables de la catástrofe de incapacidad y crueldad.

Pero no adelantemos los acontecimientos.

Cuando el ejército alemán atacó a Rusia, yo formaba parte del VI Ejército, en cuyas filas había logrado los galones de sargento por méritos de guerra adquiridos en la campaña de Francia. Yo era por aquel entonces un hombre todavía ilusionado, que creía luchar por el engrandecimiento de Alemania y tenía una fe ilimitada en la capacidad de mando de Adolfo Hitler. Contaba yo por aquel entonces veintitrés años. Aunque mi padre había sido socialista y perseguido por sus ideas al advenimiento del nazismo al poder —incluso fue encarcelado varias veces—, yo, guiado por mi entusiasmo juvenil, excitado por el aparato patriotero y propagandístico desplegado por el Partido, me había enrolado en las Juventudes Hitlerianas. Pronto iba a entibiarse aquel juvenil entusiasmo mío, demasiado pronto iba a experimentar en mi propia carne y en mi propio espíritu las consecuencias de aquella locura desatada por Hitler, no sólo en Alemania, sino a lo largo y a lo ancho de toda Europa.

En los primeros tiempos de la guerra, el estruendo de las efímeras victorias alcanzadas por el ejército alemán había puesto una venda de seda rosa ante mis ojos. No obstante, había tenido ya ocasión de observar más de un hecho arbitrario y sentido herido mi espíritu al ver cómo se conculcaban la justicia y el derecho y se atropellaban cínicamente, brutalmente, a quienes no se doblegaban ante la fuerza

del ejército y se oponían a las directrices del Partido. Pero todavía tenía fe en Hitler y en el alto destino que sin duda le estaba reservado a la Gran Alemania. Las cosas que veía y que me desagradaban las consideraba como pequeñas fallas que había que incluir en el inevitable debe de la guerra. Después, con la paz, todo volvería a marchar sobre ruedas.

Uno de los hechos de los que guardo más desagradable memoria de aquellos primeros años de la guerra fue el del fusilamiento, después de haberse firmado el armisticio con Francia, de dos soldados de mi misma compañía por el simple delito de haber bebido demasiado para festejar la victoria de Alemania. Los dos soldados, Franz y Alfred, se habían acercado a un pequeño pueblecito francés a unos cuatro kilómetros del cual acampaba nuestra unidad. Cuando regresaron, la tropa estaba formada, ya que el propio general en jefe había llegado para imponerle una condecoración al capitán de la compañía por su valeroso comportamiento en la toma de una cota. Franz y Alfred tuvieron la desdicha de ser vistos por el general en jefe caminando con el característico paso vacilante de los borrachos.

—¿De dónde vienen ésos? —preguntó el general en jefe, frunciendo el entrecejo.

El capitán no lo sabía.

—¿No tenían permiso para ausentarse de la posición?

El capitán tuvo que confesar que no.

—¡Que se les forme inmediatamente consejo de guerra por abandono de la posición! —ordenó fríamente el general en jefe.

Fueron juzgados inmediatamente y fusilados tres horas después, cuando aún no se les habían disipado por completo los efectos de la borrachera.

Aquello me pareció cruel, excesivamente cruel, innecesariamente cruel.

Me sentí entristecido por el fusilamiento de Franz y Alfred, dos jóvenes y alegres soldados, dos buenos camaradas, valientes a la hora de luchar, llenos de vida por delante... ¿No hubiera debido perdonárseles que, en una hora de alegría, hubiesen empinado el codo más de la cuenta y tratado de festejar a su manera la firma del armisticio con Francia?

Aquél fue el primer impacto en mi espíritu provocado por las brutalidades sin cuento de la guerra. Bien pronto el cúmulo de las que se desarrollarían ante mis ojos iba a insensibilizar casi mi espíritu ante el sufrimiento ajeno e incluso ante el mío propio.

II

Durante las campañas de Polonia y de Francia, el VI Ejército había hecho de martillo, aplastando a las tropas que se le oponían y conquistando sin cesar terreno enemigo. Cuando se inició la campaña de Rusia, hasta que fue cercado en la gran bolsa de Stalingrado y abandonado a su suerte, el VI Ejército siguió operando victoriosamente.

Aunque los más prestigiosos generales habían aconsejado que los esfuerzos del ejército alemán se volcasen en la conquista de Moscú, al iniciarse la campaña del Este prevaleció el criterio personal del Führer: ataque hacia San Petersburgo y hacia Ucrania. La conquista de Moscú quedaba como objetivo secundario.

Cuando el día 5 de enero de 1942 fue nombrado el teniente general Von Paulus comandante en jefe del VI Ejército en sustitución de Von Reichenau —que había sustituido a su vez a Von Rundstedt como comandante en jefe del Grupo de Ejércitos del Sur—, el ex jefe de operaciones jamás había mandado directamente ni siquiera un regimiento. No obstante, Von Reichenau, su antecesor en el mando del VI Ejército, le envió una carta de felicitación concebida en los siguientes elogiosos términos:

«Querido Paulus: Reciba mis cordiales saludos. No podía imaginarme al VI Ejército en mejores manos que las suyas. Hasta siempre. Con la fidelidad que siempre nos ha unido, me reitero suyo afectuoso.»

El mariscal de campo Von Reichenau tampoco podía imaginarse a buen seguro el destino que le estaba deparado al VI Ejército bajo el mando de Friedrich Von Paulus. Von Reichenau falleció poco después en el hospital de Leipzig, el día 17 de enero de 1942. Todavía no se había iniciado el contraataque ruso en Stalingrado y las tropas alemanas aún proseguían su victorioso avance hacia el Don.

El superior inmediato de Von Paulus a raíz de su nombramiento como comandante del VI Ejército —y tras la muerte de Von Rei-

chenau— era Von Bock, que mandaba al Grupo de Ejército en Poltava. Pero después lo fue —ya ocupado Stalingrado— el teniente general Von Lewinski-Manstein, que, cuando el VI Ejército quedó cercado, nada pudo hacer por aliviar su suerte, ya que las tropas a su mando sufrieron asimismo severas y reiteradas derrotas que quebrantaron su poder ofensivo.

La guerra en el Este había empezado ya a tomar un cariz inhumano y cruel. Según una orden promulgada en marzo de 1941 —la «Orden de los Comisarios»—, todos los comisarios políticos del ejército ruso que cayesen en manos de las tropas alemanas debían ser pasados en el acto por las armas.

La primera vez que la compañía mandada por el capitán Frank Teidel —a la cual pertenecía yo, ahora ya como sargento— capturó a un comisario político, el brigada Walter Müller quiso poner en práctica la «Orden de los Comisarios». Se acercó al prisionero con la pistola en la mano e iba a descerrajarle un tiro en la cabeza, cuando el capitán Teidel se interpuso gritándole:

—¿Qué va a hacer, Müller?

—Liquidar a este perro, mi capitán.

El capitán Teidel irguió la cabeza y cerró los puños, mientras miraba colérico de arriba abajo al brigada. Dos soldados y yo contemplábamos la escena a dos pasos. El comisario político ruso, un hombre de unos cuarenta años, fornido, de ojos azules y cabeza rapada, miraba alternativamente al capitán y al brigada. En los ojos del ruso había más estupor y rabia que miedo.

— Somos soldados, Müller, y no verdugos.

Lo voz del capitán tenía cierto matiz de desprecio.

—Mi capitán, está ordenado.

—¿Ordenado? ¿Se olvida usted, Müller, de que aquí quien da las órdenes soy yo?

—No lo olvido, mi capitán, pero...

—Un oficial alemán que se precie a sí mismo jamás se manchará las manos con la sangre de un prisionero, ni permitirá que un subordinado suyo asesine a mansalva. ¿Lo ha entendido, Müller?

El brigada lo miró torvamente.

—Guarde la balas para los enemigos que luchan de frente. Es un buen consejo, Müller.

El comisario ruso había esbozado una sonrisa y, mientras el brigada Müller enfundaba la pistola y se retiraba como un perro con el rabo entre piernas, intentó acercarse al capitán Teidel y estrecharle la mano. Pero el capitán hizo como que no lo veía y le dio la espalda.

—Sargento Weest —dijo el capitán dirigiéndose a mí—, ocúpese de que todos los prisioneros sean evacuados hacia la retaguardia.

—A la orden, mi capitán —le contesté.

No sabía por qué, pero me sentía alegre por aquel gesto del capitán. ¿Empezaba ya a hastiarme de tanta sangre? No, todavía era demasiado pronto. La tragedia no había hecho más que empezar.

No obstante, me sentía alegre por ver cómo el capitán Teidel había salvado la vida de aquel comisario ruso, incluso contra las órdenes dadas por el Alto Mando.

Efectivamente, el brigada Müller era quien tenía razón de acuerdo con la orden dictada por Von Reichenau el 10 de octubre de 1941, cuando se hizo cargo del mando del VI Ejército. Aquella orden decía lo siguiente:

«En relación con la actitud y el comportamiento de las tropas ante el sistema comunista no existen, en muchos casos, ideas muy concretas. La finalidad esencial de la campaña contra el régimen judíocomunista es el completo aniquilamiento de la influencia asiática sobre la civilización europea. Con ello se origina una serie de misiones para la tropa que superan los conceptos habituales. El soldado es en el Este no solamente un guerrero según las reglas del arte militar, sino también el portador de ideas raciales y el vengador de todas aquellas bestialidades que han sido infligidas a los pueblos afines y emparentados con el alemán. Por este motivo, los soldados han de tener plena comprensión de esta venganza contra el judaísmo internacional...»

Sí, aquella inhumana orden de Von Reichenau —que, años más tarde, me enteré de que había sido elogiada por el propio Führer— estaba vigente todavía. Por consiguiente, el brigada Müller tenía no sólo el derecho, sino también el deber de asesinar al comisario político que acabábamos de hacer prisionero. Pero también tenía razón el capitán, cuando decía que nosotros no éramos verdugos, sino soldados. Nuestra misión era combatir cara a cara al enemigo.

Desde aquel día, empecé a ver con otros ojos al brigada Walter Müller. ¿Era un hombre como yo? Empezaba a dudarlo.

III

Al hacerse Von Paulus cargo del mando del VI Ejército, el 20 de enero de 1942, las tropas alemanas habían sido contenidas por los rusos, que ahora contraatacaban a través del Donetz, río afluente del Don, a ambos lados del Irium.

Se había acabado nuestra marcha victoriosa. Por aquel entonces, los soldados, y también el Alto Mando, pudimos creer que aquello no era más que una interrupción. Con la llegada del buen tiempo, recobraríamos la iniciativa y le daríamos el golpe de gracia al ejército ruso. Sin embargo, no había de ser así. El ejército alemán ya no volvió a recuperar la iniciativa en el frente del Este.

Los rusos atacaban insistentemente por las zonas de Liman, Losovaia y Ligovka.

Aquí, en Ligovka, estaba mi compañía. Resistíamos desde hacía varios días las potentes acometidas de las tropas rusas, que contaban en aquella región con numerosos tanques, al paso que nuestras fuerzas acorazadas eran muy escasas y apenas hacían acto de presencia en aquel sector del frente.

En Ligovka, hacia el sur, el VI Ejército y el XVIII Ejército alemanes mantenían todavía el contacto. Los rusos intentaban romperlo con sus insistentes ataques, pero nosotros defendíamos el terreno desesperadamente.

Luchábamos francamente en malas condiciones. El frío hacía mella en nosotros, que no estábamos acostumbrados a aquellas bajas temperaturas de la estepa rusa.

Habíamos cavado en la nieve unas zanjas que nos servían de trincheras y allí, en el suelo, empezaba a formarse un helado fango que nos ateria el cuerpo de pies a cabeza.

El capitán Teidel iba de un lado para otro animándonos a todos y repartiendo cigarrillos entre los soldados. A uno, que había resultado herido en un muslo y que de momento no podía ser evacuado, le vendó la pierna herida rasgándose su propia camisa.

—Ánimo, muchacho —le decía mientras le curaba—. Pronto vendrán a evacuarte.

El soldado que era muy joven, se mordía los labios para contener el dolor. A veces, cuando sus ojos asustados y doloridos se encontraban con los del capitán, intentaba sonreír.

Apenas había terminado de vendar al herido, los rusos reanudaron el bombardeo con fuego de mortero de la trinchera que defendíamos. Nos apretamos a la enfangada tierra y, con las mandíbulas apretadas, esperamos a que el fuego cesase.

Pero cuando el fuego de mortero cesó, vimos avanzar hacia nosotros la infantería rusa, precedida de media docena de tanques.

Nos fue imposible contenerlos y hubimos de replegarnos a una segunda línea de trincheras cavadas unos quinientos metros a retaguardia. En la retirada sufrimos bastantes bajas y nos fue del todo punto imposible retirar a los heridos.

Aquel muchacho imberbe —apenas tendría dieciocho años— que el capitán Teidel había vendado con su propia camisa se quedó tendido en el fango de la trinchera, gimiendo inútilmente.

Sí, decididamente las cosas habían empezado a cambiar.

Evidentemente, los rusos pretendían romper el frente y atravesar el río Dniéper.

El ejército ruso, no sólo estaba mejor equipado que nosotros para hacer frente al invierno de la estepa —llegamos a luchar a temperaturas de treinta y cinco y cuarenta grados bajo cero—, sino que sus hombres estaban asimismo acostumbrados a la inclemencia del clima.

Los ferrocarriles situados tras las líneas alemanas no circulaban. Los transportes funcionaban con desesperante lentitud e insuficiencia. Ya empezaban a escasear tanto los caballos como el combustible necesario para los vehículos mecánicos.

Las condiciones, pues, de la lucha en el frente Este empezaban a ser lamentablemente malas para el soldado alemán. El General Invierno había hecho su presencia al frente del ejército ruso. Era el mismo famoso general que había derrotado a Napoleón hacía casi un siglo y medio. ¿Lograría derrotar también al ejército alemán?

El general Von Paulus concentró todas las reservas de que disponía a espaldas del ala derecha del VI Ejército, que era precisamente el sector en que luchaba la compañía del capitán Teidel. Sin embargo, las reservas eran insuficientes. De Alemania llegaban muy pocos refuerzos, debido a que las comunicaciones con la retaguardia estaban, como antes dije, seriamente bloqueadas por un cúmulo de factores contrarios.

En esto, en febrero de 1942, como anotó el día 4 el mariscal de campo Von Bock en su Diario, se tuvieron noticias de que los rusos se preparaban para iniciar una gran ofensiva: «La radio inglesa —escribía Von Bock— informa que Timoschenko quiere reconquistar Jarkov y Dniepropetrovsk para arrebatar a los alemanes los puntos de partida más importantes de la ofensiva planeada para la primavera en dirección al Cáucaso.»

Efectivamente, las tropas rusas iniciaron la ofensiva y en marzo amenazaron Jarkov. El VI Ejército se vio obligado a replegarse en toda la extensión del frente que ocupaba, que se extendía a lo largo de unos treinta kilómetros. La línea del frente, no sólo tuvo que retroceder, sino que no ofrecía ya la consistencia necesaria.

Los ataques de las divisiones acorazadas rusas se sucedían constantemente en toda la región de Jarkov.

El general Von Paulus sometió a Von Bock un plan de retirada de su ejército en vista de que su posición era sumamente vulnerable. A Von Bock le pareció demasiado pesimista la visión que Paulus tenía de la situación en su sector. Sin embargo, el VI Ejército se vio obligado a retirarse continuamente ante la cada vez más potente presión de las tropas rusas. Fue por aquellas fechas, en mayo, cuando Von Bock ordenó la sustitución del coronel Heim por el coronel Arthur Schmidt como jefe del Estado Mayor del VI Ejército.

El coronel Arthur Schmidt había de ser considerado más tarde, en el transcurso de la desesperada lucha del VI Ejército en Stalingrado, como el consejero que más tenazmente impidió que se acortase la agonía cruel de los soldados cercados.

Entretanto, nosotros, los que estábamos aferrados a aquel terreno cubierto por la nieve y fango helado, sufriendo una temperatura que casi nunca era mayor que treinta grados bajo cero, le pedíamos a Dios que cesase cuanto antes aquel tremendo invierno que nos helaba los miembros del cuerpo y el ánimo.

Empezaban a escasear los víveres, pero todavía se nos suministraba normalmente harina, conservas, café y alguna que otra botella de coñac.

Las condiciones en que vivíamos eran desde luego, francamente malas, pero estábamos muy lejos de sospechar que, unos meses después, llegaríamos a envidiarlas como envidia el vagabundo las condiciones de vida de cualquier opulento señor.

IV

A duras penas pudimos sobrevivir los hombres que formábamos la compañía del capitán Teidel en el transcurso de aquel invierno de 1941-42. Fuimos diezmados y tuvimos que replegarnos constantemente. Pero ni fuimos aniquilados ni tuvimos que huir en desbandada ante el empuje de los rusos. Cedimos terreno, pero palmo a palmo, defendiéndolo con ardor y con rabia.

Hostigados constantemente por los tanques rusos, apenas si tuvimos un solo día de descanso. Pero nos manteníamos firmes en la lucha, a pesar del quebranto físico. Todos teníamos fe en la victoria final. Cuando llegase la primavera se cambiarían las tornas...

El día 5 de abril de 1942, Hitler hizo públicas las Instrucciones básicas número 41, referentes al desarrollo de la campaña del verano de 1942 en el Este.

¿Cuáles eran estas instrucciones? Ofrecían dos objetivos primordiales: la operación «Nordlicht», mediante cuya puesta en práctica se conquistaría Leningrado —la antigua San Petersburgo de los zares—, creándose un puente terrestre para establecer contacto con las tropas finlandesas. Esta misión había de ser llevada a cabo por el Grupo de Ejércitos que operaba en el norte del dilatado frente ruso.

El otro objetivo, el que apreciaba más el Führer, es decir, la llamada operación «Azul», había de desarrollarse en el sur del frente ruso, acometiendo la conquista de la rica región del Cáucaso.

¿Contaba el Alto Mando alemán con las fuerzas necesarias para llevar a cabo con éxito aquel vasto plan de ataque? En teoría, sí. Pero, después, en la práctica, pudo verse que los cálculos del Alto Mando habían pecado de excesivamente optimistas.

La conquista del Cáucaso había de realizarse en cuatro fases previstas de antemano:

1.ª Se rompería el frente ruso al norte del Don y se avanzaría hacia Voronez con el II Ejército apoyado por el IV Ejército acorazado.

2.° Se iniciaría una vasta operación de aniquilamiento de las tropas rusas situadas al este de Jarkov, frente al VI Ejército mandado por Von Paulus, en la región de Wolchausk. En esta operación colaboraría con el VI Ejército el IV Ejército acorazado, que debía de dirigirse hacia el sur a alcanzar el río Don.

3.° El Grupo de Ejércitos del Sur, a cuyo mando estaba el mariscal de campo Von Bock, se dividiría en dos Grupos de Ejército: el B, que seguiría mandando el propio Von Bock, teniendo a su cargo el VI Ejército y el IV Ejército acorazado, y el A, al mando del mariscal de campo List, formado por el XVII Ejército y el I Ejército acorazado. A estos dos grupos de ejércitos estaba encomendada la misión de formar una tenaza alrededor de Stalingrado y conquistar la ciudad.

4.° Por último, se acometería la empresa de conquistar la región del Cáucaso hasta la línea Batum-Bakú, apoderándose los ejércitos alemanes de los campos petrolíferos situados en el norte del Cáucaso y Azerbaidján.

Pero los rusos se adelantaron con la contraofensiva iniciada al mando del mariscal Timoschenko el 9 de mayo de 1942.

Los primeros resultados del ataque ruso consistieron en cercar a fuertes contingentes de tropas alemanas en la gran bolsa de Isium, hacia el oeste de la línea del frente alemán.

De nuevo tuvimos que renunciar a llevar la iniciativa en la lucha y aferrarnos al terreno como podíamos.

Hubo un momento en que nos vimos casi cercados en un pequeño bosque, pero, gracias al arrojo y visión del capitán Teidel, pudimos librarnos de caer prisioneros, saliendo del bosque por el único acceso posible y entrar de nuevo en contacto con las restantes unidades del regimiento.

La lucha fue increíblemente dura para nosotros, ya que precisamente el VI Ejército era el que debía intentar contener el avance de los tanques rusos que apoyaban a los grandes contingentes de infantería y caballería enemigas que presionaban el frente alemán por aquel peligroso sector.

Los rusos querían reconquistar Jarkov a toda costa, pero a fines del mes de mayo hubieron de desistir del intento. La contraofensiva rusa había sido detenida y la segunda batalla de Jarkov había constituido una aplastante victoria alemana.

Nuestras tropas del VI Ejército, lanzadas a una vigorosa y desesperada contraofensiva, lograron formar importantes bolsas en torno a numerosos contingentes rusos.

Aquel fue el momento estelar del general Von Paulus, a quien le fue concedida la Cruz de Caballero por la victoria del VI Ejército en la batalla de Jarkov.

La compañía del capitán Teidel, que había sido diezmada y que había luchado sin desmayo durante todo el invierno y la primavera,

no obtuvo empero más que el premio de un corto plazo de descanso.

Fuimos trasladados a Jarkov, una ciudad prácticamente en ruinas. Allí permanecimos unos veinte días reponiendo nuestras fuerzas, mientras la unidad era reforzada con vistas a la próxima ofensiva que el Alto Mando alemán tenía ya preparada.

El día 24 de mayo, cuando ya los rusos habían sido detenidos en su intento de reconquistar Jarkov, Von Paulus le anunció al capitán general Halder que la batalla de Jarkov podía considerarse ganada. «Hemos pasado —le escribe a Halder— al contraataque en nuestro frente del sur. La moral del mando y de la tropa ha sido excelente en términos generales. Sin embargo, en algunas unidades poco acostumbradas al Este —como la 23 División acorazada— se han manifestado algunos síntomas poco halagüeños.»

Von Paulus le anuncia a Halder que han sido hechos cien mil prisioneros rusos y que el enemigo había abandonado cuatrocientos cincuenta tanques y ciento cincuenta cañones.

Al día siguiente, el capitán general Halder le escribía a Von Paulus en los siguientes términos:

«Le felicito por sus brillantes éxitos... Mucha suerte en el futuro a usted y a sus tropas.»

¡Qué lejos estaba el capitán general Halder de suponer que la suerte que le estaba reservada al VI Ejército iba a ser la más triste a que tuvo que hacer frente un ejército alemán a lo largo de toda la guerra!

Pero por aquellas fechas todo era euforia en el ejército alemán.

Yo había ya recuperado todo mi vigor físico y mi fe en el Führer y en la victoria final de Alemania, no sólo se mantenía incólume, sino que incluso quizás se había incrementado.

Todos esperábamos ya con impaciencia el comienzo de la ofensiva alemana de verano, que aún no sabíamos que sería un «canto del cisne» para el poderío militar alemán.

V

Corría el mes de julio de 1942. La ofensiva de verano del ejército alemán había dado comienzo. El VI Ejército volvía a ser martillo.

Después de haber limpiado la bolsa de Wolchausk, formada al nordeste de Jarkov, dio comienzo a la llamada operación «Azul». El éxito del avance inicial fue completo.

No obstante, a pesar de la victoriosa marcha de las operaciones, el principio de las mismas fue precedido de un desfavorable augurio, ya que el 19 de junio perdió el rumbo el avión en que viajaba el comandante Reichel, primer oficial del Estado Mayor de la 23 División del XI Cuerpo acorazado. El avión fue derribado y cayó en poder de los rusos, que de este modo pudieron apoderarse de los planos y mapas que habían de utilizarse para llevar a cabo la operación «Azul» y que el comandante Reichel llevaba consigo.

Esto constituyó un grave contratiempo, pues ponía en conocimiento del Alto Mando ruso los planos de la ofensiva alemana, planes que ya no era posible variar debido a la falta material de tiempo para hacerlo.

En nuestra marcha hacia Stalingrado, los rusos nos iban cediendo terreno constantemente. Hasta parecía que lo hacían con demasiada facilidad.

—Parece como si se les hubiese acabado el fuelle en la batalla de Jarkov —comentó el capitán Teidel, en cierta ocasión en que vencimos sin esforzarnos demasiado a un numeroso grupo que se había hecho fuerte en un pequeño bosque.

Era verdad. Aquellos rusos no parecían los mismos que hacía unos meses nos habían obligado a retirarnos constantemente.

—Como no nos estén haciendo una jugada de altura —comentó a su vez el teniente Sudermann.

—¡Bah! —dijo despreciativo el brigada Müller—, estos comunistas sólo tienen coraje con los viejos y las mujeres.

—Olvida usted, Müller —le contestó el capitán—, que no todos los rusos son comunistas, como tampoco todos los alemanes son nazis.

El brigada Müller que, al parecer, era un nazi fanático, se mordió los labios y miró torvamente al capitán.

«El capitán haría bien no excitando a este tipo —pensé al observar la aviesa mirada de Müller—. Es capaz de cualquier felonía. No le ha perdonado el no haberle dejado liquidar al comisario ruso. O mucho me engaño, o el brigada se la tiene guardada.»

Llevábamos varios días combatiendo sin cesar y estábamos cansados. Hambre no teníamos porque, de momento, el suministro funcionaba bastante bien. Pero sueño teníamos mucho. Por eso se nos alegró el corazón al divisar las casuchas de un pequeño pueblo situado a unos tres kilómetros del bosque en que acabábamos de batir a los rusos.

Era media tarde y hacía bastante calor.

—Si nos dejan tranquilos, descansaremos unas horas en ese pueblo —dijo el capitán Teidel.

El pueblo estaba poco menos que desierto. Sólo unos diez o doce viejos y mujeres se asomaron curiosos a las puertas de sus viviendas.

—Parece que aquí no hay nadie —comentó el teniente Sudermann.

—Es mejor no confiarnos demasiado. Puede haber francotiradores —dijo el capitán—. Sargento Weest —me ordenó a mí—, vaya con su sección por la derecha. Usted, Müller, con la suya, por la izquierda.

Ni los hombres de Müller ni los míos encontramos obstáculo alguno en nuestra inspección por las calles del pueblo.

Teidel y el resto de la compañía se habían quedado en una pequeña explanada que había a la entrada del pueblo, para evitar cualquier sorpresa.

—No hay novedad, mi capitán —le dije, acercándome a él—; en el pueblo no hay más que civiles.

Lo mismo le dijo el brigada Müller.

—Bueno, pues descansaremos aquí unas horas. Ordene al radiotelegrafista que establezca contacto con el coronel —le dijo el capitán al teniente Sudermann—. Esperaremos aquí órdenes.

El avance alemán hacia Stalingrado se llevaba a cabo con más rapidez de lo calculado por el Alto Mando y ello hacía que las distintas unidades perdiesen en ocasiones el contacto entre ellas.

Heinrich Komagk y Gerhard Luebke, dos soldados con quienes había simpatizado, me acompañaron hasta una pequeña casa a cuya puerta habíamos visto al llegar al pueblo un viejo y una mujer de mediana edad.

Les pedimos que nos dejasen descansar unas horas en la casa. Accedieron cortésmente y nos acompañaron a un cuarto en el que había un par de camas.

Me acababa de tender en una de ellas, estirando golosamente brazos y piernas, cuando oí fuera el tableteo de una ametralladora.

—¿Qué es eso? —grité levantándome y cogiendo prestamente el fusil ametrallador que había dejado en el suelo, al lado de la cama.

Heinrich y Gerhard se levantaron precipitadamente de la otra cama y cogieron sus fusiles.

Salimos a la calle. El viejo y la mujer de la casa se habían acurrucado asustados en una esquina del vestíbulo.

El fuego de ametralladora había cesado, pero se oía ahora tiroteo de fusil. Era al otro extremo del pueblo. Cogimos por una estrecha callejuela, pero al llegar al extremo de la misma nos contuvo el estallido de una bomba de mano lanzada a tres metros de nosotros.

—¡Desde allí la han tirado! —exclamó Heinrich señalando una casa del final de la callejuela.

Apunté con el fusil ametrallador hacia las ventanas de la casa y las rocié de balas.

En aquel momento, por el otro extremo de la callejuela apareció el teniente Sudermann seguido de varios soldados.

—¡Cuidado, mi teniente! En esa casa hay francotiradores —le grité.

El teniente tuvo apenas tiempo de hacerse a un lado y guarecerse tras una esquina. Otra bomba de mano había sido lanzada desde las ventanas de la casa.

Volví a ametrallar las ventanas de aquella maldita casa.

Entretanto varios soldados de los que iban con Sudermann se habían acercado a la casa aprovechando mis disparos y entraron en ella.

Oímos tres disparos dentro y luego todo quedó en silencio. Al poco rato salieron nuestros compañeros de la casa.

—¡Asunto solucionado! —gritó el primero que salió.

—¿Los habéis liquidado? —le preguntó el teniente acercándosele.

—Sí, mi teniente.

—¿Cuántos eran?

—Una mujer y un niño de unos diez años.

—¡Cómo! —exclamé asombrado.

Entré en la casa y subí hasta la primera planta. Dos soldados me indicaron una habitación.

—Ahí están, mi sargento.

Entré y vi a una mujer de unos treinta años tendida en el suelo en medio de un gran charco de sangre. A su lado el cadáver de un niño. La mujer tenía el cráneo destrozado y el niño parecía haber recibido un tiro en pleno pecho.

—Ella misma se ha matado —me dijo un soldado.

Contemplé con tristeza aquellos cadáveres.

Pensé en el brigada Müller. Aquello era la obra de las órdenes de exterminio dadas por Hitler al ejército alemán que luchaba en el frente del Este. El pueblo ruso, hábilmente aleccionado por la propaganda comunista, consideraba a los soldados alemanes como enemigos que no respetaban ni siquiera a las mujeres y a los niños.

Aquello me dio tanta tristeza como rabia. No era verdad que los soldados alemanes fuéramos unos bárbaros sin entrañas que no sabíamos distinguir entre el enemigo armado y la población civil. Sí, decididamente el capitán Teidel tenía razón cuando había dicho que éramos soldados, pero no verdugos. Sin embargo, al parecer, para el pueblo ruso éramos ambas cosas a la vez. Todo esto creo que se había conseguido con órdenes como la inhumana dada por Von Reichenau al VI Ejército, que tanto había complacido a Hitler.

El avance hacia Stalingrado proseguía victoriosamente. Los rusos, más que combatir, parecían brindarnos cortésmente el terreno.

El 21 de julio de 1942, el jefe de la Sección de Operaciones del Estado Mayor del Ejército, Günther Blumentritt, le escribía al general Von Paulus la siguiente carta llena de optimismo:

«Los dos últimos meses nos han deparado una victoria tras otra. Mi general, usted ya sabe que celebramos dos conferencias al día: a las diez y a las veintidós horas. Y el capitán general Halder habla siempre muy orgulloso de la seguridad, inteligencia y serenidad con que manda usted su ejército. Asimismo, durante estos días en que el ejército avanza hacia la gran ciudad he vuelto a oír muchas alabanzas sobre su persona y el VI Ejército.

»Estoy convencido yo también de que la zona alrededor de esta ciudad debe constituir el punto de gravedad y de mayor urgencia. Una carrera entre los dos bandos, y confiemos en que no se nos agote el combustible. Le deseo mucha suerte.»

Aquélla parecía una campaña triunfal. Pero la verdad era que el VI Ejército se acercaba a la catástrofe.

Mientras los rusos tenían cada vez más cerca sus centros de avituallamiento, los alemanes se alejaban peligrosamente de sus bases de aprovisionamiento.

El terreno, la gran cantidad de terreno conquistado, era, en realidad, el cebo con que los rusos atraían a los ejércitos alemanes para luego atraparlos en una gran bolsa y destruirlos.

Pero el Alto Mando, incomprensiblemente, no había tomado en consideración tal eventualidad.

VI

El 23 de julio de 1942 —después de haber cruzado el VI Ejército el río Chir, encaminándose hacia el gran recodo del Don—, Hitler hizo públicas las Instrucciones número 45. Según el Führer, la derrota definitiva del ejército ruso estaba ya a la vista. Asombra a estas alturas la ceguera de que hizo gala a lo largo de la contienda aquel hombre que se había adueñado de los destinos de Alemania.

Mientras el XVII Ejército alemán, el III Ejército rumano y el I y IV Ejércitos acorazados alemanes, a las órdenes del mariscal List, acometerían la conquista de Rostov, el VI Ejército de Von Paulus se lanzaría a la conquista de Stalingrado, interceptando el puente entre los ríos Don y Volga. No obstante, el plan fue cambiado poco después. Al lado del VI Ejército, intervendría en la conquista de Stalingrado el IV Ejército acorazado alemán, que mandaba el capitán general Hotn. El IV Ejército acorazado avanzaría por el este del Don, hacia Stalingrado y el VI Ejército atacaría la cabeza de puente que, en la derecha del Don, en las inmediaciones de Kalach, ocupaban los rusos.

Ahora, mientras escribo y evoco aquellas lejanas fechas, me acuerdo con tristeza de la alegría que me invadió cuando nuestra compañía avistó la majestuosa línea plateada de las aguas del Don.

Aquello, para todos nosotros, se nos antojaba el principio del fin. Conquistaríamos Stalingrado y, después, todo sería coser y cantar. El Ejército soviético, se nos decía —el Führer también lo afirmaba petulantemente—, estaba desangrado, y ya poca resistencia podría ofrecer en el futuro. Su aniquilamiento era cosa segura...

Allí, a orillas del Don, viví un par de jornadas casi idílicas. Había unas cuantas isbas abandonadas. Pero, cuando nos acercamos, Heinrich, Gerhard y yo a una de ellas, vimos que en la puerta de la misma aparecía una joven campesina rusa.

—¡Vaya! —exclamó Heinrich jovialmente—. Parece que los dioses del Don nos son propicios.

La campesina no se asustó al vernos. Por el contrario, nos recibió sonriente. Tenía unos bellos ojos azules y un cutis suave, y, a pesar de sus toscas vestiduras, parecía tener un cuerpo esbelto.

—¿Estás sola? —le pregunté en ruso, idioma que chapurreo algo, mientras Heinrich y Gerhard echaban un vistazo al interior de la isba.

La muchacha hizo un ademán como dándome a indicar que podíamos estar tranquilos.

—Aquí no hay nadie —dijo Heinrich saliendo de la isba.

Entretanto yo me había acercado a la muchacha rusa y le ofrecí un bote de mermelada.

—Toma. Para ti.

La muchacha lo cogió sonriendo y me señaló la isba.

—Ven. Tengo vino.

Los tres seguimos a la muchacha y entramos en la isba.

—Supongo que no estará envenenado —le dije, mientras aceptaba el vaso de vino que la muchacha me ofrecía.

—*¡Niet!* —me contestó ella echándose a reír y bebiendo después ella misma del vaso que me ofrecía.

La isba sólo constaba de dos habitaciones. En una, que estaba a la entrada, había el fuego del hogar, una rústica piedra a modo de lar, una mesa y varios taburetes; en la otra, una cama de matrimonio.

La muchacha nos explicó que hacía escasamente un año que se había casado. Su marido estaba en el frente y sus padres habían seguido al ejército ruso en su retirada. Ella no había querido abandonar la isba y se había escondido para evitar que los rusos la obligaran a evacuar la aldea. Pero había tenido que ver cómo se llevaban su rebaño de ovejas, y sacrificaban su cerdo y sus gallinas. Todo se lo habían llevado. La expresión de la muchacha era de tristeza cuando nos contaba aquel expolio. En cambio, no parecía importarle demasiado que su marido estuviera en la guerra, ni que sus padres hubiesen huido dejándola sola.

Después, cuando me quedé solo con Vanda —que así se llamaba la muchacha—, mientras Heinrich y Gerhard se alejaron para comunicar a Muller que podíamos instalarnos tranquilamente en la aldea a pasar allí la noche, ella me contó que sus padres la habían casado a la fuerza, y que su marido era un bruto que, cuando estaba borracho, le atizaba unas soberanas palizas.

Mientras me hablaba, yo empecé a acariciarle el cabello, sin que ella opusiese ningún reparo. Antes al contrario, se acercó a mí y rozó contra el mío su cuerpo joven, igual que una gatita amorosa. La abracé y la besé en la boca. Ella me devolvió el beso.

—Ven —me dijo levantándose y dirigiéndose al dormitorio.

Sus ojos azules brillan entre pícaros e ilusionados.

El mes de julio no finalizó tan tranquilamente victorioso como había empezado para nuestras tropas.

Los rusos atacaron de repente las posiciones cercanas a la cabeza de puente que mantenían en Kalach.

El VI Ejército tuvo que ceder al principio, pero en seguida contraatacó y, después de una lucha encarnizada, logró desalojar al enemigo de la orilla derecha del Don, inutilizando la cabeza de puente de Kalach.

Fueron tres días de incesante batallar. La victoria fue, finalmente, para el VI Ejército, pero, indudablemente, le costó demasiado cara.

Luchábamos bajo un sol que nos abrasaba y estábamos sedientos, hambrientos, extenuados.

La batalla de Kalach retrasó más de lo esperado por el Alto Mando alemán la marcha sobre Stalingrado.

Hasta el 21 de agosto no pudo reanudar el VI Ejército su avance. Por fin, logramos conquistar el terreno clave que se extendía entre el recodo formado por los ríos Don y Volga a la altura de Stalingrado.

Pero la posición ocupada por nosotros no era todo lo sólida que fuera de desear, ya que ofrecía una extremada, una peligrosa debilidad por el flanco norte del Don.

No contábamos con reservas suficientes para solidificar nuestra posición y los refuerzos pedidos por Von Paulus no acababan de llegar.

Lo que pronto llegaría era otra vez el terrible invierno ruso. ¿Le quedaría todavía al enemigo potencia suficiente para contraatacar cuando el frío helase de nuevo la estepa?

Aparte del VI Ejército y del IV Ejército acorazado alemán, luchaban a nuestro lado el VIII Ejército italiano, mal pertrechado y poco habituado para luchar en un terreno como el ruso, soportando temperaturas bajísimas. Ya el 20 de agosto la División «Sforcesca» había retrocedido demasiado cuando tuvo que enfrentarse con un ataque no muy potente iniciado por los rusos cerca de Serafimovich. La brecha sólo pudo ser cerrada a costa de grandes bajas y gracias al valor desplegado por los restos de los regimientos «Savoia» y «Novara», que a la sazón habían sido encuadrados en el Grupo de Caballería «Barbo».

Aquel fue un indicio que presagiaba lo que podía ocurrir en el invierno, si no era verdad —como se decía demasiado alegremente— que el ejército soviético estaba en las últimas y si nosotros no recibíamos urgentemente refuerzos para sostenernos, después de haber entrado en Stalingrado, en el famoso recodo del Don y el Volga.

VII

Cuando ahora, frente al mar, tras haber vivido largos años de paz y de trabajo, de vida auténticamente humana, evoco aquellos meses infernales pasados en Stalingrado, siento como si la angustia se posesionara de nuevo de mi espíritu.

Las escenas dantescas se dibujan en mi memoria con horrorosa lucidez. Y me siento de nuevo inmerso espiritualmente en aquella atmósfera asfixiante, densa, alucinada.

Tengo que hacer un esfuerzo y tranquilizarme contemplando el mar. No, aquello ya ha pasado y sólo es una pesadilla en el recuerdo, algo que no volverá a ocurrir jamás. Los hombres saben, de una vez para siempre, que la paz es el bien más preciado de que puedan disfrutar en este mundo.

Pero, no obstante, no puedo evitar que algo tiemble instintivamente dentro de mí al recordar aquellas escenas de Stalingrado para volcarlas con toda su espantable nitidez sobre las cuartillas. Me parece que, evocándolas, vuelvo a sumergirme de nuevo en aquel infierno. La huella ha quedado impresa demasiado hondamente en mí mismo y el tiempo podrá aminorar la intensidad de su proyección, pero jamás podrá borrarla del todo.

No es posible que nadie que haya estado en Stalingrado pueda olvidar mientras viva aquel horroroso caos, aquella monstruosa estafa espiritual a que fuimos sometidos millares y millares de hombres, aquellos soldados asesinados unos, sacrificados todos estérilmente en el fatídico Stalingrado.

En su marcha hacia Stalingrado, el VI Ejército fue encontrando, a lo largo del mes de agosto, cada vez más enconada resistencia en el enemigo.

El 21 de dicho mes, y tras durísimos combates, pudimos cruzar el Don a los dos lados de Wertiachi y, el 23, los tanques del XII Cuerpo

acorazado alemán alcanzaban Rynok, rodeando Stalingrado por el norte, a lo largo del Volga.

A finales del mes, el IV Ejército acorazado alemán llegó, procedente del sur, a la región de Bassargino, cerca de Stalingrado, estableciendo contacto con el VI Ejército el día 2 de septiembre.

Ante el ataque conjunto de las tropas alemanas, que formaban como una tenaza alrededor de la Stalingrado, los rusos se retiraron al interior de la ciudad, donde se harían fuertes, defendiendo heroicamente, con increíble tenacidad, casa por casa.

Al llegar a los arrabales de Stalingrado, el capitán Teidel ordenó que nos detuviésemos. Debíamos de esperar órdenes. Éstas no tardaron en llegar: teníamos que entrar en la ciudad, costase lo que costase.

—¡Adelante, pues! —ordenó el capitán.

Avanzamos desplegados, cautelosamente. Mientras lo hicimos por el extrarradio, tan sólo de vez en cuando éramos tiroteados desde lejos. Pero, cuando nos adentramos en las calles de Stalingrado propiamente dichas, una granizada de balas cayó intermitentemente sobre nosotros. Nos disparaban desde todas las casas, por delante, por detrás, desde las puertas, desde las ventanas, desde el tejado, desde las ruinas. Cada casa era un fortín y los escombros, auténticas trincheras.

El capitán nos dividió en pequeños grupos. No debíamos perder el contacto. Antes de avanzar por una calle, teníamos que luchar sin tregua con unos enemigos invisibles, que parecían multiplicarse cuando menos lo esperábamos, surgiendo de los lugares más inverosímiles: de detrás de un montón de escombros, tras un monumento derribado, desde una chimenea volcada sobre la calzada.

Parecían auténticos diablos aquellos tenaces defensores de Stalingrado. Ya no eran soldados quienes se nos oponían. Era la población civil casi en pleno: mujeres, ancianos, incluso niños.

Formaban como pequeños y autónomos grupos de guerrilleros. Cada familia era una guerrilla.

Los edificios de la ciudad se iban derrumbando aquí y allá. La aviación bombardeaba sin cesar el centro de Stalingrado y la artillería vomitaba obuses y más obuses sobre el martirizado recinto urbano.

Hubo un momento en que, creyendo haber desalojado a los francotiradores que nos hostilizaban desde las ruinas y las pocas casas que quedaban en pie en una estrecha calle, ya cercana al centro de la ciudad, avancé con media docena de soldados hacia el otro extremo de la calle.

De pronto, desde detrás de nosotros nos fue arrojada una bomba de mano. Dos soldados quedaron destrozados sobre el pavimento.

—¡Allí! —gritó Heinrich señalando un ancho boquete en el suelo—. ¡Desde allí nos han tirado!

Era la boca de una alcantarilla semitapada por unos escombros.

Barrí con mi fusil ametrallador la superficie del boquete. Después,

esperamos unos segundos parapetados tras los escombros que llenaban aquí y allá la calzada.

Pasó un minuto casi. De pronto vimos aparecer del hueco de la alcantarilla una mano. En seguida, una cabeza. El puño se elevó aprisionando una bomba de mano. Apunté y disparé con furia. El brazo quedó abatido y la bomba de mano, depositada en el suelo, sin estallar.

Nos acercamos cautelosamente al boquete. Cuando me asomé, con el fusil ametrallador presto a disparar, vi en el fondo del boquete el cuerpo de un hombre de mediana edad, vestido de paisano. Estaba todavía vivo. Tenía el brazo derecho completamente hecho una piltrafa. Pero hacía desesperados esfuerzos por coger con la izquierda una bomba de mano que tenía bajo el costado.

Apunté y disparé de nuevo.

Al francotirador se le desplomó la cabeza contra la pared como un estropajo sanguinolento.

Sentí en la mejilla el contacto de algo viscoso. Pasé maquinalmente una mano por ella. Eran partículas de los sesos del francotirador que acababa de rematar.

Stalingrado se extendía a lo largo de ocho kilómetros a la derecha del Volga. Con sus suburbios, ocupaba una extensión longitudinal de unos treinta y cinco kilómetros.

Al VI Ejército se le encargó la peligrosa tarea de eliminar los focos de resistencia existentes en la ciudad, a fin de que no quedase a retaguardia de las tropas alemanas ninguna cabeza de puente rusa capaz de hostigar el avance hacia el Cáucaso.

Aquella lucha interminable a través de las calles de Stalingrado se prolongó durante casi todo septiembre. En realidad, nunca llegó a cesar del todo. En Stalingrado siempre hubo francotiradores rusos hostilizando a los alemanes en el momento más inesperado.

La conquista de Stalingrado, lograda a costa de tan penosos esfuerzos y que costó gran número de bajas, no significó, como Hitler había pensado, el derrumbamiento del Ejército soviético.

El mando enemigo, según se supo en octubre, estaba concentrando numerosas tropas al norte del Don y al este del Volga.

Por otra parte, toda la industria de armamento había sido trasladada a los Urales y a Siberia.

Por consiguiente, el enemigo no estaba ni mucho menos vencido y agotado.

Nosotros sí que habíamos sufrido un importante desgaste. Y lo peor era que se acercaba el temible invierno ruso y el problema de los aprovisionamientos distaba mucho de estar resuelto.

VIII

El Alto Mando alemán estaba convencido —¡qué absurdo parece a estas alturas tal convencimiento!— que el ejército soviético estaba ya herido de muerte.

Asimismo se creía que bastarían unos pocos días para solidificar la posición del VI Ejército en Stalingrado, no sólo en la ciudad propiamente dicha, sino también en un importante y extenso «hinterland».

Al parecer, el capitán general Von Richthofen, comandante en jefe de la IV Flota aérea, había manifestado que lo de Stalingrado estaría terminado en cuestión de tres o cuatro días.

No obstante, no ocurrió tal cosa, sino que la resistencia de los rusos dentro de la ciudad se fue dilatando días y días y en todo el sector de Stalingrado las fuerzas alemanas no dejaron de ser hostigadas un solo día bien por los numerosos francotiradores, bien por las propias tropas regulares rusas.

En teoría, oficialmente, Stalingrado había sido ya ocupado, pero en la práctica se seguía luchando y la batalla, pues batalla era, aunque sorda y carente de toda brillantez, proseguía a lo largo de todo el sector. Era una batalla de desgaste, al margen de todo lo previsto por el Alto Mando alemán.

La verdad era que las tropas alemanas carecían de la potencia necesaria para resolver satisfactoriamente la situación.

El IV Ejército acorazado alemán, pese a sus esfuerzos, no pudo conquistar las alturas que, al sur de Stalingrado, se elevaban cerca de Krossnoarmeisk, al lado del Volga.

Por su parte, el VI Ejército no logró solidificar su posición y sus flancos quedaban peligrosamente vulnerables por el puente terrestre situado entre el Volga y el Don, en las inmediaciones de Katluban.

El frente alemán se extendía peligrosamente miles de kilómetros hacia el sur. Evidentemente, no se contaba, ni con mucho, con las fuerzas necesarias para llevar la iniciativa de las operaciones a lo largo de tan vasta extensión. Las previsiones del Alto Mando alemán habían sido rebasadas. La realidad era muy distinta de lo que había imaginado el iluso de Hitler.

El frente alemán se extendía desde las estribaciones del Cáucaso occidental, en la región del Terek hasta el Volga y el Don, a través de las inmensas estepas calmucas, en las que operaba tan sólo una división motorizada.

El flanco izquierdo del VI Ejército estaba protegido por el II Ejército alemán, el II Ejército húngaro y el VIII Ejército italiano. Pero el enemigo acupaba enfrente, no lejos de Serafimovich y Kletskaia, varias importantes cabezas de puente al sur del Don.

En el centro de aquella desproporcionada línea del frente alemán, en Stalingrado, estaban concentradas imprevisoramente la mayor parte de las tropas alemanas, cuyos flancos quedaban muy débilmente protegidos.

Cuando el capitán general Halder le advirtió a Hitler la peligrosidad de la situación —por otra parte, perfectamente visible a los ojos de cualquier militar que supiese algo de estrategia—, al Führer no se le ocurrió otra cosa que destituir a aquél en su cargo de jefe del Estado Mayor General, nombrando para sustituirle al general de Infantería Kurt Zeitzler.

Nosotros, que habíamos creído que la entrada en Stalingrado significaría un período de descanso, del que bien necesitados estábamos, nos encontramos con que teníamos que luchar día y noche a través de las ruinas de la ciudad.

Cada casa tenía que ser conquistada a bombazo limpio o asaltada en lucha cuerpo a cuerpo. Ni la artillería ni la aviación alemanas podían ya ayudarnos en nuestra diaria brega dentro del recinto urbano de Stalingrado, ya que si bombardeaban éste ocasionarían tantas víctimas a los rusos como a nosotros mismos, tal vez más a nosotros incluso, puesto que formábamos grupos más compactos.

Una noche, Heinrich, Gerhard, dos soldados más y yo perseguíamos a un par de francotiradores que nos habían tiroteado desde una esquina. A uno de ellos conseguimos atraparle después de haberlo herido con un balazo en una pierna.

Quedó tendido en medio de la calle, mientras el otro desaparecía raudo por entre las ruinas, sin que lográsemos alcanzarle con nuestros disparos.

El herido era un muchacho imberbe, que apenas tendría dieciséis años.

Al caer se le había escapado el fusil de las manos y quedó desarmado a nuestra merced.

—¡Quieto! —le grité al ver que intentaba arrastrarse para alcanzar el fusil de nuevo.

No me hizo caso y continuó arrastrándose. Corrí y le pisé la mano con que ya alcanzaba el arma.

Hizo una mueca de dolor, pero no lanzó ningún gemido. Me miró con ojos de odio.

Heinrich, Gerhard y los otros dos soldados se acercaron al muchacho y trataron de incorporarlo.

—Hemos de llevarlo al puesto de mando —les dije—. El capitán Teidel se alegrará de poder interrogar por fin a uno de estos malditos francotiradores.

Apoyado el herido en los dos soldados, iniciamos la marcha hacia el puesto de mando, un sótano donde el capitán Teidel había instalado la improvisada oficina de su compañía.

De pronto, cuando estábamos ya muy cerca del sótano en cuestión, para llegar al cual teníamos que bordear una zanja, cuyo fondo —de unos dos metros— estaba cubierto de grandes piedras desprendidas de un edificio próximo derruido, el muchacho ruso se desembarazó bruscamente de los dos soldados que lo sostenían y se arrojó de cabeza a la zanja sin que nosotros pudiéramos hacer nada para impedírselo.

Nos asomamos a la zanja y vimos en el fondo el inerte cuerpo del muchacho. Se había destrozado la cabeza contra los bloques de piedra.

Los rusos preferían morir a caer prisioneros. La propaganda comunista había difundido hábilmente la especie de que los alemanes torturábamos cruelmente a los prisioneros que caían en nuestro poder.

La lucha de Stalingrado se eternizaba. Cuando creíamos que habíamos limpiado de francotiradores un determinado sector urbano, de pronto, cuando menos lo esperábamos, éramos tiroteados de nuevo por la espalda.

Las bajas alemanas iban creciendo día a día. Aquello era el cuento de nunca acabar, como dicen los españoles. Los francotiradores parecían surgir de las entrañas mismas de la tierra, como por generación espontánea.

Lo malo era que las divisiones de refresco prometidas a Von Paulus no acababan de llegar a Stalingrado. Unicamente fueron transportados por vía aérea cinco batallones para reforzar los efectivos que luchaban en Stalingrado.

A todo esto, Paulus, que había padecido la colerina —una enfermedad típicamente rusa—, no estaba en plenitud de facultades físicas, lo que, unido a su ya característico temperamento reflexivo, imprimía a su manera de decidir y actuar en el mando un ritmo excesivamente calculado y premioso.

Por si esto fuera poco, el invierno ruso estaba ya a la vista.

Y, para colmo de desdichas, Hitler se había hecho cargo personalmente, aunque de manera temporal, del mando del Grupo de Ejército A, estableciendo su Cuartel General en Podolia, cerca de Winiza, en la Ucrania Occidental.

IX

Al iniciarse el otoño, el III y el IV Ejércitos rumanos fueron enviados para cubrir los flancos izquierdo y derecho, respectivamente, del VI Ejército de Von Paulus. Estas tropas rumanas, cuyo valor en el combate quedó en su hora plenamente demostrado, estaban muy mal armadas y, además, carecían de unidades acorazadas, lo cual reducía mucho su eficacia.

Así, pues, las tropas que ocupaban el sector comprendido entre el Don y el Volga estaban compuestas por el VI Ejército alemán, el IV Ejército acorazado alemán y el III y el IV Ejércitos rumanos. Estos ejércitos fueron los que llevaron el peso de la lucha en Stalingrado.

La lucha por Stalingrado se había convertido en un auténtico foco canceroso enquistado en el frente alemán. No se le veía fin a aquella tenaz lucha de desgaste.

El 7 de octubre de 1942, Von Paulus le escribe al general Schmundt para felicitarle por haber sido nombrado jefe de la Sección de Personal del Ejército y aprovecha la ocasión para comunicarle que: «La lucha por Stalingrado continúa con gran dureza. Avanzamos muy lentamente, pero cada día un nuevo trecho. Todo es una cuestión de hombres y de tiempo. Pero derrotaremos a los rusos...»

El día 26 de octubre, Von Paulus recibió una carta del teniente general Kirchheim, que refleja con bastante claridad la situación confusa —valga la paradoja— en que nos encontrábamos en Stalingrado: «Es difícil hacerse un cuadro de la situación en que se encuentran ustedes. Los rusos resisten con asombrosa tenacidad. Sospecho que sufren ustedes de las mismas dificultades en el suministro que en África...»

Así era. El suministro de las tropas que luchaban en Stalingrado resultaba cada día más deficiente.

Ya el día 6 de octubre, escribía en su Diario de Guerra el capitán general Wolfram von Richthofen, jefe de la IV Flota aérea, que, en Stalingrado: «El problema de los abastecimientos domina a todos los demás.»

Y el 19 de octubre anota en el mismo Diario: «La situación en Stalingrado es muy poco clara. Al parecer, las divisiones han transmitido unos partes demasiado favorables. Nadie sabe a qué atenerse, todo el mundo se contradice. El ataque contra Spartakovka, al norte de Stalingrado, ha sido detenido. El general Fiebig está a punto de desesperar: la infantería no aprovecha los ataques de sus aviones...»

La verdad es que la presencia de la aviación alemana sobre el cielo de Stalingrado no solía ser demasiado frecuente y era cada vez menos efectiva.

No obstante, Von Richthofen, cosa muy humana, intenta llevar al ascua su propia sardina —como se dice de manera muy gráfica en España al referirse a la actitud de quien intenta justificarse a sí mismo— y, el 1.º de noviembre, después de haber estado en Stalingrado y conferenciado con Von Paulus, afirma en el citado Diario que «los esfuerzos de la aviación no conducen a nada, ya que la artillería no coopera y tampoco la infantería sabe aprovechar las condiciones creadas por la aviación. La infantería continúa cruzada de brazos. Las excusas de siempre, justificadas sólo en parte: superioridad numérica del enemigo, falta de instrucción de la tropa, falta de amunicionamiento... La causa principal estriba en el cansancio del mando, en los formalismos burocráticos...»

Lo cierto era, pese a lo que escribía Von Richthofen en su Diario de Guerra de la IV Flota aérea, que la infantería luchaba bravamente en Stalingrado, pero en unas condiciones que cada día que pasaba resultaban peores.

El frío empezaba a hacer mella en los soldados, mal alimentados e insuficientemente abrigados. Se había dejado pasar el tiempo apropiado para avituallar convenientemente a las tropas que luchaban en Stalingrado, y, ahora, con la llegada del invierno, las comunicaciones por tierra estaban prácticamente interrumpidas. El aprovisionamiento por vía aérea resultaba insuficiente a todas luces.

El calvario de las tropas alemanas de Stalingrado estaba empezando.

Para colmo de desdichas, los rusos —como escribe Von Richthofen el 12 de noviembre— «continúan concentrando sus fuerzas frente al ejército rumano. La VIII Flota aérea y las fuerzas de aviación rumanas siguen bombardeando estas concentraciones terrestres. ¿Cuándo pasarán los rusos al ataque? Por el momento, parece ser que no disponen de material suficiente. ¡Confiemos en que los rusos no logren romper el frente!»

El 16 de noviembre de 1942, von Richthofen habla por teléfono con el jefe del Estado Mayor General, general Zeitzler. Von Richthofen le expone claramente la situación de las tropas alemanas en Stalingrado, que empieza ya a ser crítica y preocupa seriamente a todos los jefes implicados con sus tropas en aquella sorda batalla de desgaste. «O continuar la lucha —le dice—, o poner fin al ataque. Si ahora no se logra llevar a cabo la operación de limpieza, cuando el Volga lleva hielo y los rusos alrededor de Stalingrado se encuentran en una situación muy crítica, jamás se logrará. Los días son cada vez más cortos y el tiempo cada vez peor.»

El general Von Richthofen es francamente pesimista con respecto a las posibilidades reales de las tropas alemanas en Stalingrado, aunque tal vez su opinión resulte un tanto injusta cuando juzga las reacciones de la tropa y de sus jefes. Así cuando escribe que ha prevenido a Zeitzler de que «el mando y la tropa luchan con desgana en Stalingrado. He propuesto que se conceda un permiso a los altos jefes y que sean relevados. Pero para proceder en este sentido les falta a los de arriba mano dura.. »

No, no era mano dura lo que les faltaba a los de arriba, sino una visión honrada y realista de la situación en que habían embarcado al VI Ejército.

Pero, desde luego, no le faltaba toda la razón a Von Richthofen cuando afirmaba que se procedía de manera absurda. De ello, según Von Richthofen, daba una buena idea «el hecho de que tres divisiones acorazadas estén cruzadas de brazos en espera de un ataque enemigo, en lugar de lanzarse al ataque y aniquilar a los rusos...» Cosa que, por otra parte, no resultaba tan sencilla como parecía creer Von Richthofen.

Entretanto, mientras se preparaba la gran ofensiva de invierno rusa, nosotros seguíamos malgastando nuestras fuerzas en la ratonera de las ruinas de Stalingrado.

Por otra parte, a principios de otoño, las malas noticias habían ido cayendo una tras otra en el Cuartel General que Hitler había trasladado ya desde Winniza a Obersalberg. El «Afrika Korps» mandado por el bravo mariscal Rommel había sufrido una grave derrota y tenido que iniciar la retirada a través de Libia. Por si esto fuera poco, las tropas norteamericanas habían efectuado inesperados desembarcos en Argelia y Marruecos.

A mediados de noviembre, en vísperas ya de la contraofensiva soviética, la situación general de la guerra empezaba a ser francamente desfavorable para los alemanes. Pronto nos encontraríamos en una situación catastrófica en todos los frentes de batalla. Para conjurarla, a Hitler y a sus secuaces sólo se les ocurrió recurrir a intensificar la propaganda, cada vez más retórica, cada vez menos convincente.

X

Por fin, el 19 de noviembre de 1942, se desencadenó la ofensiva rusa de invierno. La última fase de la batalla de Stalingrado, la más encarnizada, la más trágica para las armas alemanas, había dado comienzo.

Las tropas rusas atacaron por el Don y se abalanzaron, desde la cabeza de puente de Kremenskaia, contra el flanco izquierdo del VI Ejército.

El frente fue roto por el sector de Chir.

Los tanques y la caballería soviéticos, partiendo de la región de Serafimowitsch y Kleskaja, presionaron vigorosamente hacia Kalatsch.

En Kalastsch los combates fueron de extremada violencia. Numerosas tropas de reserva fueron volcadas por los rusos en el campo de batalla. Atravesaron el Volga y, rompiendo el frente alemán, dejaron incomunicadas a las tropas alemanas del VI Ejército que luchaban en el amplio sector de Stalingrado.

El III y el XI Ejército rumanos fueron atacados por la espalda, después de la confusión sembrada en aquel sector por la irrupción de las tropas acorazadas rusas.

«La lluvia, la nieve y la niebla —se disculpa Von Richthofen— han impedido la intervención de la Luftwaffe. La IV Flota aérea en Oblivskaia ha logrado despegar sólo unos pocos aviones. Es imposible taponar con la aviación la brecha abierta en el frente del Don. No se conoce con exactitud la situación existente. Confiemos en que los rusos no alcancen la vía del ferrocarril, la arteria principal de nuestra línea de suministros.»

Los rusos, en el curso de su imponente ofensiva, que duraría del 19 de noviembre de 1942 al 2 de febrero de 1943, alcanzarían, no sólo la vía del ferrocarril, sino que, después de vencer a las tropas rumanas y a las de Von Manstein que intentaron aliviar la situación del cercado VI Ejército, machacaron implacablemente los efectivos de éste obligándole finalmente a rendirse ante lo catastrófico de su situación.

Avanzando en cuña, los rusos infligieron una terrible derrota a

las tropas rumanas y dividieron en dos los efectivos del IV Ejército acorazado alemán, incapaz de reaccionar y contener la avalancha rusa.

Todas las fuerzas alemanas de Stalingrado quedaron cercadas en una gigantesca bolsa tras la rotura del frente alemán por el Don.

En aquel cerco, comprendido en una extensa zona entre el Volga y el Don, quedaron incomunicados cuatro Cuerpos de Ejército, un Cuerpo acorazado, catorce divisiones de infantería, tres acorazadas y tres motorizadas, por parte alemana y una división de infantería, otra de caballería y otras unidades menores rumanas. En total, unos doscientos sesenta mil hombres.

Nuestra compañía fue una de las primeras que recibió la orden de abandonar la ciudad de Stalingrado y salir hacia la retaguardia —horas después de la rotura del frente, zona de encarnizados combates— para intentar contener el avance del enemigo.

La ciudad, aquella ciudad en ruinas quedaba plagada de francotiradores todavía. En todo el tiempo que medió la ofensiva alemana de verano y la contraofensiva rusa de invierno, no nos había sido posible eliminar los focos de resistencia rusa en Stalingrado y sus inmediaciones. Ahora, aquellos focos ya no habrían de ser extirpados nunca.

En nuestra marcha hacia el Don, donde había tenido lugar la rotura del frente alemán, pudimos observar el nerviosimo que reinaba en todos los puntos por los que pasábamos.

Nadie sabía exactamente lo que ocurría y cuál era en realidad la situación de nuestras tropas. La desorientación era patente.

A medida que nos íbamos acercando a las inmediaciones del recodo del Don con el Volga, veíamos pasar las filas de heridos alemanes que eran conducidos a puntos alejados del frente.

El capitán Teidel interrogaba a los heridos. Pero todos le contestaban lo mismo. No sabían en qué lugar se había estabilizado de nuevo la línea del frente.

La verdad era que todavía no existía línea de frente propiamente dicha. Las tropas alemanas se retiraban constantemente hacia el sureste.

Llegamos cerca de las colinas de Solujaba.

—Aquí seguramente podrán ser contenidos los rusos —comentó el capitán Teidel cuando divisamos las colinas a lo lejos.

El cañoneo no cesaba ahora.

Cuando estábamos a poco menos de un kilómetro del valle de Solujaba, que estaba defendido naturalmente por sus colinas, vimos con sorpresa que un tropel de alemanes se retiraban desordenadamente.

—¿Qué pasa ¿Qué pasa? —preguntábamos inquietos a los fugitivos.

—¡Los rusos! ¡Los rusos!

Era lo único que nos contestaban. Aquellos soldados estaban como

aterrados. Llevaban la ropa en desorden, sucia. Algunos iban desarmados.

—¡Pero esto es un caos! —exclamaba indignado el capitán Teidel, incapaz de contener aquella avalancha.

Nuestra compañía, de acuerdo con las instrucciones que nos dio el capitán Teidel, se propuso impedir aquella desordenada retirada.

Pero los soldados que huían pocos eran los que todavía conservaban su presencia de ánimo. La mayoría estaban heridos o desarmados y el miedo se reflejaba en sus ojos.

Habían luchado durante dos, tres, cuatro días en condiciones infrahumanas, con pocas municiones, mal alimentados y peor abrigados. Eran los mismos hombres que habían luchado durante todo el verano mientras duró la ofensiva alemana. No habían sido relevados en ningún momento de la lucha, ni siquiera reforzados con otras unidades. No, no era extraño que ahora fuera difícil convencerles de que no siguiesen huyendo.

Pasó un «jeep» por cerca del capitán Teidel, que inútilmente trataba de obligar a dos jóvenes soldados para que se uniesen a nuestra compañía...

—¡Mi comandante! —gritó Teidel dirigiéndose al «jeep».

—¡Los rusos han aplastado a nuestras tropas en la zona de Orexowski y Logowski! —le explicó el comandante, que iba descubierto y tenía el uniforme hecho jirones—. Es preciso que nos retiremos a una nueva línea de defensa.

—Pero, ¿cuál es esa línea, mi comandante? —preguntó exasperado Teidel.

—No lo sé, capitán, no lo sé. El Alto Mando dará las órdenes. Ahora es preciso que nos retiremos. Ordene usted a sus hombres que no sigan avanzando. Van derechos al exterminio.

En aquel momento, aparecieron varios aparatos rusos sobre nosotros y comenzaron a dejar caer bombas sobre aquellos desorganizados restos del ejército alemán en retirada.

—¡Cuerpo a tierra! —gritó el capitán Teidel.

Los aparatos rusos nos bombardearon durante un cuarto de hora y nuestra compañía sufrió numerosas bajas.

—¿Y la Luftwaffe? ¿Dónde está la Luftwaffe? —gritó lleno de rabia el capitán Teidel cuando vio el destrozo que la aviación rusa acababa de causar en su compañía.

La Luftwaffe hacía días que había sido ahuyentada del cielo de Stalingrado.

Nuestra compañía se vio obligada a retirarse sin haber entrado en combate. Habíamos salido los primeros de Stalingrado para reforzar a las tropas que luchaban en el recodo del Don, pero, ni aun haciendo el camino a marchas forzadas, logramos llegar a tiempo.

El frente alemán había sido roto y los rusos iniciaban de forma

arrolladora un avance profundo y peligroso, después de haber logrado cercar a las tropas alemanas del sector de Stalingrado.

Si el general Von Paulus —se comentó posteriormente, y, al parecer, él pensó ya en ello— se hubiese decidido a ordenar que el VI Ejército se retirase hacia el sudoeste cuando vio que la rotura del frente era ya inevitable, con tal maniobra hubiese evitado al menos el cerco, y, posteriormente, el exterminio.

Pero, ¿podía haber logrado retirarse con éxito Paulus en aquella difícil situación? Parece ser que Von Manstein —comandante en jefe de los ejércitos del Don— y Von Paulus, comandante supremo del VI Ejército, pensaron en llevar a cabo aquella operación que, en teoría, hubiese significado la salvación del VI Ejército, pero desistieron de ello al no tener órdenes concretas del Alto Mando que autorizasen tal medida. Lo cierto es que, sin haber tomado ninguna medida para evitarlo —aparte de la de resistir hasta que pudieran hacerlo—, las tropas alemanas se encontraron cercadas y sin posibilidad de romper el cerco por sus propios medios ni de que lo rompiese Von Manstein desde el exterior de la bolsa.

En tal coyuntura, Von Paulus ordenó a todas las tropas cercadas que se concentrasen para evitar ser atacadas por la espalda. Había que esperar a que les llegase ayuda del exterior, una ayuda que en seguida les fue prometida para que continuasen resistiendo, pero que jamás llegó.

Paulus parece ser que no perdió del todo las esperanzas de ser salvado hasta mucho tiempo después, cuando ya la capacidad de resistencia del VI Ejército había quedado reducida al mínimo. El día 7 de diciembre, el general Von Paulus le escribió a su esposa en los siguientes términos: «Me enfrento en estos momentos con una difícil situación, pero confío poder solventarla muy pronto. Y entonces te escribiré con mayor frecuencia. Puedes estar segura de que tan pronto como sea humanamente posible, me tomaré un largo permiso...»

Pero nunca llegó a ser «humanamente posible» que Paulus abandonase Stalingrado más que como prisionero de guerra de los rusos.

El 18 de diciembre, aún se observa cierto optimismo en Paulus, o, al menos, lo simula cuando le escribe a su esposa: «Actualmente, me encuentro en una posición muy grave. Pero ya lograremos salir adelante. También al invierno sigue la primavera...»

Sin embargo, para muchos hombres de Stalingrado jamás volvería a suceder la primavera al invierno. Para otros, incluido el propio Paulus, la primavera tardaría aún años en llegar.

XI

La tarde anterior habíamos sido desalojados de una loma que habíamos defendido de los insistentes ataques rusos durante cinco días.

A la mañana siguiente recibió el capitán Teidel orden de que nuestra compañía recuperase aquella posición, costase lo que costase.

Tras la retirada en desorden que siguió a la rotura del frente alemán en el Don, el VI Ejército logró, con la ayuda de los restos del IV Ejército acorazado, mantener una línea de resistencia relativamente estable, a costa, eso sí, de terribles pérdidas, que habían minado nuestra moral combativa.

Las deficiencias del aprovisionamiento habían llegado ya a su grado extremo, puesto que sólo por aire nos llegaban las municiones y los alimentos de cuando en cuando. Pasábamos hambre y carecíamos de lo más imprescindible para combatir al tremendo frío del invierno ruso. Por si esto fuera poco, la disentería y otras enfermedades habían empezado a atacar a los soldados que combatían en el frente en tan inhumanas condiciones.

La tarde anterior habíamos sido desalojados, como dije, de una loma, cuya reconquista, al parecer, consideró vital el coronel de nuestro regimiento.

La verdad es que aquella loma por sí sola carecía de valor estratégico alguno, estando rebasada la línea de combate como estaba aquí y allá. Pero habíamos recibido órdenes de reconquistarla, el capitán Teidel se puso al frente de su diezmada compañía y atacamos la loma a media mañana.

Por todo desayuno habíamos tomado unas cuantas galletas. Hacía días que no comíamos otra cosa. Café ya no había. Ni cigarrillos. Lo único caliente que tomábamos era una especie de caldo limpio hecho a base de malta, agua y yo que sé qué porquerías más.

Estábamos extenuados. Pero teníamos que atacar.

Avanzamos penosamente hacia la loma. Un tanque nos abría el camino.

Desde la loma cayó sobre nosotros una rociada de balas.

A mi lado cayó herido Heinrich. Tenía un boquete en la garganta. Me incliné hacia él. Pero vi que la herida era mortal. No obstante, me detuve unos instantes más a su lado al ver que con la mirada intentaba indicarme algo.

—¿Quieres que le escriba a tu novia?

Asintió con los ojos, mientras intentaba llevarse una mano a uno de los bolsillos de su destrozada guerrera.

Le ayudé y cogí la cartera. Dentro tenía la foto de su novia. Era una muchacha robusta, de ingenua fisonomía.

—Es ésta, ¿verdad? —le dije mostrándosela.

El asintió intentando sonreír.

—Le escribiré y le diré que has muerto pensando en ella.

Heinrich echó una bocanada de sangre y expiró en mis brazos.

La compañía seguía avanzando, haciendo caso omiso de los disparos del enemigo.

Me uní a mis compañeros.

Los rusos no cedían a pesar de que el tanque ametrallaba los «bunkers» que les servían de parapeto.

—¡Cargar a la bayoneta!— exclamó el capitán Teidel cuando estuvimos a unos metros de las líneas rusas.

Nos abalanzamos sobre los «bunkers» y cargamos ciegamente contra el enemigo.

Yo y tres soldados, entre los que iba Gerhard, caímos en tromba sobre un «bunker». Había en él cinco rusos. Tres estaban heridos. Los otros dos los cosimos a bayonetazos.

Saltamos a otro «bunker». Pero estaba ya abandonado.

Los rusos se retiraban por la otra ladera de la loma, sobre cuya cúspide ondeaba de nuevo la bandera alemana con la cruz gamada.

Habíamos perdido muchos hombres, muchos más tal vez de los que debiéramos haber perdido si la operación de ataque hubiese sido llevada a cabo con medios de ataque normales.

Pero no teníamos bombas de mano y escaseaban las municiones de ametralladora y fusil. Tuvimos que realizar el ataque a punta de bayoneta.

Nos instalamos en los «bunkers» abandonados por los rusos. En ellos encontramos algo precioso: provisiones de boca, de las que tan necesitados estábamos.

—Al parecer, los rusos —comentó el teniente Sudermann— están mejor provistos que nosotros.

El brigada Müller se hizo cargo de las provisiones y las fue repartiendo bajo la supervisión del capitán.

—Hemos de ser previsores. Guardemos algo para los próximos días —dijo el capitán—. No creo que nuestra intedencia funcione mejor en el futuro que hasta ahora.

Al amanecer, la loma fue fuertemente bombardeada por la artillería rusa. Nos metimos en los «bunkers» y esperamos pacientemente a que cesase el bombardeo, cosa que no ocurrió hasta el atardecer.

El tanque que nos había ayudado a conquistar la loma se volvió hacia la retaguardia.

A la mañana siguiente recibimos orden de nuestro coronel de que conserváramos la loma luchando hasta el último hombre.

—Al paso que llevamos, si no recibimos refuerzos, pronto nos quedaremos en cuadro —comentó el capitán Teidel.

Efectivamente, desde que habíamos salido de Stalingrado hacía unos días, nuestra compañía había perdido más de la tercera parte de sus efectivos.

El día 12 de diciembre de 1942, dio comienzo la llamada operación «Wintergewiter», que consistía en intentar socorrer al VI Ejército desde el exterior de la bolsa de Stalingrado. Los restos del IV Ejército acorazado alemán que habían quedado fuera del cerco, mandados por el capitán general Hoth, desde el sur, con la colaboración de la 6.ª División acorazada —que acababa de llegar de Francia—, la 23 División acorazada —que haba sido retirada del Cáucaso— y la 17 División acorazada intentaron infructuosamente romper el sólido cerco establecido por los rusos.

El día 19, las tropas acorazadas de Hoth conquistaron una cabeza de puente sobre el río Mischkow, situado a unos cuarenta y tantos kilómetros de la bolsa.

Era éste el momento en el que, según la operación «Wintergewiter», el VI Ejército debía intentar atacar a los rusos desde el interior de la bolsa. Al mismo tiempo, se había proyectado introducir en el cerco una columna de camiones con aprovisionamiento.

Éste era el plan según el cual Hitler pensaba restablecer la situación en el sector de Stalingrado, asegurando las comunicaciones del VI Ejército con las restantes fuerzas alemanas situadas fuera del cerco.

Tanto para Manstein como para Paulus aquella operación —que fracasó totalmente— sólo estaba justificada si tenía como finalidad salvar al VI Ejército del último modo lógico: sacándolo del cerco. Pero esto había sido terminantemente prohibido por el Führer. Nada de ceder terreno. Era necesario no retroceder ni un metro.

El fracaso, pues, estaba previsto incluso por los propios jefes de las tropas que operaban en Stalingrado. Para salvar a los hombres, era preciso ceder terreno. Pero como esto lo había prohibido con su característica tozudez Hitler, al no ceder terreno al enemigo, las tropas cercadas quedaban condenadas al aniquilamiento más o menos tarde. Después, no sólo habría que ceder el terreno, sino también rendir las armas. Todo por culpa de la genial estrategia concebida por aquel ignorante «cabo austríaco» que se había adueñado del mando.

Von Paulus, que había dicho en una carta a su esposa: «¡Estoy

aquí porque así me lo ordenaron!», seguramente estaba ya convencido de que la orden de permanecer en Stalingrado era absurda a todas luces. Pero, ¿podía él desobedecerla? Tal vez un militar más maniobrero hubiese encontrado el modo de salir de aquel atolladero sin faltar en el fondo al sentido de la disciplina. Pero Von Paulus era un militar formado en el Estado Mayor, no acostumbrado a tomar resoluciones por sí mismo.

XII

Para comprender en lo posible la situación establecida en Stalingrado después de la ofensiva rusa en noviembre de 1942, es preciso que intente ofrecerle al lector una visión de conjunto de la marcha de aquellas operaciones que produjeron primero la rotura del frente alemán en el Don y, después, el cerco del VI Ejército.

El 19 de noviembre, de madrugada, la artillería rusa bombardeó intensamente durante más de una hora todas las posiciones alemanas a lo largo del extenso frente.

Sobre las cinco y media, dio comienzo el ataque masivo de la infantería rusa en las posiciones alemanas situadas al noroeste de Klestkaia. En el sector de Blinov, los rusos apoyaron el ataque con poderosas unidades acorazadas desde el primer momento.

Las tropas alemanas resistieron valerosamente el empuje del enemigo durante horas, pero, cuando las tropas acorazadas rusas se infiltraron en las líneas alemanas y las atacaron por la retaguardia, comenzó el embarullado repliegue alemán.

La tarde del día 19 las posiciones alemanas ocupadas y defendidas por la 1.ª División acorazada y parte de la 13.ª División estaban ya prácticamente cercadas por el enemigo, a pesar de la dura resistencia alemana.

El Regimiento de Infantería núm. 87 de la 13.ª División se replegó a las siete de la mañana a nuestras posiciones, desde las que intentó proseguir la resistencia.

El Regimiento núm. 1 de la 13.ª División quedó cercado después de una tenaz lucha. En la misma zona quedó asimismo cercado el Grupo Lascar, integrado por la 5.ª y la 6.ª Divisiones de infantería y algunas unidades de la 13.ª y la 14.ª División de infantería.

La 15.ª División intentó pasar al contraataque, pero los carros de combate rusos la rechazaron, teniendo que replegarse para poder seguir resistiendo posteriormente el empuje del enemigo.

Alrededor de las dos de la tarde, una formación acorazada rusa

se infiltró hasta Gromki, desbaratando la resistencia del IV Ejército rumano.

Por la noche el VI Ejército asumió el mando sobre todas las unidades, que luchaban al este de la línea Kletskaia-Jevs-Tratavski.

El frente había sido roto por el enemigo en una extensión territorial de unos dieciocho kilómetros de ancho y una profundidad de ocho kilómetros aproximadamente. La profundidad real de la penetración lograda por los tanques rusos en Gromki, es decir, en el sector del frente defendido por los rumanos, era desconocida por el Alto Mando, temiéndose que fuese todavía más importante la rotura del frente por aquel sector que la alcanzada en el sector defendido por el VI Ejército y las unidades a él agregadas.

En Blinov, sector del frente defendido por el II Cuerpo de Ejército rumano, el Regimiento de Infantería núm. 36 de la 9.ª División tuvo que retirarse muy pronto ante la potencia del ataque ruso.

A media mañana del citado día 19, los tanques rusos habían logrado romper el frente en el sector defendido por la 14.ª División que tuvo que retirarse precipitadamente hacia Klinovoi.

A la una y media de la tarde, las fuerzas acorazadas de la 22.ª División alemana se acercaron a reforzar el frente alemán en el sector de Peschani, pero llegaron ya cuando la 14.ª División había sido vencida y dispersada por el enemigo. Tampoco la 7.ª División acorazada llegó a tiempo de contener el avance ruso y tuvo que limitarse a reforzar la resistencia alemana en las proximidades de Blinovski, lo que sólo consiguió hasta la madrugada del día siguiente.

En cambio, por el sector del Centro la resistencia mantenida por la 5.ª y la 6.ª Divisiones seguía siendo firme.

Pero los rusos habían logrado romper el frente en el sector defendido por la 9.ª y la 14.ª Divisiones, en una extensión de unos diez kilómetros de profundidad y catorce de anchura.

A las once y media de la mañana el XLVIII Cuerpo acorazado mandado por el teniente general Heim, que debía contraatacar en el sector de Kletskaia, recibió orden de dirigirse a Blinov, ciudad que atacaría al día siguiente en unión de otras tropas alemanas.

El día 20, la 22.ª División acorazada sostuvo una enconada lucha con potentes formaciones de carros de combate rusos, teniendo que retirarse, diezmada, al anochecer de dicho día, perdiendo todo contacto con la División acorazada rumana.

También la 7.ª División acorazada fue batida por los rusos y tuvo que replegarse a primeras horas del día 20, en dirección a Pranin. Por la noche, la 7.ª División intentó avanzar otra vez hacia Lenintkin, pero los tanques rusos la aplastaron y dispersaron, teniendo que retirarse en desbandada hacia Chistakovka.

El mismo día 20, los rusos, que habían tomado Blinov, prosiguieron su avance hacia Perelasovski, atacando por sorpresa —tal era la

rapidez del avance ruso— los puestos de mando del IV y del V Cuerpos de Ejército.

El Grupo Lascar pasó teóricamente a las órdenes del teniente general Heim la noche del da 20 y, el día 21, el XLVIII Cuerpo acorazado trató inútilmente de liberar del cerco al citado Grupo Lascar y la 1.ª División acorazada rumana.

El día 21, el VI Ejército se encontró con la sorpresa de que las tropas acorazadas rusas avanzaban hasta situarse a sus espaldas, después de tomar Kalach.

El día 22, los tanques enemigos rompían el frente por el sector defendido por la 5.ª División, que tuvo que replegarse hacia Chernichevskaia, hacia donde también se replegaron el día 24 la 22.ª División acorazada alemana y los restos de las unidades del Grupo Lascar que habían logrado romper el cerco. Ese mismo día, el 24, los rusos aniquilaban la 15.ª División rumana —cuyo comandante en jefe, el general Sión pereció en el curso de los combates— y a los restos del Grupo Lascar entre Donschiuska y Chernioskaia.

El frente, pues, había sido roto por varios puntos en el transcurso de las constantes batallas libradas desde el día 19 al 24 de noviembre de 1942.

La niebla, una espesa niebla, favoreció el éxito de la ofensiva rusa en sus inicios, ya que la aviación alemana no pudo entrar en combate ni el día 19 ni el 20 debido a las escasísimas condiciones de visibilidad de la atmósfera.

De lo crítico de la situación establecida en el frente alemán a los tres días de haberse iniciado el ataque ruso, da una precisa idea el despacho radiotelegráfico enviado por Von Paulus al Alto Mando del Ejército el 23 de noviembre de 1942.

«Mi Führer —decía tal despacho—: Desde la recepción de su radiotelegrama del 22 de noviembre por la noche, los acontecimientos se han precipitado.

No hemos podido impedir el cierre del cerco por el oeste y el sudoeste. En ambas zonas se señalan nuevas infiltraciones enemigas.

Tanto las municiones como el combustible se agotan. No cabe por el momento pensar en un intenso y suficiente abastecimiento.

El ejército camina rápidamente hacia su aniquilamiento, si no se logra destruir al enemigo concentrando todas las fuerzas disponibles y al sur y al oeste de su dirección de ataque.

Para esto es necesario retirar sin pérdida de tiempo todas las unidades que luchan en Stalingrado y fuertes contingentes del frente Norte. La consecuencia inmediata ha de ser romper el frente en dirección sudoeste, puesto que es del todo imposible defender los frentes Este y Norte.

Perderemos mucho material, pero salvaremos a la mayoría de los combatientes y, por lo menos, una buena parte del material.

Me hago responsable de la gravedad de este comunicado y añado que los generales con mando Heitz, Strecker, Hube y Jaeneque enjuician la situación del mismo modo que yo.

¡Le ruego, teniendo en cuenta la situación, que me conceda plenos poderes para actuar!»

El tono no podía ser más patético. Pero Hitler no se inmutó. ¿Salvar a la mayoría de los combatientes? Esto le importaba un bledo al Führer.

Otro documento revelador de la crítica situación en que había quedado el VI Ejército tras la rotura del frente es la carta enviada por Von Paulus al mariscal de campo Von Manstein el 26 de noviembre de 1942. Dice así:

«Mi apreciado mariscal de campo:

I. Le agradezco su radiotelegrama del 24 de noviembre y la ayuda prometida.

II. Al examinar mi situación, me permito exponer los siguientes puntos:

1. Cuando el 19 de noviembre comenzaron los grandes ataques rusos contra los flancos derecho e izquierdo del Ejército, fueron arrollados en el curso de dos días los dos flancos del Ejército por los que el enemigo avanzaba con fuerzas móviles. Avanzadillas de nuestras unidades rápidas (XIV Cuerpo acorazado), que desde el Don avanzaban en dirección oeste, chocaron al oeste del Don con un enemigo superior en número y se enfrentaron con una situación muy difícil, tanto más cuanto que la falta de combustible les impedía una completa libertad de movimientos. Al mismo tiempo penetraba el enemigo a espaldas del XI Cuerpo de Ejército, que, tal como se le tenía ordenado, defendía sus posiciones hacia el norte. Ya que resultaba del todo imposible retirar fuerzas del frente con el fin de contener este peligro, no quedó otro remedio que cambiar el frente del ala izquierda del XI Cuerpo de Ejército hacia el sur y replegarlo a una cabeza de puente al oeste del Don, para que las unidades al oeste del Don no quedaran aisladas del grueso de las fuerzas.

Mientras estas medidas eran llevadas a la práctica, se recibió una orden del Führer que exigía el ataque del XIV Cuerpo acorazado, con su ala izquierda en dirección a Dobrinskaia. Pero esta orden quedaba anulada por el curso que habían seguido los acontecimientos. No pudo por tanto dársele el trámite debido.

2. El 22 por la mañana fue puesto bajo mis órdenes el IV Cuerpo acorazado. El ala derecha del IV Cuerpo acorazado se replegaba desde el sur hacia el norte a través de Businovka. Con esto quedaba abierto todo el flanco sur y sudoeste. Si queríamos impedir que los rusos avanzaran impunemente a espaldas del Ejército en dirección a Stalingrado, no quedaba otra solución que retirar fuerzas de Stalingrado y del frente Norte. Cabía en lo posible retirarlas a tiempo y destinarlas al nuevo sector del frente, en tanto que esto resultaba del todo imposible si retirábamos fuerzas de la región oeste del Don.

Con las fuerzas retiradas de Stalingrado y puestas bajo las órdenes del IV Ejército consiguió éste formar un débil frente sur, con su ala oeste cerca de Marinovka, pero fue arrollado varias veces por el enemigo en el curso del día 23. El resultado de esta batalla es incierto aún. La tarde del 23 fueron observadas fuertes concentraciones acorazadas enemigas, un centenar de carros de combate, en la región al oeste de Marinovka. En la zona de Marinovka y el Don se enfrentaban a las potentes fuerzas enemigas sólo débiles unidades alemanas. El camino quedaba libre para los carros de combate y las fuerzas motorizadas rusas, tanto en dirección a Pestkovatka como hacia el puente del Don.

No había recibido de la superioridad órdenes de ninguna clase durante las treinta y seis últimas horas. Y tampoco ningún comunicado. En el curso de pocas horas podía enfrentarse con la siguiente situación:

a) Hacerme fuerte en los frentes Oeste y Norte, sin poder impedir con ello que el frente del Ejército fuera arrollado en un plazo de tiempo muy breve, pero cumpliendo de esta forma la orden que se me había dado de no replegar ninguna unidad, o

b) Tomar la única decisión factible en esta situación, es decir, volcarme con todas las fuerzas a mi disposición contra el enemigo que estaba a punto de apuñalar al Ejército por la espalda. Aparece claro que en el momento de tomar esta decisión debía renunciar a defender el frente del Este y del Norte y tratar de romper el cerco en dirección sudoeste.

En el caso citado lo hacía en justicia a la situación en que me encontraba, pero a la vez me desentendería de la orden que me habían dado.

3. En esta situación tan difícil mandé un radiotelegrama al Führer rogándole que me concediera plenos poderes para tomar esta última decisión si resultaba necesario. Lo que yo pretendía era asegurarme por si se presentaba la ocasión, sin estar expuesto a que la orden de la superioridad llegara demasiado tarde a mis manos.

No puedo presentar pruebas de que estaba dispuesto a dar esta orden sólo en caso extremo y jamás de modo precipitado.

No he recibido respuesta alguna a este radio.

III. La situación en que me encuentro hoy la verá usted en el mapa adjunto.

Aun cuando pudiéramos destinar nuevas fuerzas al frente del Sudoeste, la situación continuaría muy crítica.

El frente de Stalingrado está expuesto, cada día que pasa, a nuevos ataques por parte del enemigo.

El abastecimiento desde el aire, iniciado hace tres días, satisface

sólo una mínima parte de nuestras necesidades (600 toneladas = 400 aviones diarios).

La falta de aprovisionamiento puede conducir, dentro de los próximos días, a una situación desesperada.

Creo, sin embargo, que el Ejército puede defenderse todavía durante algún tiempo. No se puede prever, empero, si el Ejército podrá defender la región de Stalingrado durante un plazo de tiempo más largo.

Puesto que a diario me abruman de preguntas desde todos los lados, le quedaría sumamente agradecido si me mandaran algo más que simples órdenes por escrito, para que pudiera reforzar yo la moral de mis hombres.

Estoy firmemente convencido de que en su mando, señor mariscal, se halla la garantía de la ayuda al VI Ejército.»

Una ayuda que Von Manstein se vio impotente para facilitársela, pues también él y sus tropas fueron derrotados por los rusos y obligados a replegarse.

Tal era la situación, descrita con admirable precisión en esta carta de Von Paulus, en que había quedado el VI Ejército y las demás fuerzas cercadas en el sector de Stalingrado.

XIII

Hacía un frío helado que nos idiotizaba. Llevábamos dos días en el «bunker», sin salir más que cuando a uno le tocaba hacer la guardia fuera, frente a las líneas rusas.

Nevaba constantemente y alrededor de los «bunkers», separados unos de otros por escasos metros, se extendía un desolado desierto blanco.

Frente a nosotros, separados tan sólo por cincuenta o sesenta metros, los rusos, los temidos rusos, dueños ya de toda iniciativa.

Desde que habíamos sido desalojados de la loma, cuya reconquista había marcado la última acción ofensiva —bien limitada por cierto —en que habíamos participado, la compañía del capitán Teidel no había hecho otra cosa que irse replegando constantemente cada dos días, cada día, cada unas pocas horas.

Nos habíamos convertido en unos vagabundos de la estepa. Pero siempre vagábamos en una misma dirección: hacia Stalingrado, alejándonos cada vez más del auténtico frente para adentrarnos en el corazón de la bolsa, que cada vez se estrechaba más, como si fuera un nudo corredizo colocado en torno de los hombres del VI Ejército.

Nuestros uniformes se habían convertido en verdaderos harapos que nos defendían a medias del tremendo frío de la estepa. Nos tapábamos el rostro como podíamos, dejando tan sólo al descubierto los ojos, la nariz, la boca. Los pies los envolvíamos en informes trapos.

Parecíamos fantasmas, esqueletos autómatas que tan sólo respiraban por instinto de conservación. La facultad de pensar se nos había convertido en un sordo anhelo: comer y dormir.

Pero apenas comíamos. De vez en cuando, no todos los días, unas piltrafas de carne de caballo, algo de leche condensada, galletas. Cualquier cosa. Lo importante era masticar algo y engañar al estómago.

En aquel «bunker» yacíamos acurrucados unos contra otros: Gerhard, tres soldados más y yo. Habíamos quemado ya todos los trozos

de madera del «bunker» y ahora sólo nos quedaba el calor de nuestros propios cuerpos.

De vez en cuando, Gerhard se levantaba y salía a hacer sus necesidades. Padecía de disentería y cada media hora o cada hora, todo lo más, defecaba sangre. Estaba extenuado y le brillaban los ojos como carbunclos.

Apenas hablábamos. Yo sólo pensaba obsesionadamente en la casa de mis padres. Allí había comido, había dormido. Allí había vivido una vida que a mí se me antojaba ahora tan lejana, que, en realidad, a veces, creía que había sido tan sólo un sueño.

Las miradas de mis compañeros se fijaban en el vacío. Pensarían también seguramente en su pasada vida de hombres normales ahora que la guerra los había convertido en ex hombres.

El capitán Teidel había sido herido en las dos piernas hacía tres días y se había muerto en el «bunker» situado al lado del nuestro. No habíamos podido evacuarlo hasta el puesto sanitario más cercano, que distaba de nuestros «bunkers» más de cincuenta kilómetros, según nos dijeron en el puesto de mando inmediato. Tuvimos que dejarlo morir como a un perro.

Ahora, nuestra compañía, que había quedado reducida a menos de la cuarta parte de sus efectivos, la mandaba el teniente Sudermann, y había sido agregada a los restos del batallón del comandante Hermann Speidel, que se había librado de milagro del copo en Kalasch, cuando los rusos cerraron la tenaza en torno al VI Ejército.

—Pronto llegarán las Navidades —dijo con voz quejumbrosa Gerhard, que acababa de entrar en el «bunker» y se había encogido a mi lado.

Le miré apenado.

—Pronto, Gerhard.

Pensé en las últimas Navidades pasadas al lado de mis padres. Cerré los ojos y sentí una aguda pena en el pecho.

—A lo mejor, para las Navidades nos dan un suministro especial —dijo uno de los soldados que ocupaban el «bunker».

—El Führer no nos abandonará —gimió otro.

Todos pensábamos en la comida. No éramos más que pobres animales hambrientos.

—Sí, posiblemente —dije haciendo un esfuerzo—. La aviación lanzará esos días suministros extraordinarios.

—Pero, ¿cómo los cogeremos? —preguntó Gerhard quejumbrosamente—. Los rusos no nos dejarán.

En el «bunker» reinaba una atmósfera de baja ansiedad animal. Sólo pensábamos en comer para restaurar nuestras fuerzas. Éramos unos hombres agotados. ¿Cómo se les podía pedir a unos hombres como nosotros, que no comíamos apenas, que no teníamos ropas adecuadas con que defendernos del frío, ni municiones suficientes para

hacer frente al enemigo, que resistiésemos hasta el último hombre como aquel hombre llamado Hitler nos exigía?

A partir del 24 de noviembre, la actuación del VI Ejército no había cesado de empeorar. Los rusos nos iban acorralando hacia la ciudad de Stalingrado.

Sin embargo, nuestros jefes, los que no luchaban en primera línea, claro, seguían creyendo que todo podría solucionarse finalmente. O eran ciegos o se engañaban a sí mismos.

Von Richthofen escribió en el Diario de Guerra de la IV Flota aérea el 25 de noviembre: «Todos nuestros aviones se han dedicado esta mañana al abastecimiento. Pero sólo contamos con treinta aviones, de los cuarenta y siete que teníamos ayer: los otros han sido abatidos. Por este motivo sólo hemos podido transportar setenta y cinco toneladas, en lugar de las trescientas que nos habían ordenado.»

«El VI Ejército —añade Von Richthofen— habrá de abastecerse por sí mismo durante las próximas seis semanas. No consigo imaginar de qué forma podemos nosotros abastecerlo desde el aire. Puesto que el VI Ejército no puede escapar hacia el norte, por haber conquistado el enemigo la cabeza de puente junto al Don, sólo tiene posibilidad de hacerlo hacia el sudoeste. El Führer es contrario a esto.»

Más adelante, concluye: «El Führer ha sido informado. Ha escuchado atentamente y ha decidido en contra, porque no cree que luego se pueda volver a Stalingrado y confía en que el Ejército podrá defenderse. Una orden es una orden, y haremos cuanto dependa de nosotros para cumplirla. Lo trágico es que ningún jefe responsable, aunque al parecer goce de la confianza de la superioridad, puede ejercer ya ninguna clase de influencia. Federico el Grande fracasó siempre cuando en parecidas circunstancias daba órdenes que afectaban a escenarios de guerra muy lejanos, en tanto que en otros alcanzaba plenos éxitos. Somos en la actualidad, unos suboficiales bien pagados.»

Pero no se trataba ya de las atribuciones de los jefes en campaña —cosa que podía preocupar a éste o aquel militar profesional celoso de las prerrogativas de su cargo—, sino de algo mucho más sencillo e importante: la salvación de cerca de trescientos mil hombres condenados a morir por el capricho de un megalómano.

—Dicen que los rusos viven sojuzgados como bestias —comentó uno de los soldados.

—¿Y nosotros, cómo vivimos? —gritó con voz desfallecida Gerhard.

—Estamos en guerra, Gerhard —dije intentando aplacarle.

—¿Y por qué estamos en guerra? —me preguntó él mirándome con ojos de invencible sufrimiento físico—. ¿Por qué, dime, por qué?

No supe qué contestarle. La cabeza me daba vueltas.

¿Por qué estábamos en guerra? ¿Por qué nos encontrábamos en aquel momento cinco alemanes acurrucados unos contra otros en aquel «bunker», medio desfallecidos de hambre y de frío?

No, yo tampoco sabía por qué estábamos allí.

—Dime, ¿por qué? —insistió chillando Gerhard.

—¡No lo sé, Gerhard! ¡Déjame en paz! —grité encolerizado.

XIV

No tardaría en dar comienzo la segunda fase de la batalla de Stalingrado, que había de terminar con el exterminio de las fuerzas alemanas que luchaban en el recodo entre los ríos Volga y Don y la rendición de los extenuados restos del VI Ejército en las ruinas de la ciudad de Stalingrado.

La situación a mediados de diciembre se había estabilizado relativamente, siempre, claro, subsistiendo las pésimas condiciones que rodeaban la presencia del VI Ejército en los frentes de batalla. Los rusoso habían cesado en sus constantes ataques y dejado de presionar un día y otro día a las tropas alemanas. Al parecer, se preparaban para el empuje final reagrupando sus fuerzas y reforzando convenientemente los puntos débiles de sus líneas.

La situación en el campo alemán era, poco más o menos, como la había expuesto el 9 de diciembre el mariscal Von Manstein en un informe enviado al general Zeitzler, jefe del Estado Mayor del Ejército. Según este informe, «la fortaleza de Stalingrado» estaba estrechamente cercada por el 21, el 24, el 57, el 62, el 64, el 41, el 65 y el 66 ejércitos rusos. Estos ejércitos contaban con unos efectivos que se elevaban a 44 divisiones de infantería, 17 brigadas de fusileros, 29 brigadas de tanques y 12 brigadas motorizadas. En el sector de Chir, el frente alemán y rumano había sido atacado por el V Ejército acorazado ruso, con 17 divisiones de infantería, 5 divisiones de caballería, 2 divisiones motorizadas, 8 brigadas de tanques y 3 brigadas motorizadas.

Al oeste del Don, estaban, defendiendo la línea del frente enemigo, el 51 Ejército ruso, con 4 divisiones de infantería, 4 divisiones de caballería, 2 brigadas de tanques, una brigada de fusileros y otra motorizada.

Las fuerzas rusas, no sólo eran mucho más numerosas que las alemanas, sino que, y esto era lo más importante, estaban perfectamente aprovisionadas de armas y víveres, mientras que nosotros carecíamos de lo más necesario

Se nos abastecía por el aire, pero insuficientemente, desde las ba-

ses aéreas de Morosovskaia y Tazinskaia, situadas la primera a doscientos y la segunda a doscientos kilómetros de Stalingrado.

No se puede negar que la Luftwaffe hacía por aquel entonces grandes esfuerzos por abastecernos, pero evidentemente no cubría ni con mucho las necesidades de los sitiados.

El VI Ejército necesitaba un suministro diario de unas 700 toneladas, cantidad que después fue fijada en 500 y, más tarde aún, en 300. El abastecimiento aéreo decreció peligrosamente en los primeros días de diciembre, en el transcurso de los cuales el VI Ejército sólo recibió 97 toneladas diarias de provisiones. Posteriormente, del 12 al 31 de diciembre, mediante un esfuerzo de la aviación alemana, el abastecimiento pudo ser elevado a la cantidad de 137 toneladas diarias. Pero, a partir de entonces, el suministro fue decreciendo gradualmente de forma peligrosa.

El Alto Mando alemán había previsto que el cerco de Stalingrado sería roto en el mes de diciembre. Para ello, avanzarían las tropas del Grupo Hollidt desde el río Chir hacia el este, mientras que, desde la región de Kotelnikovo, en el sur, avanzarían hacia Stalingrado las fuerzas mandadas por el capitán general Hoth, integradas por el IV Ejército acorazado y los efectivos que habían quedado del IV Ejército rumano, ligeramente reforzados.

Hoth tenía que establecer de nuevo contacto con el VI Ejército, al oeste del Don. Se había pensado que el VI Ejército atacaría el frente ruso para intentar unirse al Grupo de Ejércitos de Hoth.

Pero luego resultó que el Grupo de Ejércitos Hollidt no pudo ser lanzado al ataque, ya que los rusos se le habían adelantado y lo obligaban a luchar a la defensiva.

Por consiguiente, sólo se podía contar con las tropas mandadas por el capitán general Hoth para liberar a Paulus del cerco. Las fuerzas con que contaba Hoth no eran demasiado considerables. Su principal potencia residía en el LVII Cuerpo acorazado, que estaba integrado por la 23.ª División acorazada, con 30 tanques, reforzada por la 6.ª División acorazada —recién llegada de Francia—, que contaba con 160 carros de combate y 40 piezas de artillería. A estas fuerzas se unieron los efectivos de la 17.ª División acorazada. Escasísimas fuerzas para romper el frente ruso.

Dos días antes de lanzarse al ataque las tropas de Hoth, o sea, el 10 de diciembre, el VI Ejército intentó romper la bolsa por el sur. Pero, tras un avance inicial de unos treinta kilómetros las tropas alemanas tuvieron que retirarse debido a que faltó combustible a los 60 tanques que apoyaban el ataque.

El 12 de diciembre, Hoth se lanzó al ataque. Durante una semana de tenaces combates, los alemanes sólo lograron acercarse por el sector de Mischkova, a unos cincuenta kilómetros del cerco en que estaba encerrado el VI Ejército.

El mariscal Von Manstein, en vista de que no se lograba establecer contacto con el ejército sitiado, envió el 19 de diciembre un radiotelegrama al Alto Mando solicitando autorización para que el VI Ejército iniciase un nuevo ataque desde el cerco a fin de intentar unirse al Grupo de Ejércitos mandado por Hoth. Este radiotelegrama había sido cursado a las dos y media de la tarde del día 19 y a las seis y cuarto del mismo día, en vista de que Hitler no había aprobado el plan de Manstein, éste ordenó a Von Paulus que desistiese de iniciar la operación que hacía escasamente un cuarto de hora que le había ordenado.

En resumidas cuentas: que todo quedó tal como estaba y la iniciativa quedó en manos del enemigo.

Los piojos no nos dejaban ni un minuto de descanso. No había había manera de defendernos de su invasión. Cuando intentábamos descabezar un sueño, aprovechando un momento en que el frente estaba en calma y el cañón había dejado de atronar el espacio, los piojos nos acribillaban con sus molestas picaduras.

Hacía unos días que, sin embargo, habíamos recibido un suministro decente. Teníamos carne de caballo, galletas y nos habían repartido cigarrillos y una botella de coñac para cada cinco hombres.

—Administradlo todo con cuidado —nos había advertido el brigada Müller—. No sabemos cuándo volveremos a recibir provisiones.

El brigada Müller no parecía pasarlo demasiado mal. No estaba ni con mucho tan flaco como todos nosotros. Sus mejillas tenían todavía carne.

—Al brigada Müller ya se le nota que es el amo de la despensa —comentó uno de los soldados que compartían conmigo el «bunker».

—No creo que la tenga muy provista —opiné yo.

En aquel momento se inició un fuerte cañoneo.

—¡Ya están esos! —chilló Gerhard, a quien el coñac había reanimado un poco.

El bombardeo de nuestras líneas por la artillería rusa duró unos cuarenta minutos.

Desde hacía unos días, los rusos no nos atacaban y sólo, dos o tres veces al día, nos obsequiaban con una sesión de artillería, como para demostrarnos que estaban allí y que no se olvidaban de nosotros.

El día anterior, un morterazo había destrozado al soldado que hacía la guardia a la entrada de nuestro «bunker». Como no era posible enterrarlo debido a la consistencia y dureza que había adquirido la nieve alrededor del «bunker», dejamos su cuerpo a la intemperie, colocándolo de noche en tierra de nadie, lo más alejado posible del «bunker».

La tierra de nadie estaba ahora cubierta aquí y allá de cadáveres insepultos. De madrugada, manadas de cuervos caían sobre ellos y nosotros teníamos que contemplar cómo hundían sus asquerosos picos en la carne muerta de quienes habían sido nuestros compañeros.

—Los cuervos tienen más suerte que nosotros —había dicho Gerhard en una ocasión, cuando, estando de guardia, vio aparecer por primera vez los negros pajarracos sobre el cadáver de un soldado alemán—. No les falta el alimento.

—Ni les faltará en mucho tiempo —dije yo sombríamente.

Efectivamente, cada da se les renovaba el alimento a los cuervos. Cuando no era a causa de un tiro de fusil, de un cañonazo o de un morterazo, los cuervos veían aparecer todos los días cuerpos de soldados alemanes derribados por la disentería o congelados por el frío.

Cada vez pensaba más en mi alegre vida pasada. Recordaba las discusiones que había tenido con mi padre.

—Ese loco de Hitler llevará de nuevo a Alemania al matadero —decía constantemente mi padre en los días que habían precedido y seguido a la anexión de Checoslovaquia.

Yo, lo recuerdo ahora con pena, siempre le contradecía, llevado de mi entusiasmo por la figura del Führer, que por aquella época rutilaba al máximo en el concierto internacional.

—Está creando la Gran Alemania —le replicaba yo a mi padre.

—Sí, una Gran Alemania llena de hogares mutilados.

—Padre, tú no puedes comprender la grandeza del nacionalsocialismo. Eres de otra época.

De otra época, sí, era de otra época más humana, de otra época que yo entonces, metido en aquel maldito «bunker», añoraba inútilmente.

XV

El 22 de diciembre, fue enviado por el mariscal Von Manstein al Alto Mando alemán el siguiente radiotelegrama secreto, en el que se especificaba con toda precisión posible el estado en que se encontraban las fuerzas alemanas sitiadas en Stalingrado y los efectivos con que contaban:

«1. Estado 18 diciembre: 249.600, inclusive rumanos (13.000), auxiliares (19.300) y heridos (6.000).

2. Fuerzas de combate: infantería destinada a primera línea, 25.000 hombres aproximadamente; ingenieros, 3.200. No incluidos en líneas de combate: Estados Mayores y Planas Mayores, armas pesadas, anticarros, artillería de choque, carros de combate, fuerzas del Ejército (ingenieros, artillería, ametralladoras, baterías antiaéreas, pontoneros, etc.), unidades de la Luftwafe, rumanos y tropas auxiliares.

El mando del VI Ejército ha solicitado una exposición detallada, que le será enviada dentro de unos días. Las fuerzas de combate se calculan entre un 60 % y un 70 % de todas las fuerzas cercadas. El cómputo se hace difícil, debido a los obstáculos de comunicación.

3. a) Combustible: 133 cc. Otto, 12 cc. Diesel... Los cuerpos apenas tienen reservas.

b) 20 de diciembre: las provisiones existentes podrán ser distribuidas hasta:

Pan: el 24 de diciembre.
Salchichón: el 25 de diciembre.
Comida: el 26 de diciembre.
Cena: el 26 de diciembre.
Bebidas: el 27 de diciembre.
Tabaco: el 28 de diciembre.
Carne, al mediodía. Por la noche, solamente carne de caballo.

c) Munición: apenas existente.

En los depósitos del Ejército sólo quedan reducidas existencias: 3.000 granadas de artillería ligera de campaña, 900 de artillería pesada de campaña y para cañones de hasta 10 cm.

4. La alimentación de la tropa es muy dificiente. Desde el 26 de noviembre vienen distribuyéndose medias raciones; desde el 8 de diciembre, sólo 200 gramos diarios de pan. Ceden las fuerzas físicas. La tropa no está en condiciones de emprender largas marchas. Desde el 21 de noviembre: 56 defunciones sólo por falta de alimentación, 2.000 enfermos.

5. Desde el 23 de noviembre hasta el 18 de diciembre hemos recibido un suministro diario de 85 toneladas. Esta situación ha mejorado algo durante los últimos días: desde el 19 al 21 de diciembre, un promedio de 225 toneladas.»

Como se ve, el Alto Mando alemán estaba perfectamente informado de la crítica situación en que se encontraban las fuerzas cercadas. ¿Cómo era, pues, posible que pudiese exigírseles que siguiesen defendiendo el terreno palmo a palmo hasta el último hombre?

Pues, no obstante, el Alto Mando exigía que el VI Ejército no retrocediese un solo metro.

El 23 de diciembre, el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Zeitzler, enviaba al mariscal Von Manstein el siguiente mensaje urgente:

«El Führer ha decidido, en respuesta al comunicado del Grupo de Ejércitos del Don:

El centro ferroviario de Morosavskaia y las dos bases aéreas de Morosovskaia y Tazinskaia han de ser defendidas a toda costa.

La 11 División de Infantería cuidará de la defensa de estos puntos. Para susbtituir a la 11 División de Infantería, el Führer ha dado su conformidad para que parte del LVII Cuerpo acorazado se retire a la otra orilla del Don. Es imprescindible, sin embargo, que las cabezas de puente del LVII Cuerpo acorazado sean defendidas hasta que se pueda pasar de nuevo al ataque partiendo de ellas. Se considera necesario una operación de limpieza en la orilla oriental del Don, desde la desembocadura del Aksai hasta la del Chir.

El grupo de Ejércitos del Don informará de las medidas adoptadas. La sección de «Tigres» destinada al Grupo de Ejército del Don cruzará la frontera en Brest el 23 de diciembre.»

Pese a todo lo ordenado por el Alto Mando alemán, que, al parecer, forjaba sus planes teóricamente sin contar demasiado con la realidad —o ignorándola en absoluto—, las bases aéreas de Morosovskaia y Tazinkaia eran ocupadas por los tanques rusos el 24 de diciembre, es decir, al día siguiente de disponer el Führer que fuesen conservadas a toda costa.

El mismo día 23, después de haber recibido el comunicado de Zeitzler, Von Manstein enviaba al Alto Mando del Ejército alemán el siguiente resumen:

«Abastecimiento VI Ejército.

1. Víveres:

a) Provisiones necesarias para mantenimiento valor combativo largo plazo, teniendo en cuenta intensos combates: 2.500 calorías por hombre y día (500 g. pan, 90 g. conservas carne, 100 g. legumbres, 90 g. embutidos, 50 g. grasa, 50 g. azúcar, 20 g. especias y sal, 15 g. bebidas, 25 g. tabaco; incluido embalaje, total: 1.130 gramos. Para 250.000 hombres, igual a 282 toneladas diarias).

b) Caballos: 7.300 más 15.700 animales carga. Se calcula que sacrificando todos los animales, la carne durará hasta el 15 de enero. Hasta entonces se puede prescindir suministro de carne y las necesidades diarias quedan reducidas a 255 toneladas.

Las divisiones de infantería, inmovilizadas por falta de combustible. Preciso conservar 7.300 caballos para el transporte armas pesadas. Suministro de forraje: 22 toneladas por día (3 kg. por caballo).

2. Munición para las batallas defensivas: 100 toneladas diarias.

3. Combustible para las luchas defensivas de los carros de combate y anticarros: 175 toneladas diarias.

4. Es preciso un abastecimiento de 550 toneladas por día, por término medio, para conservar el valor combativo del VI Ejército en la fortaleza.»

Pero nada de todo aquello que Von Manstein consideraba imprescindible que llegase a poder de las tropas cercadas era posible que fuese transportado tan sólo por vía aérea, único acceso relativamente libre a la sazón en Stalingrado.

No importaba, al Alto Mando no le importaban aquella precisiones. Para el Alto Mando, los hombres de Stalingrado no eran seres humanos: eran tan sólo números.

Von Manstein, a quien preocupaba enormemente la crítica situación del VI Ejército, telefoneó a Von Paulus el 23 de diciembre, a las cinco y media de la tarde. Anochecía ya.

«—Buenas noches, Paulus. Informó usted ayer al Alto Mando del Ejercito que disponía de combustible para avanzar hasta veinte kilómetros —le dijo—. Zeitzler ruega que vuelva a examinar esta situación. Voy a exponerle lo siguiente: al parecer, el enemigo lanza nuevas fuerzas contra Fangohr. La situación en el ala izquierda del Grupo de Ejércitos hace necesario debilitar a Fangohr. Las consecuencias de una posible cooperación con usted las sacará usted mismo. Le ruego me diga si existe la posibilidad de llevar a cabo la operación «Donnerschlag» siempre que le sea suministrado el combustible necesario dentro de los próximos días. Si no quiere responder ahora mismo, conectaremos nuevamente a las nueve. He de añadir que abastecer al Ejército, durante un largo plazo, con 550 toneladas al día, va a resultar muy difícil, sobre todo teniendo en cuenta el desarrollo de los acontecimientos en el ala izquierda del Grupo de Ejércitos.»

Von Paulus le contestó a Von Manstein de la siguiente forma:

«—La operación «Donnerschlag» se ha vuelto muy difícil. El ene-

migo se ha hecho fuerte en el frente del Sudoeste y en el Sur y, según observaciones, ha destinado seis brigadas acorazadas a estos dos sectores. Para llevar a cabo la operación «Donnerschlag» necesito cinco días de preparación y ser abastacido antes de combustible. No puedo decidir desde aquí si el Ejército podría romper el cerco en un plazo más o menos próximo. Siempre mejor ahora que demasiado tarde. De todas formas, también resultará muy difícil la operación «Donnerschlag» si Hoth no logra ligar fuerzas importantes en el exterior del cerco. ¿Debo considerar, no obstante, haber recibido órdenes para llevar a la práctica la operación «Donnerschlag»? Es preciso tener en cuenta que, una vez iniciada la operación, no será posible volver atrás.

—No puedo darle todavía plenos poderes —le contestó Von Manstein—; espero recibir la decisión durante todo el día de mañana. El punto esencial es saber si debe salir al encuentro de Hoth en caso de no ser posible abastecerle durante largo plazo.

—No quedaría otro remedio. ¿Repliega sus fuerzas Kirchner?

—Sí, hoy. ¿Cuánto combustible necesita usted para llevar a cabo la operación «Donnerschlag», siempre que durante la lucha pueda ser abastecido?

—Mil metros cúbicos de combustible y quinientas toneladas de víveres. En este caso podemos movilizar todas las fuerzas motorizadas. Esperamos ataques para mañana en los sectores Oeste y Sudoeste.

—No tengo más que añadir, Paulus.

—Yo tampoco.

—Cordiales saludos.

—A sus órdenes, mariscal.»

Todos estos informes oficiales —que proceden de la coleccción de documentos del doctor Hans Adolf Jacobsen, residente en Coblenza— ponen bien a las claras la desorientación que informaba la actuación tanto de Von Manstein como de Von Paulus, desorientación producida no tan sólo por la escasez de medios, sino también por no contar con las atribuciones necesarias para actuar de acuerdo con las circunstancias, ya que el Führer se reservaba para sí la facultad de decidir lo que era necesario hacer en cada caso. Esto daba por resultado que las decisiones cursadas por el Alto Mando llegaran frecuentemente cuando la situación que las había provocado era ya muy otra en el campo de batalla.

Entretanto en los «bunkers» nos preparábamos para celebrar las Navidades que estaban ya en puertas.

Aquella noche del 23 de diciembre de 1942, el teniente Sudermann nos había llamado a su «bunker» a los pocos oficiales y suboficiales supervivientes de nuestra diezmada compañía.

El teniente, que era un hombre joven y cordial, quería que los hombres bajo su mando celebrasen de algún modo las Navidades.

Descorchó una botella de coñac y nos invitó a beber.

—Por la botella es mejor—dijo sonriendo—. Así no se perderá ni una gota.

Todos bebimos ávidamente y nos sentimos reconfortados.

—Le he pedido al brigada Müller que hiciese un recuento de los víveres con que contamos. Tenemos salchichón y galletas para unos cinco días. Nos queda un poco de coñac y algún tabaco. Si hacemos un extraordinario para celebrar las Navidades, las provisiones tendrán que ser disminuidas en los días siguientes, si antes no recibimos suministro. ¿Qué deciden ustedes?

Todos optamos por celebrar de algún modo las Navidades. Sólo se opuso el brigada Müller.

—Yo creo que es una locura acortar la duración de los víveres tan sólo por cumplir con un mero formulismo —dijo despreciativamente.

—¿No es usted cristiano, Müller? —le preguntó el teniente.

—No, mi teniente.

—¿No cree usted en Dios, al menos?

—No.

—Entonces, ¿en qué cree usted, Müller?

—En el Führer.

El teniente Sudemann se sonrió irónicamente.

—Es usted un hombre feliz. Muller —le dijo socarronamente.

—¿Por qué?

—Por creer en el Führer.

—¿Usted no cree en él, mi teniente?

—Va siéndome cada día más difícil, Müller.

—Él nos sacará de este atolladero, mi teniente, no lo dude —dijo el brigada con tono enfático.

—¿Él? —intervine yo—. ¿Y cómo?

—Aplastando a esa caterva de comunistas que nos cercan. Los aplastará como a chinches.

—Sí, posiblemente, eso querría él. Pero, ¿cómo, mi brigada? —repuse.

El teniente Sudermann se echó a reír irónicamente.

—A puñetazos, Weest —dijo.

El brigada Müller torció el gesto.

—El derrotismo es peligroso en el frente, mi teniente.

Sundermann se puso serio.

—Tiene razón, Müller, tiene razón —le contestó—. Pero la verdad es que, metidos en este maldito cepo de la estepa, uno pierde a veces la fe en todo lo humano y se abraza cada día más desesperadamente a la idea de Dios. Pero, claro, usted, Müller, no cree en Dios. Lo siento, Müller, créame que lo siento por usted.

—Gracias, mi teniente, pero, a mí, Dios no me hace ninguna falta.

El teniente Sudermann lo miró con tristeza; pero no le contestó.

—Así, pues, quedamos en que celebraremos las Navidades, ¿no? —dijo dirigiéndose a nosotros.

—Sí —le contestamos todos.

Afuera, hacia las líneas rusas, comenzaron a rugir siniestramente los cañones.

XVI

Pero no pudimos celebrar las Navidades ni siquiera de la manera modestísima con que pensábamos hacerlo.

La misma víspera las tropas soviéticas arrollaron a los italianos y rompieron el frente en dirección nuestra.

La derrota de las tropas italianas tenía una gran importancia debido a que podía significar partir en dos el Grupo de Ejércitos A del Cáucaso.

Era preciso, pues, intentar cerrar la brecha y Von Manstein utilizó la 6.ª División acorazada —que pertenecía a las tropas que mandaba Hoth— para oponerse al avance soviético.

Por su parte, el VI Ejército se aprestó a resistir la nueva acometida rusa, cosa que llevó a cabo, pese las pésimas condiciones en que luchaba, con admirable tenacidad.

Tras una terrible preparación artillera que duró más de una hora y nos dejó como aturdidos, tuvimos que salir todos de los «bunkers» para hacer frente a la oleada de tropas rusas que se nos echaba encima.

Estábamos echados sobre la nieve, en hondos hoyos de medio metro de fondo, disparando constantemente, con las mandíbulas apretadas, llenos de rabia en el pecho y con la cabeza atolondrada.

A mi lado, a un metro y medio de distancia, estaba tendido, en otro hoyo similar al mío, Gerhard. El pobre, que a cada instante tenía necesidad de defecar, hacía las necesidades sobre sí mismo. El hedor llegaba repulsivamente a mis narices, pero no tenía tiempo de pensar en aquello. Había que disparar y disparar y seguir disparando.

Veíamos a los soldados rusos con sus largos blusones blancos, igual que sudarios, avanzar lenta, machaconamente, hacia nuestras líneas. Iban cayendo aquí y allá. Uno. Otro. Y otro. Y otro.

Pero era igual, seguían avanzando. Otros soldados sustituían a los que iban cayendo.

A nuestra derecha, el grupo mandado por el comandante Speidel había tenido ya que replegarse.

«También nosotros vamos a tener que hacerlo muy pronto», pensé al ver cómo abandonaban sus posiciones.

Sólo una escapatoria tenía el VI Ejército en aquella peligrosa coyuntura en que lo había colocado la rotura del frente defendido por las tropas italianas: forzar el cerco con sus propios medios para intentar salvar sus unidades. Pero aquello hubiera tenido que hacerlo Von Paulus al margen de toda otra consideración de índole general, es decir, pensando tan sólo en la supervivencia del VI Ejército. Aquello, naturalmente, iba en contra de lo ordenado por el Alto Mando. Y Von Paulus no se atrevió.

En el Alto Mando había hombres que consideraban aquélla la única decisión capaz de salvar al VI Ejército. Pero el Führer había ordenado que se defendiese el terreno palmo a palmo. Costase lo que costase, el VI Ejército había de permanecer resistiendo en Stalingrado.

El día de Nochebuena fue enviado a Stalingrado por vía aérea, naturalmente, el coronel Hans-Günther von Hooven, comandante del Regimiento de Transmisiones. Von Hoover llevaba la misión de hacerse cargo de todos los medios de transmisión con que contaba el VI Ejército, a fin de cooperar con Von Paulus en la misión de romper el cerco.

Von Hooven reveló posteriormente que el 24 de diciembre de 1942 el Alto Mando alemán todavía creía posible que las tropas de Hoth prosiguiesen su avance en dirección a Voroponovo, para establecer contacto con el VI Ejército por el sur del cerco.

Como se ve, el Alto Mando alemán seguía estableciendo planes al margen de la situación real, ya que el 24 de diciembre la 6.ª División acorazada ya no estaba a las órdenes de Hoth, pues había sido utilizada por Von Manstein para intentar taponar la rotura del frente en el sector defendido por las tropas italianas.

«Nos van a rodear», pensé al ver que los rusos, en vez de avanzar frontalmente hacia nosotros, lo hacían en abanico.

Pero seguí disparando.

«Tengo que seguir disparando», me dije apoyando convulsivamente la mejilla en la culata del fusil.

Me dolían los dedos de la mano con que disparaba y tenía casi insensibilizados las piernas y los pies.

«Me voy a quedar helado.»

De repente, por entre las líneas de soldados rusos apareció la mastodóntica silueta de un taque. Después otro tanque. Y después otro. Y otro. Y otro.

—¡Los tanques! ¡Los tanques! —gritó Gerhard a la vez que arrojaba el fusil lejos de sí y se incorporaba tratando de salir del hoyo.

En seguida vi cómo caía con la cabeza destrozada al borde del hoyo. Quedó allí tumbado como un guiñapo, con la cabeza casi partida en dos por la frente, los brazos abiertos en cruz y el roto uniforme lleno de sangre, de barro y de detritus humanos.

Los tanques avanzaban hacia nosotros.

Oía la voz del teniente Sudermann que gritaba:

—¡Retírese con sus hombres, Müller! ¡Retírese, Weest!

La desbandada de los soldados fue general. Fueron saliendo de los hoyos como ratas y corriendo encorvados, dando las espaldas a los tanques.

Muchos de aquellos soldados fueron abatidos en su huida, muertos de espaldas al enemigo.

¿Qué pensaría Hitler si viese morir a sus soldados dando las espaldas a los rusos?

A mí no me importaba aquello. A mí lo único que me importaba era huir, huir. No me importaba en absoluto morir dando las espaldas o el pecho a los rusos. Lo único que me importaba era no morir y por eso corría como un loco hacia la retaguardia.

El orgullo de pertenecer a una raza superior hacía ya algunos meses que lo había perdido.

Ahora sabía que el miedo iguala a los hombres y que aquello de la raza superior alemana no era más que un burdo mito, útil tan sólo para encandilar a papanatas o ensoberbecer a locos y vanidosos.

La verdad de la raza superior estaba allí: en aquella huida que nos igualaba a los soldados alemanes con todos los hombres vencidos que le han visto la lívida faz a la muerte.

Cuando, el 26 de diciembre, Von Hooven llegó a Novocherkask, el Cuartel General del Grupo de Ejércitos del Don estaba preparándose ya para trasladarse a Tagaurog. Al parecer, Hooven, al entrevistarse con el jefe del Estado Mayor del XVII Ejército, general Von Greiffenberg, le transmitió la orden que llevaba consistente en que era preciso ayudar al VI Ejército para que estableciese contacto con las tropas de Hoth.

Pero éste había perdido ya la iniciativa en el campo de batalla y tenía que batirse a la defensiva, pues lo atacaban con potentes fuerzas acorazadas.

Von Greiffenberg le manifestó a Hooven que no sólo no podían prestar ayuda al VI Ejército, sino que incluso se veían ellos ahora en peligro de ser aniquilados o cercados también.

Como no dejaba de ocurrir con frecuencia, el Alto Mando alemán había planeado algo prácticamente irrealizable.

El día 29 de diciembre, Von Hooven llegó al «bunker» en el que Von

Paulus tenía establecido su puesto de mando en la estación de Gumrak.

El VI Ejercito, visto que las tropas de Hoth habían perdido su poder combativo y se batían a la defensiva, sólo podían esperar la salvación de sí mismo, de sus propias fuerzas. Tal era la opinión que Von Hooven le expuso a Von Paulus.

Pero la rotura del cerco desde el interior del mismo por parte del VI Ejército significaba, no sólo imponer enormes sacrificios a los hombres que lo integraban, sino una preparación de varios días. Según el parecer de Von Paulus, la operación no era factible sino la apoyaban desde fuera del cerco.

Además, Von Paulus no podía adoptar medidas que no se ciñeran estrictamente a la ordenado por el Führer. Estaba atado, sin posibilidad de poder obrar de acuerdo con lo que las circunstancias exigían en cada momento.

El VI Ejército tenía que seguir resistiendo. Ésa era la orden tajante dada por Hitler, quien no se había parado a pensar si aquella resistencia era factible o no.

XVII

Aquellas no fueron, no, ni mucho menos unas Navidades bonitas para los hombres del VI Ejército, tal y como le decía Von Paulus a su esposa en una carta fechada el 25 de diciembre de 1942.

«No han sido unas bonitas Navidades. En estos tiempos es mejor no celebrar fiestas...»

No, tenía razón el comandante en jefe del VI Ejército, era mejor no celebrar fiestas ni siquiera pensar en ellas, ni en el tiempo en que había sido posible celebrarlas, ni tampoco en si podrían volver a ser celebradas algún día en el futuro.

Aquellos eran días de tragedia.

En nuestra retirada ante el empuje de los tanques rusos, vi escenas verdaderamente dantescas.

La estepa iba quedando cubierta, a nuestras espaldas, de cadáveres, de heridos graves, de armas, de sangre y de miseria, de miedo y de muerte.

Yo caminaba sosteniendo a duras penas al soldado Hans Hendel, que iba herido de metralla en el costado derecho. Andaba fatigosamente y tenía que detenerse de cuando en cuando.

Le había vendado torpemente la herida, pero era tan enormemente extensa, que le cubría toda la espalda, tiñéndosela de sangre, empapándole todo el uniforme.

—Cuando lleguemos a Gumrak, te curarán —le decía para animarle.

Pero Gumrak quedaba todavía demasiado lejos.

Había intentado que lo admitiesen en varios de los «jeeps» que, a veces, pasaban a nuestro lado. Pero era inútil. Todos iban llenos, abarrotados.

El teniente Sudermann, que también estaba herido en la cabeza, caminaba delante de mí con los hombros caídos.

Más adelante, Müller. También esta vez había salido bien librado el brigada. Caminaba erguido, con paso seguro.

«Claro, está mejor alimentado», pensé. Y este pensamiento me llenó de rabia. «¡Maldito cerdo!»

A los lados, por delante, por detrás, por todos lados, soldados alemanes hambrientos, extenuados, con moral de derrota, caminaban penosamente hacia Gumrak.

Años después de haber acaecido la catástrofe, el mariscal Von Paulus hizo publicar algunas consideraciones sobre lo que ocurrió en Stalingrado y cómo ocurrió.

«A fines de diciembre —dice el mariscal—, resultaba evidente que los esfuerzos para levantar el cerco habían fracasado. Sólo durante un plazo de tiempo muy limitado podría el VI Ejército sostenerse en el cerco. La causa la constituían las continuas pérdidas y el creciente agotamiento de la tropa, debido al más que insuficiente abastecimiento. Los heridos todavía podían ser evacuados por el aire. No existía ya capacidad operativa, debido a la falta de combustible. Por ambos motivos solicité expresamente del Grupo de Ejércitos y del Alto Mando del Ejército que intensificaran sin pérdida de tiempo el abastecimiento desde el aire, para hacer factible el rompimiento del cerco.

Al mismo tiempo fueron transmitidas a los Cuerpos nuevas órdenes para los preparativos del rompimiento dél frente. Habida cuenta del gran número de vehículos motorizados con que contábamos, podíamos movilizar todavía las divisiones de infantería y evacuar también a los heridos. Por aquellos días disponía el Ejército todavía de doscientos carros de combate, pero necesitábamos combustible para recorrer un trayecto de ochenta kilómetros.

La respuesta del Grupo de Ejércitos —mandado por Von Manstein— fue que el Ejército debía defender a toda costa el frente del Volga, puesto que en todos los frentes se habían iniciado ya los preparativos para acudir a nuestra ayuda. También aseguraban haber tomado las medidas necesarias para abastecernos intensamente desde el aire.

El 1.º de enero de 1943 recibimos un telegrama de Hitler que decía: «Todos los miembros del VI Ejército deben saludar el nuevo año con el firme convencimiento de que el Führer no se olvidará de los heroicos combatientes junto al Volga y de que Alemania dispondrá los medios para liberar al VI Ejército.»

¡Retóricas y más retóricas! Era lo de siempre. Se nos pedía que tuviéramos fe en Hitler, y, entretanto, nosotros padecíamos hambre y frío, nos escaseaban alarmantemente las municiones, y sufríamos derrota tras derrota.

Cuando llegamos a Gumrak, que el Alto Mando del VI Ejército acababa de evacuar, dejamos detrás de nosotros la estepa cubierta de cadáveres alemanes muertos a tiros o sencillamente de hambre y frío.

Sin embargo, el Führer nos pedía aún que tuviésemos fe en él.

Pero ¿puede un hombre conservar alguna fe en lo humano cuando no come, ni duerme y es acosado día y noche como una alimaña peligrosa?

No, los hombres que, destrozados física y moralmente, llegamos a Gumrak ya no teníamos fe en Hitler. En realidad, muchos habían perdido la fe en todo lo humano y lo divino y su existencia bordeaba la desesperación. Otros éramos más afortunados: conservábamos la fe en Dios, única fe posible en aquel ambiente alucinante de derrota y de miseria.

XVIII

Según el propio Von Paulus, el desarrollo de la larga batalla de Stalingrado puede dividirse en tres fases culminantes, que el mariscal analizó y enjuició posteriormente del siguiente modo:

«1. El avance hacia el Volga.

En el marco conjunto de la guerra, la ofensiva de verano de 1942 representaba el intento para terminar victoriosamente (en un renovado ataque allí donde se había fracasado a fines de otoño de 1941) la campaña en el Este, con la esperanza de poner así fin a la guerra.

En la conciencia de los mandos militares sólo existía la misión puramente bélica. Esta actitud frente a la última oportunidad para Alemania de ganar la guerra dominaba también por completo el modo de pensar durante las dos fases siguientes.

2. Con el comienzo de la ofensiva rusa en noviembre y el cerco del VI Ejército, junto con parte del IV acorazado, en total 200.000 hombres, comenzó a prevalecer —en contra de las falsas promesas e ilusiones del Alto Mando de la Wehrmacht— el convencimiento de que, descartada la posibilidad de terminar victoriosamente la campaña contra Rusia, otras cuestiones pasaban a ser primordiales:

¿Cómo evitar en el Este una derrota total y con ésta la pérdida de la guerra?

Esta idea dominaba al mando y a la tropa del VI Ejército, en tanto que el Alto Mando (Grupo de Ejércitos, jefe del Estado Mayor del Ejército y Alto Mando de la Wehrmacht) creía que existían todavía posibilidades de victoria o por lo menos aparentaba creerlo.

Por este motivo divergían las opiniones sobre los medios que debían emplearse. Puesto que el Alto Mando, partiendo de los supuestos enunciados y con la promesa de una pronta ayuda, rechazó la rotura del cerco —factible durante su primera fase—, sólo quedaba hacerse fuerte en él para evitar una desorganización que podía provocar la desintegración de todo el sector sur del frente del Este en el caso de que alguien pretendiera actuar de modo independiente y aislado

3. Durante la tercera fase —después de los fallidos intentos de levantamiento del cerco, al no llegar la ayuda prometida— se trataba ya única y exclusivamente de ganar tiempo para permitir la reorganización del sector sur del frente del Este y la salvación de las potentes fuerzas alemanas en el Cáucaso.

De no conseguir esto, la guerra podía considerarse perdida.

El argumento que esgrimía el Alto Mando era la necesidad de resistir hasta el final para evitar el hundimiento del frente del Este. Tal como veía yo la situación, mejor dicho, tal como me era expuesta, sólo resistiendo hasta el final el VI Ejército en Stalingrado podría evitarse el derrumbamiento total. En este sentido se expresaban los radiotelegramas que recibimos durante los últimos días: «Cada hora es importante.» Las fuerzas propias a nuestra derecha nos preguntaron repetidamente: «¿Hasta cuándo resistirá el VI Ejército?»

Por consiguiente, a partir de la formación del cerco, y sobre todo cuando fracasaron los intentos de socorro por parte del IV Ejército acorazado (a fines de diciembre), los oficiales bajo mi mando se enfrentaron con una situación muy difícil.

Por un lado, la orden de resistir, las repetidas promesas de ayuda y la exposición de la situación de conjunto. Por otro, las consideraciones humanas que inspiraba la catastrófica situación en que se encontraban los soldados. A pesar de estas consideraciones de índole humana, juzgué mi deber atenerme por completo a los puntos de vista expuestos por el Alto Mando: el VI Ejército tenía que sacrificarse para ayudar a nuestras unidades vecinas.

Tal como se presentaba la situación a fines de 1942, creí actuar en interés del pueblo alemán resistiendo todo el tiempo posible en Stalingrado.

Proceder contra las órdenes recibidas representaba asumir la responsabilidad de una operación en que ponía en juego el destino de las fuerzas vecinas a nuestro Ejército, la suerte del sector sur del frente del Este y, con éste la de toda la guerra. Y no hubiese dudado en llamarme para rendir cuentas.»

¿Y las llamadas que le hacían a Von Paulus aquellos miles y miles de hombres que eran inmolados inútilmente? ¿Que proceder contra las órdenes recibidas significaba adelantar el final de la guerra? Mejor que mejor, puesto que de este modo se hubiese ahorrado mucha sangre alemana y se hubiese evitado en parte la destrucción posterior de Alemania. Porque la guerra, a aquellas alturas, estaba ya irremisiblemente perdida y Von Paulus no debía ignorar esta triste pero insosloyable verdad. Resistir en Stalingrado, a mí, y a la inmesa mayoría de los que conmigo sufrieron las consecuencias en su propia carne y en su propio espíritu no nos puede parecer otra cosa que hacerle el juego a aquel inhumano retórico y megalómano que era Hitler.

No. Decididamente, el interés del pueblo alemán hubiera estado mejor servido si el VI Ejército se hubiese rendido mucho antes de lo que lo hizo posiblemente rindiéndose en noviembre, tras la rotura del frente alemán en el Don, desoyendo las insensatas órdenes del Führer.

«¿Qué argumentos —se pregunta Von Paulus— hubiese podido esgrimir el comandante en jefe del VI Ejército para justificar la infracción de las órdenes de la superioridad?...»

Sencillamente éste: el ahorro de miles y miles de vidas humanas sacrificadas estérilmente desde noviembre de 1942 a febrero de 1943.

«¿Acaso —vuelve a preguntarse el mariscal de Stalingrado— el hecho de enfrentarse con una situación sin aparente salida es motivo suficiente para cometer un acto de desobediencia? En el caso de Stalingrado existían, además posibles salidas, prescindiendo claro está, de la fase final...»

Sí, posibles salidas. Pero sólo una real: el matadero, tras la inhumana y larga agonía a que fuimos sometidos los hombres del VI Ejército.

«¿Acaso —continúa con su tono hamletiano Von Paulus— la perspectiva de morir o de caer prisionero nos libera de obedecer las órdenes recibidas?»...

La verdad es que Von Paulus parece pensar sólo en sí mismo al decir esto. No, la perspectiva de morir o de caer prisionero no libera a un militar profesional de obedecer las órdenes recibidas. Pero, en cambio, sí podía liberarlo el pensamiento de que miles y miles de vidas inocentes iban a ser sacrificadas por satisfacer el absurdo deseo de gloria de Hitler.

Von Paulus dice: «Que cada cual en su corazón responda a estas preguntas.

Por aquel entonces ni la Wehrmacht ni el pueblo alemán habrían aprovechado mi comportamiento. Lo hubieran considerado un acto revolucionario y político frente a Hitler. Y cabe preguntarse también si al actuar yo contra las órdenes recibidas no hubiese proporcionado a Hitler nuevos argumentos para proceder contra los generales, cargando a éstos toda la responsabilidad de los fracasos.

Hubiese preparado el terreno para una nueva leyenda: el apuñalamiento por la espalda de Stalingrado.

La idea revolucionaria de provocar un descalabro para obligar a Hitler y al régimen nacionalsocialista a poner fin a la guerra jamás la tomamos en consideración, ni yo personalmente, ni ninguno de los oficiales bajo mi mando»...

Sin embargo, de haberlo hecho, no cabe duda que otro sería el prestigio histórico que rodearía ahora el nombre de Von Paulus, a quien lo menos de que puede acusársele es de pusilaminidad, indecisión y espíritu clasista.

No obstante, hay que reconocer que el mariscal es sincero cuando dice que: «Esta forma de pensar no correspondía en modo alguno a mi idiosincrasia. Yo era soldado y creía servir a mi pueblo cumpliendo las órdenes que recibía de la superioridad.

Respecto a la responsabilidad de los oficiales bajo mi mando, desde el punto de vista táctico, se encontraban, al ejecutar mis órdenes, en igual forzada situación que yo mismo en el marco de la situación general, al acatar las órdenes que se me trasmitían.

Ante la tropa y los mandos del VI Ejército, así como ante el pueblo alemán, cargo con la responsabilidad de haber cumplido con mi deber al resistir hasta el final, tal como se me había ordenado.»

He creído que resultaría interesante para el lector conocer la opinión de Von Paulus por lo que respecta a las causas que determinaron aquella disparatada resistencia mantenida en Stalingrado por los hombres del VI Ejército y parte del IV Ejército acorazado hasta límites difícilmente superables en circunstancias similares. Aquellos hombres, entre los que yo me encontraba, fueron empujados a resistir por orden irrevocable del Führer cumplida a rejatabla por Von Paulus hasta el último momento.

Ahora, sigo adelante en mi relato, un relato que llega ya al punto culminante de la tragedia de Stalingrado. A partir de ahora, mi relato no es más que una sucesión de desgracias y horrores, sufrimientos y vejaciones, sangre y muerte... Es, en suma, el marco alucinante de los tristísimos acontecimientos que jalonan como una pesadilla la última fase de la batalla de Stalingrado.

XIX

Cuando entramos en Gumrak, la ciudad era presa de una febril excitación.

Hasta hacía poco, en los sótanos de un edificio de la estación tenía establecido Von Paulus su Cuartel General. Pero, con la proximidad de las confusas líneas del frente, había sido trasladado más hacia el centro de la bolsa de Stalingrado.

Gumrak estaba llena de vehículos de todas clases dispuestos a salir de la ciudad.

Llevamos los heridos al improvisado hospital establecido en unos sótanos. Dos médicos asistían sin cesar a los heridos más graves. Los sótanos estaban abarrotados de soldados heridos. Los heridos no graves no podían ser atendidos hasta pasadas varias horas, debido a la gran cantidad de hombres allí acumulados en espera de ser curados. Los heridos que todavía podían valerse por sí mismo terminaban por cansarse de la espera y abandonaban el hospital con la esperanza de ser evacuados a Stalingrado en algún camión.

Los dos médicos y el escaso personal sanitario que los ayudaba llevaban trabajando dos noches y dos días enteros sin descansar. Estaban agotados. Pero a cada momento llegaban nuevos heridos.

—Lo siento, teniente —le dijo uno de los médicos a Sudermann al verle la herida de la cabeza—. Busque un soldado que le vende la herida. Lo suyo no es de importancia. No puedo pararme con usted.

Yo mismo vendé la cabeza del teniente después de haberle desinfectado la herida.

—Gracias, Weest. ¿Qué ha sido del soldado Hendel?

—Allí lo están curando, mi teniente.

Operaban a los heridos tendidos sobre el suelo. No había camas más que para una cuarta parte de los heridos. El resto descansaban directamente sobre el suelo con sus cuerpos desgarrados por la metralla o inutilizados por el frío y el hambre.

Salí del hospital con el alma encogida. ¿Cuándo terminaría aquella sangría?

Los restos de mi compañía y los del batallón del comandante Speidel formamos un reducido grupo. Nos facilitaron algunas municiones y pudimos reparar nuestras fuerzas recogiendo víveres abandonados aquí y allá.

El aspecto de Gumrak era desolador. Camiones, «jeeps» e incluso tanques salían constantemente hacia Stalingrado.

Habían llegado noticias confusas de que los tanques rusos habían rebasado la línea del frente al sur de Gumrak. Si esto era cierto, Gumrak corría peligro de ser cogido entre dos fuegos.

La aviación rusa machacaba implacablemente las ruinas de la ciudad sobrevolándola varias veces al día.

El desbarajuste fue enorme cuando llegó la orden de que debían de ser evacuados los heridos. Todos querían ser los primeros. Los propios heridos se empujaban unos a otros cruelmente. Naturalmente, los primeros, los que lograban subir antes a los vehículos eran precisamente los menos graves, los que todavía tenían fuerzas para valerse por sí mismos.

En el momento en que el teniente Sudermann y yo intentábamos establecer un poco de orden entre los angustiados heridos que querían ser evacuados cuanto antes, llegó la aviación rusa y soltó su mortífera carga sobre Gumrak.

Corrimos todos a refugiarnos en los sótanos del hospital.

Fue aquel un espeluznante espectáculo imposible de olvidar y también de describir con fidelidad.

Nos empujábamos unos a otros por las escaleras que conducían a los sótanos. Varios heridos graves cayeron por los peldaños y fueron pisoteados sin consideración alguna.

Varios murieron allí mismo.

Se oían gritos de terror mezclados con blasfemias.

Y entretanto, allá arriba, los bombarderos rusos ensordecían el espacio.

Cuando cesó el bombardeo, tras cerca de cuarenta minutos de incesante ametrallamiento de Gumrak desde el aire, pude darme cuenta de la magnitud de aquella horrorosa carnicería.

Siete heridos habían muerto pisoteados en los sótanos.

Afuera, veintitantas camillas habían sido volcadas en plena calle. Trece heridos gemían tendidos en el suelo en las posturas más inverosímiles, de las que ellos mismos eran incapaces de librarse. Unos encima de otros. Aquél enseñando patéticamente el boquete sanguinolento de su muslo sin pierna. El otro con las manos cortadas, desangrándose. El de más allá con las tripas al aire...

Aquí los restos de una masa encefálica. Allí una pantorrilla desgarrada.

Por todos lados, sangre y cascotes de metralla. Coches volcados. Ruinas, ruinas y más ruinas.

Y, por si esto fuera poco, el enemigo avanzando implacablemente y empujando hacia el centro del cerco oleadas de soldados vencidos, sombras de hombre, con rostros ensombrecidos de miedo y sufrimiento, de tristeza idiotizada.

¿No era todavía hora de detener aquella riada de humanidad extenuada y doliente?

¡No, no lo era!

Había que resistir hasta el último hombre. El Führer lo exigía.

¿Hasta el último hombre? Pero, ¿eran, en realidad, hombres, en la plenitud de lo que la palabra hombre significa, aquellos pobres soldados hambrientos, entumecidos por el frío, que se iban retirando hacia Stalingrado?

Aquellos tristes y enflaquecidos soldados alemanes no éramos más que unos trágicos muñecos de guiñol dirigidos a su antojo, inhumanamente, por los responsables de aquella tragedia.

De aquellos hombres había desaparecido ya todo atisbo de lucidez consciente. No eran hombres, sino autómatas.

A aquellos hombres no se les podía exigir ya más de lo que se les había exigido. Lo habían dado todo: su lucidez, su salud, su esperanza. A aquellos hombres ya todo les era igual. Ya ni siquiera estaban desesperados. Estaban entontecidos por el agobio físico y moral.

Pues bien: aquellos hombres todavía habrían de sacar fuerzas de la flaqueza y resistir un mes más las acometidas del potente Ejército ruso.

¡Ah, si los responsables de la tragedia se hubiesen parecido en lo moral a los sufridos soldados que soportaron heroicamente las inhumanas consecuencias de la resistencia ordenada en el cerco de Stalingrado!

Allí, en el cerco de Stalingrado, hubiera querido ver yo al teatral Adolfo Hitler, al charlatán e incansable embaucador Goebbels, al barrigudo y vanidoso Goering, al sádico Himmler... A Keitel, a Jodl, a Streicher, a Rosemberg, a Bormann...

Pero no: Stalingrado no era un lugar adecuado para aquellos hombres. Allí, en Stalingrado, no había lugar ni tiempo para escenificar un tinglado de retóricas y representar un papel teatral.

En Stalingrado, los hombres morían de cara a la monstruosa verdad que ya había empezado a desvelarse: Alemania había sido estafada por Hitler y los que le habían ayudado a encadenar al pueblo alemán a su monstruosa concepción de la política y de la vida.

Era la gran verdad que nosotros, los hombres del VI Ejército, estábamos descubriendo a costa de nuestro propio sacrificio, desgraciadamente cuando ya era tarde para pensar en otra cosa que no fuese la muerte.

XX

—¡El general se ha pegado un tiro! —gritó el comandante Speidel, saliendo del «bunker» donde estaba instalado el puesto de mando de la División a que habíamos sido agregados los del Grupo Speidel.

El comandante estaba pálido como un muerto.

El teniente Sudermann se le acercó.

—¡Es para volverse loco, teniente! —exclamó el comandante Speidel con voz ronca, mesándose desesperadamente los cabellos con ambas manos.

Sí, verdaderamente era muy posible que todos nos volviésemos locos. Cada día intentábamos reorganizarnos y establecer una nueva línea de defensa, y cada día éramos rechazados por los rusos. Cuando lográbamos resistir a los rusos que nos atacaban de frente, recibíamos órdenes de abandonar las posiciones, porque el enemigo se había infiltrado a nuestras espaldas y corríamos el peligro de ser copados.

El frente no existía en realidad. Lo que hoy estaba a cincuenta kilómetros de la considerada en teoría como línea del frente, al día siguiente, al cabo de pocas horas, era amenazado por los tanques soviéticos.

Nuestros tanques ya no hacían acto de presencia en los puestos de combate. Los que no habían sido destrozados por el enemigo habían tenido que ser abandonados por carecer de combustible con que abastecerlos. Sólo algunos merodeaban por el frente, pero desaparecían en seguida o eran inutilizados por la artillería rusa. Aquellos tanques nos daban la impresión de ser unos monstruos antediluvianos desorientados. Sus ocupantes no debían de tener, en la mayoría de los casos, ni la menor idea del lugar exacto en que se encontraban.

Los heridos ya no eran curados más que un porcentaje mínimo. Escaseaban los médicos para curar a tanto herido. Y, lo que todavía era peor, no había medicinas, ni vendas, ni algodón.

El suministro de víveres había desaparecido por completo como cosa organizada. Cada uno se las arreglaba como podía, cogiendo

aquí y allá lo que buenamente encontraban en este «bunker» abandonado, en aquel tanque paralizado, en los pueblos que dejábamos atrás de nuestra retirada.

Sí, verdaderamente era como para volverse loco y nada tenía de extraño que el general se hubiese pegado un tiro, al verse impotente para poner algo de orden en aquel caos que reinaba en su sector. Un caos que se extendía ya a todos los sectores ocupados todavía por el VI Ejército.

El teniente Sudermann, mal curado de su herida en la cabeza, sucio y enflaquecido, parecía una sombra de sí mismo. Sólo sus ojos seguían brillándole con vida en el rostro macilento, sucio de barba y de fiebre.

Tampoco el comandante Speidel tenía mejor aspecto. Llevaba el uniforme desgarrado y su noble cabeza entrecana estaba dominada por el abatimiento. No había sido herido todavía en el cuerpo, pero tenía el espíritu lleno de confusión.

—¡Terminaremos por suicidarnos todos! —dijo.

El brigada Müller hacía dos días que había desaparecido. Había ido a ver si lograba algún suministro acompañado de cuatro soldados, pero no había regresado.

—Lo habrán matado —comentó sombríamente Sudermann—. Nos matarán a todos.

—Tal vez eso sea mejor para todos, mi teniente —añadí.

El teniente me puso una mano sobre el hombro, con su gesto amistoso de siempre.

—Pero tenemos que resistir, Weest.

Resistir y resistir y resistir. Resistir siempre. Aunque uno no pudiera ya con su alma.

El comandante Speidel volvió a entrar en el «bunker» donde estaba el puesto de mando.

—Vengan —nos dijo.

Lo seguimos hasta el interior del «bunker». Un oficial, un capitán creo que era, yacía en una esquina, tumbado en un camastro con una botella de coñac vacía entre las manos. Al principio creí que estaba muerto. Pero sólo estaba borracho como una cuba.

En el suelo, con los brazos en cruz, panza arriba, estaba el cuerpo inanimado del general. Un poco alejada de su mano derecha, había una pistola.

El comandante se agachó y la cogió.

El general se había suicidado pegándose un tiro en la boca. La bala le había volado los sesos.

—Cojamos todo lo que nos pueda ser útil —nos ordenó el comandante.

Cogimos tabaco, salchichón, galletas, unas cuantas latas en conserva. Coñac no había ya ni una botella llena.

—El capitán se nos ha adelantado —comentó sonriendo tristemente Sudermann.

El comandante miró al capitán borracho.

—Cuando despierte, es posible que también se pegue un tiro.

Salimos del «bunker» con nuestra preciosa carga de víveres. Los repartiríamos entre los soldados que se mantenían en los «bunkers» que hacían las veces de primera línea. Hacía un día entero que no habían probado bocado.

XXI

El espacio ocupado por el VI Ejército antes de la ofensiva rusa estaba comprendido entre el río Don, al oeste; el río Volga, al este; el Karpowka, río paralelo al Don, al sur, con la altura de Karpowka que se extendía en declive hacia el río Rossoschaka; algo más al sur, una pequeña colina; paralelas al río Karpowka y bordeando el Volga, extendíanse por el este otras colinas. En el centro de este terreno extendíase la helada estepa.

Cuando el cerco se cerró por Kalastch, pequeña ciudad enclavada a orillas del río Don, el VI Ejército fue perdiendo terreno constantemente, comprimiéndose como un enorme acordeón humano a lo largo de la estepa, hacia el oeste.

Las tropas alemanas se hallaban situadas dentro del cerco con sus extremos apoyados sobre el Volga, y en el centro la ciudad de Stalingrado, formando como una especia de gran herradura.

Cuando los rusos cortaron las comunicaciones por carretera y por vía férrea, empezó la lenta agonía del VI Ejército.

A raíz de la rotura del frente alemán, el 22 de noviembre de 1942, el VI Ejército recibió la orden del Führer de formar la «posición erizo», algo monstruosamente absurdo en idioma estratégico: un ejército de trescientos mil hombres, absolutamente cercado, iba a representar un gran erizo a lo largo del cerco y resistir tenazmente «hasta el último cartucho» las acometidas rusas, siendo tan sólo abastecido insuficientemente desde el aire. Algo, en fin, que sólo hubiera podido ocurrírsele al «genio militar» de Hitler.

Ni Von Manstein, ni Von Paulus, ni siquiera el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Zeitzler consideraban posible que un ejército de veintidós divisiones pudiese ser abastecido desde el aire. Había que contar que con un solo aeródromo en buenas condiciones dentro del terreno ocupado por el VI Ejército —el de Pitomnik— y las desfavorables condiciones atmosféricas, aparte de la debilitación experimentada ya por la Luftwaffe.

No obstante, el Führer había dicho que era preciso resistir y se resistiría.

El mariscal Goering le había prometido al Führer, con su proverbial jactancia, que él respondía del aprovisionamiento del VI Ejército.

«Es necesario que combatáis hasta el último cartucho», le habíamos oído decir a Hitler por radio en una de sus arengas después de haber sido roto el frente alemán. Habíamos obedecido, a pesar de no tener víveres, de padecer frío, de escasearnos las municiones, de ser hostigados constantemente por fuerzas más numerosas y mucho mejor armadas.

El Führer nos había prometido que: «¡Yo haré cuanto esté en mi poder por liberaros!» ¿Cómo pensaba liberarnos? ¿Con palabras? Empezábamos a pensar que Hitler pensaba liberarnos de todas aquellas penalidades enviándonos a la muerte a todos y convirtiéndonos en estériles héroes póstumos.

La situación había llegado a ser francamente improrrogable cuando, el 8 de enero de 1943, los rusos conminaron a la capitulación a todos los componentes del VI Ejército por medio de octavillas.

El general Von Paulus recibió el siguiente documento el mismo día:

«Al jefe supremo del VI Ejército alemán, coronel general Von Paulus, o a su sustituto y a todos los oficiales y soldados de las tropas alemanas sitiadas en Stalingrado.

»El VI Ejército alemán y las formaciones del IV Ejército de «panzers» están totalmente rodeados desde el 23 de noviembre de 1942.

»Las tropas del ejército rojo han encerrado a este grupo del ejército alemán en un sólido cerco. Toda esperanza de liberación de estas tropas por una ofensiva del ejército alemán desde el sur y el suroeste, no se ha realizado; las tropas destinadas a tal empresa han sido derrotadas por el ejército rojo, y los restos de dichas fuerzas se retiran hacia Kostov.

»La aviación alemana, que les aprovisionaba ya con grandes dificultades de escasos víveres, municiones y carburante, se ha visto obligada, ante el rápido avance del ejército rojo a cambiar de lugar los aeródromos repetidamente, viéndose forzada a despegar de distancias cada vez mayores. Además, la aviación de transporte ha sufrido enormes pérdidas en aviones y tripulantes, ocasionadas por la aviación rusa. Su capacidad de ayuda a las tropas es irrisoria.

»La situación de las tropas es grave: sufren hambre, enfermedades y frío. El crudo invierno ruso apenas ha empezado. Se aproximan fuertes heladas, vientos fríos y temporales de nieve. Los soldados no disponen de suficiente ropa de invierno y se encuentran en gran penuria de medicamentos y en condiciones sanitarias pésimas.

»Usted, como jefe, y todos los oficiales de las tropas cercadas, saben perfectamente que no tienen a su mano posibilidades reales de romper el cerco que los aprisiona. Su situación es desesperada y toda

resistencia, insensata. En vista de las circunstancias, acepten las siguientes condiciones de capitulación:

»1.ª Todas las tropas alemanas sitiadas con sus oficiales y estados mayores deben cesar con toda resistencia.

»2.º Deben entregarse incondicionalmente todos los soldados, con sus armas, equipos militares completos y todas las propiedades militares intactas.

»Garantizamos a todos los oficiales y soldados que cesen la resistencia, la vida y seguridad, y, una vez terminada la guerra, el retorno a Alemania o a cualquier país al que deseen trasladarse los prisioneros de guerra.

»A todos los jefes militares que se rindan, se les respetará el uniforme militar, distintivos y condecoraciones, propiedades personales y valores; a los oficiales, los sables.

»A todos los jefes, y oficiales y soldados, se les asegura su inmediato abastecimiento normal de víveres.

»A todos los heridos, enfermos y congelados se les facilitará ayuda médica.

»Se espera que su contestación será entregada por escrito el 9 de enero de 1943, a las diez horas, hora de Moscú, por un representante nombrado por usted, el cual debe presentarse en un coche enarbolando bandera blanca, por la carretera, exactamente en el lugar de Konny, estación Kotlubany. Su representante será recibido por comandantes rusos autorizados, en la zona B, a 5 kilómetros sureste del punto 564, el 9 de enero de 1943, a las diez horas cero minutos.

»Si rechazan nuestra propuesta de rendición, les advertimos que las tropas del ejército rojo y de la aviación roja se verán obligadas a aniquilar a las tropas alemanas sitiadas. Usted mismo será el responsable.

»El representante del Cuartel General del ejército rojo, coronel general de Artillería, WORONOV.

»El jefe supremo de las tropas del frente del Don, teniente general, ROKOSSOWSKI.»

Todo lo que se decía en el documento ruso era rigurosamente exacto, por desgracia.

Sin embargo, la propuesta de rendición fue rechazada por Von Paulus y todas las unidades del VI Ejército recibieron la orden tajante de seguir resistiendo.

Ahora iba a dar comienzo la última y más trágica fase de la inhumana batalla por Stalingrado.

Al parecer, todavía no habíamos sufrido lo suficiente.

Hitler, el insaciable Moloch alemán, todavía exigía más víctimas.

Nadie se opuso a su deseo.

XXII

El día 9 de enero lo pasamos anhelantes en los «bunkers». Todavía teníamos esperanzas de que Von Paulus autorizase la rendición, en vista de que ya era prácticamente imposible la lucha.

Estábamos en el «bunker» del comandante Speidel. Era media tarde.

Afuera, un viento helado asolaba la estepa. En los «bunkers», los soldados, que ya conocían la conminación para que se rindiese el VI Ejército enviada por Rokossowski a Von Paulus, esperaban expectantes y, casi con esperanza, la decisión del comandante en jefe.

—Mi comandante —me atreví a preguntarle a Speidel—, si fuese usted Von Paulus, ¿aceptaría las condiciones de capitulación ofrecidas por los rusos?

El comandante Speidel me miró fijamente. Luego su mirada se perdió, abstraída, en una esquina del «bunker». Estábamos casi a oscuras. Speidel, sentado sobre un cajón. Sudermann, en otro. Yo permanecía apoyado a la puerta del «bunker».

—No lo sé, Weest —me contestó el comandante después de unos instantes—. No sé lo que haría en el lugar de Von Paulus, porque ignoro cuáles son las ordenes que le ha dado el Alto Mando. Yo creo que, si pudiese obrar libremente, hubiese ordenado ya la capitulación...

—Pero, ¿cree usted, mi comandante, que es lícito que se nos ordene proseguir la lucha en las condiciones por que atravesamos? —preguntó a su vez el teniente Sudermann.

—Somos militares, Sudermann... No podemos olvidar que somos militares.

—Pero, antes que militares, somos hombres. Proseguir la lucha en estas condiciones es, por lo menos, absurdo. No tenemos víveres, no tenemos ropa con que abrigarnos. Las municiones escasean. No tenemos esperanza alguna de que se nos envíe auxilio desde el exterior. Proseguir la resistencia es condenar a una muerte segura a miles y miles de hombres inocentes...

—No se exalte, teniente. Sé todo eso. Pero ignoro cuáles son los planes del Alto Mando en el marco general de la guerra...

—¡La guerra está perdida, mi comandante! —exclamé impulsivamente.

El comandante Speidel me miró por unos momentos fríamente. Pero en seguida se le humanizó la mirada.

—Perdóneme, mi comandante —dije mientras la cabeza se me caía desmayadamente sobre el pecho.

—Comprendo que los sufrimientos —la voz del comandante Speidel tenía un tono amical, humanizado— que hemos soportado todos hayan minado nuestra moral. Pero es preciso que no pensemos sólo en nosotros. En otros frentes de batalla, nuestros compatriotas se están batiendo también, sufriendo, muriendo.

El teniente Sudermann se levantó y se paseó nervioso por el reducido espacio del «bunker». De pronto, se detuvo de nuevo ante el comandante.

—Perdone, mi comandante, ¿cree usted que esta guerra era necesaria? —le preguntó.

El comandante le miró sonriendo tristemente.

—No entiendo de política, teniente —le contestó con voz apagada—. ¿A usted qué le parece?

—Creo que ésta es una guerra innecesaria, mi comandante. Es una guerra a la que nos han empujado contra nuestra voluntad. Ésta no es una guerra por Alemania.

—¿No?

—No, es la guerra de un partido.

—¡Teniente!

—Sí, mi comandante, es preciso, que no nos engañemos. Esta guerra es la guerra de Hitler. Una guerra suya, personalmente suya.

El comandante se puso en pie.

—¡Teniente, le prohíbo que siga! Hitler es nuestro Führer y por consiguiente le debemos obediencia.

En aquel momento entró en el «bunker» un radiotelegrafista. Su rostro era sombrío.

—Traigo un mensaje del Cuartel General del VI Ejército —dijo.

Todos lo rodeamos expectantes.

—¿Cuál es el mensaje?

—¡Resistir! ¡Prohibido capitular!

El comandante Speidel se volvió de espaldas y caminó hasta el fondo del «bunker».

Nosotros miramos en silencio al radiotelegrafista.

El comandante se volvió. Tenía la cabeza erguida, las mandíbulas contraídas y los ojos entornados.

—¿Nada más? —le preguntó al radiotelegrafista.

—Nada más, mi comandante.

—Entonces, ya lo saben —dijo el comandante Speidel dirigiéndose a nosotros—, la orden es: resistir.

—¡Resistir! —exclamó el teniente Sudermann entre dientes.

«¡Resistir!», pensé yo desalentado.

En una agenda que Von Paulus llevaba consigo cuando fue hecho prisionero por los rusos, y que hoy posee su familia, estaban escritos los siguientes versos, copiados a mano por el mariscal:

Aunque te parezca que algo aparece claro
reflexiona sobre ello sin desmayo.
Recapacita sobre todo lo que parece hermoso y verdadero.
Pregúntate siempre: «¿Para qué?»
No creas que una cosa es sólo buena;
lo recto no es siempre recto, ni lo curvado, curvado.
Si alguien afirma que un valor es absoluto,
pregúntale discretamente: «¿Por qué?»
Lo que es hoy verdad puede no serlo mañana.
Sigue el río desde su nacimiento.
No te conformes con aspectos aislados.
Pregúntate siempre: «¿Desde cuándo?»
Busca las causas y analízalas,
descubriendo el significado de cada palabra.
Si alguien dice: «Esto es bueno (o malo)»,
pregúntale en voz baja: «¿Para quién?»

Este sencillo poema nos da con toda seguridad la clave del estado de ánimo de Von Paulus después de haber tenido, finalmente, que poner fin a la resistencia suicida del VI Ejército encerrado en las ruinas de Stalingrado. A buen seguro que Von Paulus, hombre honesto y sincero, sin ninguna duda, tuvo tiempo durante el cautiverio de reflexionar sobre su actuación al frente de las tropas alemanas sitiadas en Stalingrado. No resulta aventurado afirmar —el poema antes transcrito copiado por el propio Von Paulus a mano en su agenda de prisionero es todo un símbolo revelador a este respecto— que el mariscal no debió de sentirse, como hombre, demasiado satisfecho de las órdenes dadas por él al VI Ejército de resistir hasta el último cartucho.

Él no dudó en acatar las inhumanas órdenes dadas por el Führer, órdenes que condenaban a muerte a miles y miles de soldados alemanes en Stalingrado. En el cautiverio es posible que Von Paulus pensase más de una vez que la resistencia de Stalingrado —al menos en su última fase, es decir, a partir del 8 de enero de 1943— no estuvo justificada en manera alguna a la luz de los hechos posteriores y que,

por consiguiente, hubiese sido mejor haber escuchado la voz del corazón que clamaba por detener los sufrimientos y la mortandad que se cernían sobre el VI Ejército.

¿Qué se logró prolongando la resistencia, aparte de dar satisfacción al Führer por unos días más? Nada, prácticamente nada positivo, ni para la marcha general de la guerra —una guerra que ya estaba irremisiblemente perdida para Alemania— ni siquiera para que Hitler pensase mejor de Von Paulus. Lo único que se sacó en limpio de aquella disparatada y alucinante resistencia fueron los miles y miles de muertos alemanes que todavía costó la aventura de Stalingrado. Unos muertos que ciertamente Von Paulus pudo y debió haber evitado.

La radio alemana lanzaba proclama tras proclama cantando la gesta de Stalingrado.

¿Gesta?

¿Puede ser llamada gesta una acción tan descabellada como aquella de la resistencia de Stalingrado?

No importaba mentir una vez más. Había que dar al mundo la impresión del que el III Reich era poco menos que invencible, puesto que los alemanes preferían morir antes que darse por vencidos.

Pero aquello no era verdad: los alemanes del VI Ejército fueron empujados a la fuerza al sacrificio del mismo modo que Alemania fue llevada a una guerra que no quería.

Alemania no era el III Reich. Alemania era otra cosa más grande y más limpia que aquel funesto III Reich identificado con Hitler y el nazismo.

XXIII

La madrugada del día 10 de enero de 1943 nuestras posiciones empezaron a ser bombardeadas por los rusos.

Era la réplica del Alto Mando rojo a la decisión de Von Paulus de seguir resistiendo.

El cañoneo empezó de manera ensordecedora.

—¡Parece que dispara toda la artillería rusa al mismo tiempo! —exclamó uno de los soldados a mis órdenes.

—No tanto, no tanto, Alfred —dijo otro soldado—. Ya tendrás tiempo de acostumbrarte.

Aquel soldado, llamado Alfred Kamel, se había unido a nosotros hacía unos días. El teniente Sudermann había «reclutado» para nuestro grupo a cuantos soldados al verlos rondar desconcertados por los alrededores de un pequeño pueblo cercano a nuestras posiciones. Les preguntó que hacia dónde se dirigían y le contestaron que no lo sabían.

—Hace más de una semana que intentamos alcanzar las líneas alemanas —le explicó Alfred—. Nuestra compañía fue destruida en Plenk. Murieron todos los oficiales y nosotros nos hemos puesto a salvo de milagro. Ahora no nos atrevíamos a entrar en el pueblo porque no sabíamos si estaba ocupado por los rusos o por los alemanes.

Desde hacía algún tiempo, los soldados alemanes pertenecientes a unidades destruidas en el frente vagaban por la estepa, pasando hambre y frío, en busca de las líneas alemanas, que hoy estaban en un punto y mañana a cuarenta o cincuenta kilómetros.

—Esto es una auténtica desbandada —había comentando el teniente Sudermann.

—No me extrañaría que los soldados empezasen a desertar —comenté a mi vez.

—Lo malo es que empiecen algunos. Después el ejemplo cundirá, Weest.

—¿Cree usted, mi teniente, que, estando en las condiciones en que estamos, podría después juzgarse como desertores a estos soldados que, habiendo perdido todo contacto con sus jefes directos, se entregan al enemigo?

El teniente Sudermann se había limitado a pasarse la mano por la frente y contestarme lacónicamente:

—¡Todo puede ser, Weest!

—¡Pero eso sería una injusticia, mi teniente!

—Yo ya no sé lo que es justo y lo que es injusto. ¿Lo sabe usted, Weest? ¿Cree usted que es justo que se nos obligue a seguir resistiendo cuando apenas podemos con nuestra alma y no existe posibilidad alguna de recibir auxilio desde fuera del cerco?

—Mi teniente, creo que se están hundiendo muchas cosas en la mente y el corazón de todos nosotros.

El cañoneo, al cuarto de hora de haber dado comienzo, llegó a resultar atronador.

Permanecimos encogidos en los «bunkers» o en los hoyos de afuera. Nos apretábamos la cabeza con las manos. Las sienes nos temblaban como maderos mal atados en plena tempestad. Las muñecas parecía que se nos quebraban.

Pero el cañoneo seguía incesante, atronando la estepa con un siniestro machaqueo.

El vacío se nos hacía en la cabeza a fuerza de dolor. No pronunciábamos palabra. Era como si nos taladrasen la cabeza los estampidos.

—¡Nos vamos a volver locos! —gritó histéricamente Alfred.

—¡Cállate, marica! —le gritó lleno de rabia otro soldado.

Teníamos los ojos cerrados y estábamos como aturdidos. Un sordo vértigo nos invadía el cuerpo.

Pero el cañoneo seguía implacablemente taladrando el espacio, retumbándonos cada disparo en los huesos del esqueleto.

—¡Yo no aguanto más! —volvió a gritar Alfred.

—¡Quieto! —le grité.

Pero Alfred no me hizo caso y salió corriendo del «bunker».

«¡Lo matarán!», pensé.

No pude contenerle aunque salí corriendo tras él.

«¡Está loco!... Todos vamos a volvernos locos.»

Me arrastré hacia el exterior.

Alfred corría como un endemoniado por la tierra de nadie. Levantaba los brazos y hacía gestos grotescos, como un clown que intentase llamar la atención del público.

De pronto, ya no lo vi más. Un cañonazo lo había pulverizado.

Apreté la cabeza contra la tierra y mordí lleno de rabia la nieve.

El cañoneo continuaba.

Era como si, de repente, hubiesen asesinado el silencio.

«¡Nos matarán a todos! ¡Nos matarán a todos!»

Era la única idea que el ruido de los cañonazos permitía sobrevivir en mi cerebro.

XXIV

Antes de dar comienzo la ofensiva rusa en noviembre de 1942, las tropas alemanas cercadas en Stalingrado ascendían a unos trescientos mil hombres. En el transcurso de los sangrientos combates habidos entre ese mes y el 10 de enero de 1943, es decir, al dar comienzo la segunda fase de la ofensiva soviética, perecieron alrededor de ciento cuarenta mil soldados alemanes.

Entre estas bajas, no todas habían sido ocasionadas por las armas del enemigo, sino que había que cargar un elevado número a las ocasionadas por el frío, el hambre, las enfermedades.

Al iniciarse, pues, la ofensiva rusa de enero de 1943, el ejército alemán cercado en Stalingrado sumaba todavía alrededor de ciento noventa mil hombres.

¡Ciento noventa mil hombres que fueron lanzados fríamente al sacrificio más estéril por el Alto Mando alemán!

¡Ciento noventa mil hombres que hubieran dejado de padecer si las condiciones de rendición presentadas por Rokossovski hubiesen sido aceptadas por Von Paulus!

¡Ciento noventa mil hombres!

¡Eran ciento noventa mil hombres!

Ciento noventa mil hombres bien hubieran valido la pena de que se arrostrase por ellos la ira de Hitler.

De estos ciento noventa mil hombres, muchos iban a morir luchando como locos. Otros, especialmente oficiales, se quitaron la vida a sí mismos. Muchos murieron enfermos al no poder contar con la adecuada asistencia médica.

La totalidad, los ciento noventa mil, hubiesen aceptado como una liberación la orden de rendirse al enemigo.

El honor quedaba a salvo.

Habían luchado como auténticos héroes.

Habían luchado contra el enemigo, un enemigo inmensamente superior en número e infinitamente mejor armado.

Habían luchado contra el frío, contra el hambre, contra las enfermedades.

Pero no era todavía suficiente.

Teníamos que morir. El Führer lo exigía.

Nadie se opuso a los deseos de Hitler. Nadie intentó salvar a los restos del VI Ejército de la catástrofe que se avecinaba.

Todos eran culpables.

El único que no era culpable, el soldado alemán, fue precisamente el que pagó por todos.

La ira y la tristeza más negras me invaden cuando pienso que la tragedia pudo haberse, al menos, limitado en sus dimensiones.

Sólo hubiese sido necesario que un general —Von Paulus u otro— hubiese sido capaz de decirle a Hitler que bastaba ya de carnicería, que ya se había vertido bastante sangre alemana inútilmente.

Pero nadie quiso asumir la responsabilidad de desobedecer al Führer.

Los deseos del Führer eran mucho más importantes que las vidas de ciento noventa mil hombres cansados de luchar y de sufrir.

Pensarlo ahora llena de angustia el corazón. Parece mentira que ni una sola voz responsable se alzase contra la demoníaca voluntad de Hitler en aquella ocasión. Parece mentira que no hubiera podido ser detenida aquella lastimosa hecatombe.

Y, sin embargo, así fue.

El bombardeo masivo de nuestras posiciones duró posiblemente más de dos horas.

¡Dos horas de ininterrumpido machaqueo artillero!

Mis tímpanos conservaron durante mucho tiempo el eco de los cañonazos.

En seguida, a los pocos minutos de cesar el bombardeo, los rusos, vestidos de blanco, confundiendo sus amenazadoras siluetas con el nevado suelo de la estepa, aparecieron al otro lado de la tierra de nadie.

Me abracé al fusil ametrallador y disparé lleno de rabia, a tontas y alocas.

—¡Ahora me toca a mí! —grité estúpidamente.

Los soldados también empezaron a disparar desde los hoyos, sin orden ni concierto

—¡Es una locura! —le oí gritar al comandante Speidel a mis espaldas —. Agotaremos inútilmente las municiones.

Me volví a mirarle.

El comandante estaba de pie, impertérrito, sin importarle que pudiese quitarle la vida una bala enemiga. Acaso fuera lo que buscase.

A unos quince metros a la derecha, el teniente Sudermann, agazapado en su hoyo, miraba atentamente hacia el enemigo que avanzaba. Estaba pálido, pero en sus facciones había una extraña seriedad.

«¡Buscan la muerte, los dos buscan la muerte!», pensé.

El enemigo seguía avanzando a pesar de nuestro fuego sobre ellos. Algunos caían, pero los demás, cada vez en grupos más compactos, se acercaban a nosotros.

De pronto, el comandante Speidel dio una orden.

—¡Al contraataque! —gritó con voz ronca.

De los hoyos y de los «bunkers» salió como por ensalmo una tropa de esqueléticos alemanes.

Avanzamos al encuentro del enemigo disparando y gritando llenos de rabia.

—¡Adelante, adelante! —gritaba el comandante, que se haba colocado en primera línea.

Vimos como los rusos se detenían.

«Deben de asombrarse de que todavía tengamos fuerzas para contraatacar. No se dan cuenta de que es la desesperación lo que nos empuja.»

—¡Adelante, adelante! —gritaba el teniente Sudermann.

«¿Los rusos retrocedían?»

Sí, estaban retrocediendo ante el empuje de aquel puñado de locos mandados por el comandante Speidel.

No soñaba, no. Los habíamos rechazado.

XXV

Todos los frentes del cerco habían resistido mejor o peor hasta el día 10 de febrero de 1943.

El general Hube había informado a Von Paulus que el Alto Mando alemán estaba preparando una operación de socorro, en la que se proyectaba que participasen la 6.ª División acorazada, mandada por el teniente general Rans; la 23.ª División acorazada, mandada por el teniente general Nikolaus von Varmarn y el VI y VII Cuerpos de Ejército rumanos.

Se decía que las tropas llegadas de Alemania eran considerables e iniciarían pronto la ofensiva desde fuera del cerco.

Las tropas alemanas —pregonaba jactanciosamente la radio nazi— alcanzarán en Stalingrado la más soñada victoria de la guerra.

Todo era mentira.

No había más que proyectos. Proyectos. Proyectos. Siempre proyectos.

Pero la agonía de Stalingrado atravesaba ya su fase crítica.

La contraofensiva alemana estaba proyectada para mediados del mes de febrero de 1943.

¡Pero cómo era posible que se pensase que el VI Ejército podía seguir resistiendo todavía durante el tiempo que faltaba, suponiendo que tal ofensiva fuese a llevarse realmente a cabo!

Se le había informado a Von Paulus que era preciso, antes de iniciar la contraofensiva de febrero, reorganizar el sector sur del frente del Este y replegar el Grupo de Ejércitos que habían avanzado hacia el Cáucaso.

Consecuencia: el VI Ejército tenía que seguir resistiendo hasta el último hombre, incluso en el caso de que fuese arrinconado en las ruinas de Stalingrado. Era de todo punto necesario que el ferrocarril Stalingrado-Kotelnikovo no cayese en poder del ejército rojo.

Es de suponer que Von Paulus no dejaría de observar que aquel

plan de la contraofensiva alemana en febrero no era viable ni siquiera en el papel. Era una engañifa.

Por lo que respecta a la posibilidad de que el VI Ejército siguiese resistiendo hasta febrero, no es presumible que Von Paulus creyese que pudiese llevarse a cabo tal resistencia, conociendo como conocía el lamentable estado de las tropas alemanas sitiadas.

El propio Von Paulus escribió posteriormente que, a pesar de que el levantamiento del cerco del VI Ejército aparecía en primer plano, destacaban por otro lado dos puntos muy significativos: la resistencia del VI Ejército como condición previa para la reorganización en el sector sur del frente del Este y los planes para la futura ofensiva.

«Según la orden de Hitler —comentó Von Paulus— de que todos los planes debían ser objeto del mayor de los secretos, no fui informado en detalle sobre la situación en el medio y bajo Don ni tampoco sobre el potencial de las fuerzas destinadas a la nueva operación. Sólo me informaron directamente de los movimientos de repliegue que el Grupo de Ejércitos A instaló el 1.° de enero de 1943. Las declaraciones del general Hube y las instrucciones que recibí del comandante en jefe del Grupo de Ejércitos (mariscal Von Manstein) significaban para mí la obligación de resistir a cualquier precio, si no quería ser responsable del hundimiento de todo el sector sur del frente del Este, responsabilidad que no podía asumir, no sólo ante el Alto Mando, sino tampoco ante el pueblo alemán. Este punto de vista mío lo expuse claramente a los generales con mando bajo mis órdenes.»

Dudo mucho que el pueblo alemán no valorase hoy en día en su justa medida cualquier decisión de Von Paulus que hubiese ayudado a restringir la tragedia de Stalingrado. Por lo que respecta a que el cese de la resistencia del VI Ejército hubiese contribuido al derrumbamiento del sector sur del frente del Este, acelerando así el final de la guerra, tampoco en la actualidad puede caber duda alguna de que el pueblo alemán lo estimaría beneficioso para él, ya que le hubiese ahorrado estériles sacrificios sin cuento que se prolongaron hasta 1945.

El mariscal Von Paulus concluye que: «Puesto que no se había conseguido la estabilización del nuevo sector sur del frente del Este, consideré que, de cesar yo prematuramente en la lucha, seis ejércitos enemigos constituirían una grave amenaza para la vía de ferrocarril Stalingrado-Tichorestk, tan importante para la formación del nuevo frente alemán, así como para el repliegue del Grupo de Ejércitos en el Cáucaso.»

En realidad, aparte del sacrificio de los ciento noventa mil supervivientes del VI Ejército, ¿logró Von Paulus con su resistencia a ultranza detener el ya incontenible avance ruso?

Von Manstein reveló posteriormente en sus Memorias que el general Hube le expuso al Führer, el 8 de enero de 1943, que la situación del VI Ejército no podía prolongarse por más tiempo. No obstante,

Hitler le aseguró que el ejército de Von Paulus sería socorrido y salvado.

¡Todo charlatanería!

Cuatro horas después de haber rechazado a los rusos en un esfuerzo desesperado, nuestras débiles líneas fueron atacadas por potentes formaciones de tropas acorazadas, contra las que toda resistencia resultó inútil.

Nos arrollaron y tuvimos que dejar las posiciones, que con tanto tesón habíamos defendido, pobladas de heridos y cadáveres.

Los supervivientes nos retiramos atropelladamente antes de ser aplastados por los tanques rusos.

Nuestra lucha parecía la lucha de Don Quijote contra los molinos de viento.

Pero Don Quijote luchaba al menos por un noble ideal y nosotros no sabíamos ya ni por qué luchábamos.

Después lo supimos. Pero fue mucho más tarde. Cuando ya nada tenía remedio. Cuando ya la sangre alemana vertida no podía volver a ser introducida en las venas de los muertos e insuflarles nueva vida.

Por eso, ahora, al evocar aquellas alucinantes jornadas, una inmensa tristeza me invade el espíritu y siento la apabullante impotencia de no poder enmendar el pasado.

XXVI

«El día 10 de enero de 1943 —escribe Von Paulus— comenzó la gran ofensiva rusa, que el mando del VI Ejército esperaba precisamente por aquellas fechas. Hasta el 13 de enero tuvimos que replegar el frente del Oeste hasta el valle de Rossoschka...»

¡Y de qué forma, Dios Santo!

Nos retirábamos como atontados, sin saber exactamente qué dirección tomar.

Muchos soldados, creyendo que huían del enemigo, iban a darse de bruces con las tropas rusas y eran ametrallados a mansalva o hechos prisioneros.

Los prisioneros iban cayendo sobre la blanca estepa regando con su sangre el suelo helado. Una horrible algarabía de gemidos se elevaba al espacio acallando por veces el estampido de los disparos.

El estruendo era infernal. Huíamos como fieras acosadas.

Los tanques nos salían al encuentro aquí y allá, ametrallándonos a placer.

Parecíamos ridículos pigmeos luchando contra una raza de monstruos.

¡La raza de los tanques rusos sí que era una raza superior!

«...Este valle —sigo copiando a Von Paulus— lo perdimos el 15 de enero y con él el campo de aviación de Pitomnik. Contábamos todavía con dos campos más pequeños cerca de Gumrak, suficientes, según la Luftwaffe, para continuar el abastecimiento. El 17 de enero el cerco había quedado reducido a su mitad. Los combates, a pesar del estado en que se encontraba la tropa, se realizaban todavía según los planos dictados por el Mando...»

En teoría, sí, era así. Pero en la práctica, el VI Ejército se había convertido en una tropa desorganizada y desorientada, compuesta de pequeños o grandes grupos que actuaban autónomamente, según las exigencias del momento.

Las órdenes del Mando, cuando llegaban a los combatientes, a veces, no podían ser cumplidas porque el terreno a que se referían aca-

baba de ser conquistado por el enemigo. Otras veces, la unidad había desaparecido por haber sido destruida en combate o hechos prisioneros sus componentes. En algunas ocasiones los soldados habían perdido a sus jefes inmediatos, bien por haber caído muertos o heridos, bien por haberse suicidado o perdido sencillamente todo contacto con las tropas a su mando.

«...Sin embargo —dice Von Paulus—, cada día que pasaba iba en aumento cierta psicosis originada por la falta de abastecimiento y el miedo a caer en manos de los rusos. Este miedo, experimentado tanto por la tropa como por los jefes, lo fomentaba la propaganda contra el enemigo. La orden dictada el 20 de de enero, por ejemplo, además de exhortar a no pasarse al enemigo, insistía en la incierta muerte de quienes caían en manos de los rusos, amenazados de morir de hambre y frío en condiciones indignas de un ser humano.

»Varios de los Estados Mayores (II Cuerpo de Ejército y XIV Cuerpo acorazado) habían solicitado autorización para abrirse camino hacia el oeste, el sudoeste o el sur. Pretendían que cayera el menor número de soldados alemanes en poder de los rusos. Pero después de largas meditaciones, tuvimos que convenir que estos planes eran impracticables, pues no podía verificarse la evacuación de los heridos...»

¡Los heridos! Caíamos como moscas ametrallados por las tanques y la aviación rusos y una larga hilera de heridos —todos aquellos que no había habido que dejar tendidos sobre la helada estepa— se dirigía constantemente hacia la retaguardia. Muy pocos eran lo que llegaban a poder ser atendidos en los hospitales improvisados que jalonaban el camino de retirada hacia Pitomnik, Gumrak y Stalingrado.

Los médicos trabajaban sin descanso, cortándole a éste un brazo que amenazaba gangrenar el cuerpo entero; al otro un pie que se le había helado; heridas de todas clases eran o intentaban ser restañadas por los esforzados médicos militares. Pero carecían de medicinas e incluso de los más imprescindibles medios de higiene para evitar las infecciones.

«...Entre el 19 y el 20 de enero de 1943, se manifestaron muchos casos de hundimiento moral en la tropa, sobre todo en los puntos neurálgicos del frente. Yo mismo pude percatarme de este estado de cosas durante mis diarias visitas a los puestos de combate. Habida cuenta de que mis soldados llevaban ya muchas semanas padeciendo bajo los rigores del hambre y del frío, faltos de refugios, me consideré obligado a apelar de nuevo a la superioridad. Transmití a la vez los siguientes despachos al Grupo de Ejercitos y al Alto Mando del Ejército:

»"El valor combativo de la tropa decrece rápidamente debido a la falta de provisiones, de combustible y de munición. Dieciséis mil heridos carecen de los cuidados necesarios. A excepción del frente del Volga, no contamos con ninguna posición, ni disponemos de madera para construir refugios. Síntomas evidentes de desintegración. Solicito nuevamente libertad de movimientos en la prosecución de la lucha para atender a los heridos y evitar el hundimiento completo."»

En avión, con el oficial de enlace del Alto Mando del Ejército, envié una exposición más detallada de la situación.

Anteriormente había informado ya sobre el estado de la tropa.

La respuesta del Alto Mando del Ejército decía lo siguiente: «No cabe pensar en la capitulación. El Ejército cumple su misión histórica al resistir para hacer posible la creación de un nuevo frente al norte de Rostov y facilitar al mismo tiempo el repliegue del Grupo de Ejércitos del Cáucaso.»

¡Retóricas y más retóricas! Esto era todo lo que nos enviaba el Alto Mando alemán para ayudarnos a soportar aquellas inhumanas condiciones en que todavía resistíamos en el cerco. Mientras tanto, nosotros caíamos como moscas.

«...El 21 ó 22 de enero se presentó en nuestro mando el comodoro de una escuadrilla de transportes aéreos para orientarse sobre la situación en el cerco. Me informó de que su unidad había sido destinada desde el Mediterráneo a la región de Rostov y se estaba preparando para intervenir en nuestro socorro. Afirmó que podría transportar más de trescientas toneladas diarias, puesto que contaba con más de cien aviones, entre éstos varios del tipo más moderno (gigantes). Aseguró que pronto llegarían otros cien aviones. Pero era ya demasiado tarde. Dos días después perdíamos el último campo de aviación.»

Los únicos aviones que llegaron fueron aviones rusos que ametrallaban constantemente el terreno cada vez más pequeño que todavía ocupábamos dentro del cerco.

XXVII

Habíamos podido reagruparnos los supervivientes del grupo del comandante Speidel tras un día y medio de constante y penosa retirada.

Éramos ya muy pocos y estábamos hambrientos y llenos de frío. Nuestra moral era vacilante. Estábamos aturdidos, completamente desorientados.

Los tanques rusos, después de dispersarnos, nos habían perseguido implacablemente durante varias horas.

El comandante Speidel era el único que conservaba todavía el dominio sobre sí mismo. Era infatigable. Iba de un lado para otro preguntando a cada soldado por su estado de ánimo.

—Tú eres Fritch, ¿no? —le preguntaba a uno.

—Sí, mi comandante.

—Tienes mujer e hijos, ¿verdad?

—Sí, mi comandante.

—Has de ser fuerte. No tienes que desanimarte. Has de pensar en que tienes que volver al lado de tu mujer y de tus hijos.

—Sí, mi comandante.

A otro le preguntaba:

—Te hirieron en Francia, ¿verdad, Otto?

—En Bélgica, mi comandante.

—Te portaste bien, Otto.

—Hice lo que pude, mi comandante.

—Es preciso que lo sigas haciendo, Otto.

—Sí, mi comandante.

El comandante Speidel era un hombre admirable. Velaba por sus soldados, no sólo en la parte física y meramente profesional, sino por su espíritu, por su moral.

—¿Cómo va eso, sargento Weest? —me dijo acercándoseme, mientras yo descansaba sentado sobre un tronco.

—Voy resistiendo, mi comandante —le contesté, levantándome e intentando sonreír.

—No se levante, Weest. Descanse, descanse, por favor.

—Gracias, mi comandante —dije volviendo a sentarme.

—Si salimos de ésta, Weest, le propondré para una condecoración y el ascenso a teniente.

—Gracias, mi comandante. Pero no creo que ni usted ni yo salgamos de ésta.

El comandante me puso una mano sobre el hombro.

—¿Desanimado?

—Un poco.

—Es natural, es natural, amigo mío. Pero usted es valiente.

—En nuestra situación, ya poco importa ser un valiente o un cobarde, mi comandante.

—Ser valiente siempre importa, amigo mío.

El comandante se alejó de mi lado y siguió conversando con los soldados.

El teniente Sudermann, cuya herida en la cabeza, cada vez le molestaba más, pues, a pesar de que no era de importancia, con el frío y la falta absoluta de medicinas, se negaba a curar por sí sola, fumaba un cigarrillo.

«Todavía tiene cigarrillos... ¡Qué suerte!», pensé.

Hacía media hora que nos habíamos detenido a descansar, cuando, de pronto, aparecieron sobre nosotros media docena de aviones. Instintivamente, todos nos echamos cuerpo a tierra.

Pero por una vez, nos habíamos engañado. No eran aparatos rusos, sino alemanes. Iban en dirección al aeródromo de Pitomnik.

—¡Caramba! —gritó un soldado levantándose del suelo—. Todavía quedan aviones alemanes.

—Irá dentro el mariscal Goering —dijo otro con sorna—. Seguramente viene a solucionarlo todo.

—¿El mariscal Goering? Estás loco. Está demasiado gordo para poder viajar en avión —comentó irónicamente un tercero.

—Claro, de tanto no hacer nada, se le han engordado demasiado las posaderas.

—¡Cómo de no hacer nada? Come con cubiertos de vajilla de oro apetitosos faisanes y bebe en vasos de cristal de roca vino del Rin.

—¡Cállate, maldito, que se me desintegra el estómago!

—Claro que el mariscal también hace su ejercicio: va por todos los museos de Europa apropiándose de las obras de arte que todavía quedan.

—¡No encontrará ya muchas, no! Se las ha llevado todas ya.

—Alguna quedará.

El teniente Sudermann y yo oíamos con indiferencia aquella conversación de los soldados desahogándose contra el mariscal Goering, a quien consideraban responsable en gran parte de la situación en que se encontraba el VI Ejército, puesto que él había asegurado que la Luftwaffe suministraría todo lo que las tropas cercadas necesitasen. Pero, después, en la práctica, todo se quedó, como siempre, en una pálida caricatura de lo prometido.

XXVIII

Habíamos recibido órdenes del general de la división a que nos habían agregado de dirigirnos hacia Pitomnik, donde estaba el campo de aviación más importante dentro del cerco.

Por el aeródromo de Pitomnik recibíamos todavía suministro de víveres y municiones y desde él eran evacuados todos los heridos que lograban llegar allí con vida.

A lo largo de la estepa, nuestra heterogénea columna avanzaba cansinamente.

El frío nos hacía padecer lo indecible. Íbamos con las piernas y los pies envueltos en cuantos trapos habíamos podido recoger aquí y allá.

Del rostro sólo descubríamos la punta de la nariz y los ojos.

Debíamos de parecer una tropa de harapientos gitanos errantes.

De vez en cuando pasaba a nuestro lado algún vehículo motorizado ocupado por algún general o jefe de alta graduación.

Los soldados miraban pasar con indiferencia a los ocupantes, sin preocuparles en saludarles. Otros incluso les dirigían miradas torvas, tras las cuales se traslucía una sorda amenaza en potencia. Incluso algunos se permitían comentarios jocosos u ofensivos a su paso.

—¡Ésos siempre sobre ruedas!

—Sí; y nosotros a resistir hasta el último cartucho.

—Si es hasta el último cartucho, esto no va a durar ya demasiado.

—Entonces, ¿qué? ¿Vamos a resistir hasta el último general?

—No estaría mal.

—Los generales deben tener el pellejo duro.

—Por lo menos más duro que nosotros lo tendrán; ellos comen.

—Para eso mandan.

—Sí, y nos llevan a la gloria.

—¿A la gloria?... ¡M... para la gloria!

Algunas de estas frases por fuerza tenían que ser oídas por los ocupantes de los vehículos. Pero ninguno hacía caso de las murmuraciones de los soldados.

«A ellos también se les está hundiendo la moral», pensé.

XXIX

Hacía no recuerdo cuántos días que no recibíamos aprovisionamiento alguno de víveres. Sólo nos alimentábamos de un caldo hecho con carne de caballo y algunas piltrafas de carne. Ni galleta ni pan. Como bebida, agua, agua de la nieve derretida. Ni café. Ni leche en lata. Y el frío arreciaba, clavándonos sus uñas en las carnes debilitadas por la falta de calorías.

El día 20 de enero de 1943, el mariscal Erhard Milch, comandante en jefe de las unidades de transporte de las fuerzas sitiadas, recogía en su Diario el siguiente informe del comandante Thiel, jefe de la 3.ª Escudrilla de combate 27, después de haber visitado al mariscal Von Paulus el día anterior:

«Aterrizaje el 19 de enero, a las 11 horas, en Stalingrado. Muchos cazas enemigos sobre la fortaleza, pero no vuelan por debajo de los mil metros. Tan pronto aterrizó, el avión fue atacado por la artillería. El aparato fue alcanzado y muerto el piloto de a bordo.

»La pista de aterrizaje puede ser utilizada durante el día. En cuanto se observa un movimiento en el campo, intervienen los aparatos rusos arrojando bombas.

»Cuando el tiempo es malo, no aparecen los aparatos enemigos.

»El comandante del campo es el teniente Kolbenschlag. Las órdenes apenas son acatadas, puesto que los soldados se muestran ya muy apáticos.»

Inmediatamente después del aterrizaje, el comandante Thiel se presentó al capitán general Paulus.

Thiel expreso su opinión de que el campo sólo podía ser utilizado durante el día.

El capitán general Paulus, le dijo textualmente: «Los aviadores no dieron crédito a las informaciones de mi Estado Mayor y con ellos nos han traicionado a todos.»

El comandante Thiel repuso que buena parte de culpa correspon-

día a la deficiente organización de las fuerzas de tierra. ¡Su avión, que había aterrizado a las cuatro horas, no estaba descargado todavía a las cuatro de la tarde!

Puesto que el aterrizaje, la descarga y el despegue de veinticinco aparatos por hora no era posible, debido a las dificultades mencionadas, tampoco se podía transportar diariamente a la bolsa de doscientas a trescientas toneladas. El capitán general Von Paulus se hallaba muy excitado: «Está usted hablando con hombres muertos. Nos encontramos aquí por orden del Führer. La Luftwaffe nos ha dejado en la estacada y no ha hecho honor a lo que nos había prometido.»

Cabe preguntar aquí: Pero, ¿es que creyó en algún momento Von Paulus que la Luftwaffe era capaz de poder abastecer a los sitiados? Parece difícil poder aceptarlo. La aviación alemana andaba por el cielo de Stalingrado como huida. El espacio aéreo lo dominaba de manera absoluta la aviación rusa hacía cerca de dos meses, mucho antes de que Rokossovski le ofreciese a Von Paulus unas humanas condiciones de capitulación del VI Ejército y los restos del IV acorazado.

«Fueron convenidos tres lugares — concluye el informe del comandante Thiel, recogido por el mariscal Milch en su Diario— para arrojar material.» El capitán general Von Paulus objetó: «Ustedes han de tratar de aterrizar; arrojar material desde el aire es matar al Ejército. Lo que más precisamos es combustible»...

¿Aterrizar? Iba siendo ya cada vez más difícil para los pocos aviones alemanes que se aventuraban a hacerlo.

Pitomnik, hacia donde nosotros nos dirigíamos, para participar en su defensa, estaba amenazada por el avance de las tropas acorazadas rusas.

Los demás pequeños campos de aviación estaban constantemente bajo las bombas de los bombarderos rusos, a los que la artillería antiaérea alemana asustaba ya bien poco o casi nada.

Nos acercábamos a Pitomnik a marchas forzadas. No para descansar, sino para participar en su defensa.

La aviación rusa bombardeaba constantemente nuestra desarticulada columna, diezmándola y reduciendo nuestra ya relajada moral combativa a poco menos que cero.

De pronto, aquella oscura mañana, los soldados empezaron a gritar alborozados:

—¡Los nuestros, son los nuestros!

—¡Arrojan víveres!

En efecto, una escuadrilla alemana planeaba sobre nuestras cabezas arrojando paquetes con víveres y municiones sobre nosotros.

Los soldados corrían de aquí para allá tras los preciados paquetes caídos del cielo como un inesperado maná.

Los oficiales intentaban poner un poco de orden entre los soldados. Pero era inútil. No hacían caso alguno, preocupados tan sólo por recoger los víveres que caían del metálico vientre de los providenciales aviones.

Los soldados, al coger un paquete, lo desenvolvían febrilmente y, si eran víveres, allí mismo se ponían a consumirlos. Si eran municiones, las tiraban al suelo y corrían en busca de víveres.

El desorden era mayúsculo.

Hubo un soldado que allí mismo, rompiendo contra el fusil el cuello de una botella de coñac, clavó, por así decirlo, los labios en el roto cristal y bebió, bebió hasta que no pudo más y cayó, desvanecido, sobre el suelo helado de la estepa para no levantarse más.

—¡Parecen una horda de malhechores más que soldados del ejército alemán! —comentó tristemente el teniente Sudermann.

El comandante Speidel que había renunciado a poner orden entre los soldados, aquellos hambrientos soldados que no obedecían otra llamada que la del instinto de conservación, se había sentado sobre un trineo y mordía con gula un salchichón que había podido coger de un paquete.

Los prisioneros rusos eran empujados despiadadamente a culatazos por los soldados alemanes cuando pretendían apoderarse de algún paquete de víveres.

—Es necesario que también ellos coman, mi comandante —le dijo a Speidel el teniente Sudermann acercándosele.

—Sí, pero primero son los soldados, teniente.

—Se lo comerán todo, mi comandante, y encima les sentará mal.

—Es muy posible, teniente. Pero, ¿qué podemos hacer para impedirlo?

Nada, la verdad era que nada se podía hacer para contener a aquellos animales hambrientos en que se habían convertido los soldados alemanes. Un hambre invencible —convertida en aquel momento, después de saciada materialmente, en una especie de hambre psicológica— los cegaba y reducía a la lamentable condición de hombre de las cavernas. El que era más fuerte, más comía. No había manera de impedírselo.

Aquel espectáculo tendría que haberlo visto Adolfo Hitler.

Constituía un acabado ejemplo de la que sería el mundo si llegaba a imponerse la filosofía nazi: el fuerte imponiendo su fuerza bruta al débil.

XXX

El comandante Speidel había ordenado que los víveres recogidos, que no habían podido ser consumidos en el momento, fueran colocados en los trineos tirados por los prisioneros rusos, a quienes se habían facilitado pequeñas raciones.

—Esos tíos nos acabarán con los víveres —comentó uno de los soldados.

—Cuando tú caigas prisionero, bien te gustará que te den de comer, ¿no? —le contestó un compañero.

Yo, que caminaba cerca de ellos, intervine.

—¿Es que pensáis pasaros a los rusos? —les pregunté.

Los dos me miraron sin inmutarse.

—No sería una mala solución, sargento —me contestó uno.

—¿Solución a qué?

—A esta absurda lucha que a ningún lado conduce.

Tenía razón aquel soldado, pero no podía dársela.

—¿Sabes que la deserción se castiga con el fusilamiento?

—Lo sé. Pero no se le puede exigir a uno que se deje morir de hambre y frío, mi sargento.

Sí, era verdad, no podía exigírseles a los soldados que se dejasen morir de hambre y de frío... porque al Führer así se le antojaba.

—Entonces, ¿tú desertarías si se te presentase la ocasión?

—No lo sé, mi sargento.

—¿Y tú? —le preguntó al otro.

—Eso no podría decirlo ahora. ¡Quién sabe!

—Con ese espíritu de lucha no creo que seáis capaces de ganar ninguna cruz de hierro.

—¿Para qué más cruces, sargento? Nos sobra esta cruz de nieve.

¡La cruz de nieve! ¡La cruz de hambre! ¡La cruz de la desesperación!

¡Cuántas cruces habíamos ganado ya por derecho propio los hombres de VI Ejército!

Pero todavía ganaríamos otra: la del cautiverio. Sin embargo, con

aquella no íbamos a ser condecorados todos. Muchos perderían la ocasión de ganársela. La muerte se lo impediría.

Me acerqué al comandante Speidel.

—¿Cuándo cree que llegaremos a Pitomnik, mi comandante.

—Posiblemente mañana. Pero no estoy muy seguro de que permanezcamos allí mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Creo que los tanques rusos se acercan por el sur.

—Pero nos defenderemos, ¿no?

—Sí: ¡hasta el último cartucho!

El teniente Sudermann, que se había acercado, apostilló con tono pesimista·

—¡Como siempre!

Hacía el sur se oía intenso cañoneo.

—Parece que se lucha al sur de Pitomnik, mi comandante.

—Se lucha en todos los puntos del cerco. Todo el cerco es frente.

Sí, todo el cerco era frente. No se estaba seguro en ningún punto. Las galopadas de los tanques rusos acribillaban la estepa, sembrando confusión en las líneas alemanas que todavía intentaban establecer una ordenada resistencia.

En aquel momento, apareció la aviación rusa. Eran lo menos treinta aparatos de bombardeo.

—¡Cuerpo a tierra! —gritaron los oficiales.

Pero la orden llegaba tarde. La tropa ya se había echado de bruces sobre el suelo. Cada hombre trataba de resguardar su cuerpo al amparo de cualquier desigualdad del terreno.

En aquel momento no sentíamos frío. La ansiedad nos impedía notar que la tierra estaba helada.

Los aviones rusos fueron benévolos con nosotros en aquella ocasión. Arrojaron unas cuantas bombas y se alejaron. Total: unos diez o doce muertos y unos quince o veinte heridos. Poca cosa a aquellas alturas.

Después los aviones rojos se alejaron.

Nosotros permanecimos todavía cuerpo a tierra durante un minuto o dos minutos más. Nos fuimos levantando lentamente, dirigiendo los ojos, todavía temerosos, hacia el punto del horizonte por donde habían desaparecido los bombarderos rusos.

—Se dirigen a Pitomnik —dijo lacónicamente a mi lado el comandante Speidel.

—Nos preparan un buen recibimiento, mi comandante —dije.

—Sí, no tendremos tiempo de aburrirnos.

XXXI

¡Pitomnik!

Habíamos llegado a Pitomnik. Pero no nos esperaba allí ciertamente descanso alguno.

Los tanques rusos habían hecho su aparición en las inmediaciones de Pitomnik.

El campo de aviación, auténtica válvula de escape del VI Ejército, estaba amenazado por el avance ruso.

La 316.ª y la 29.ª Divisiones de infantería, que habían intentado detener la presión de las tropas acorazadas rusas, había sufrido una grave derrota en las posiciones establecidas entre Nowo Alexejewka y Demitewka.

La situación, pues, de Pitomnik era crítica. De un momento a otro, se esperaba que las tropas acorazadas rusas hiciesen acto de presencia.

La resistencia no había podido ser organizada y se estaba procediendo a la evacuación del aeropuerto.

Allí vi escenas que me horripilaron, algo que, a no haberlo presenciado, jamás hubiera creído que pudiera suceder.

Habían llegado al aeropuerto hacía un par de horas cuatro o cinco aviones alemanes con víveres, municiones y medicinas y, ahora, se disponían a evacuar del cerco a la mayor cantidad de heridos graves.

El aeropuerto era un hervidero de gente, cuando el comandante Speidel, el teniente Sudermann y yo llegamos, al mando de un grupo de soldados, para lograr que la evacuación de los heridos se realizase normalmente, según órdenes recibidas del jefe de la división a la que a la sazón pertenecíamos.

Una larga hilera de camillas con heridos graves se extendía desde los hangares hasta donde estaban los aviones que habían de conducir a Alemania a los heridos.

«Si viene la aviación rusa ahora, hará una tremenda escabechina», pensé alarmado.

Pero la aviación rusa no se presentó.

Sin embargo, la catástrofe no dejó de producirse.

Había despegado ya uno de los aviones, que iba repleto de heridos, y estaba procediéndose al traslado de heridos a los restantes, cuando,

de pronto, irrumpió en la pista del aeródromo una desesperada tropa compuesta por heridos leves o enfermos no graves.

—¿Qué pasa? ¿Qué es esto? —exclamó el comandante Speidel al ver aquella avalancha.

—¡Los rusos que llegan! —gritaban los heridos que habían irrumpido en el campo de aviación.

Se lanzaron sobre los aviones que esperaban para despegar, atropellando a los heridos que esperaban impotentes en las camillas.

—¡Deteneos, deteneos! —gritaba el comandante Speidel.

Pero aquellos hombres estaban poseídos de verdadera furia y nada podía detenerlos en su desesperado afán de ser evacuados y huir del infierno del cerco.

Asaltaron los aviones y se colaron brutalmente en su interior. Naturalmente, sólo hubo sitio para los más fuertes. Los heridos graves, los que estaban tendidos en sus camillas, unos fueron apartados sin consideración alguna, otros pisoteados e incluso golpeados salvajemente por lo que, a toda costa, querían ocupar un sitio en los aviones listos para despegar.

Nos vimos impotentes, por más que hicimos, para evitar aquel brutal atropello de los heridos que habían sido llevados al aeropuerto para ser evacuados a Alemania y que allí mismo encontraron, casi todos, una muerte inesperada, ocasionada por sus propios compatriotas.

—¡Esto es horrible! —gritaba el teniente Sudermann—. ¡Apartaos, salvajes!

Pero no consiguió otra cosa que ser golpeado por los excitados asaltantes de los aviones.

Para elevar al punto máximo el desbarajuste, de pronto alguien gritó desde la entrada del aeródromo:

—¡Los tanques rusos!

Efectivamente, las tropas acorazadas rojas habían llegado ya las cercanías de Pitomnik.

Los aviones, que todavía permanecían en el aeródromo, despegaro uno a uno. Muchos fueron los que se quedaron en tierra, maldiciend de su mala suerte e increpando con el puño desde abajo a los piloto que se alejaban de aquel infierno.

—Ya no hay nada que hacer aquí —gritó el comandante Speidel—. Vayamos a hacer frente a los rusos.

Nos dirigimos a la salida del aeropuerto corriendo.

—¿Vamos a algún lado, comandante? —preguntó gritando el teniente Sudermann.

—Sí, teniente, vamos hacia la muerte. Es la única salida —le contestó el comandante con voz ronca.

¡La muerte! Sí, en aquellos momentos, también yo veía a la muerte como la única salida, como el único paliativo a tanto y tan inútil y espantoso sufrimiento.

XXXII

«El cerco iba reduciéndose cada día que pasaba —escribió el mariscal Von Paulus posteriormente, cuando fue liberado de su cautiverio en Rusia—. El 24 de enero de 1943, había retrocedido el frente Oeste a los suburbios de la ciudad. El puesto de mando del Ejército había sido trasladado de Gumrak al puesto de mando de la 71.ª División de infantería, y, por la tarde del 23 de enero, a la parte sur de Stalingrado, hacia donde se dirigía el punto de gravedad de los ataques enemigos.»

Ya no había frente, en realidad. Todo el cerco era frente. Los rusos surgían por todas partes. Por detrás, por los lados... No sabíamos hacia dónde dirigirnos. Sólo sabíamos que las ruinas de Stalingrado estaban todavía ocupadas por el VI Ejército y su mando supremo.

«El día 24 de enero ya sólo era factible el abastecimiento arrojando el material desde el aire. Esto había sido ya previsto en las órdenes del Alto Mando del Ejército, que, en caso de quedar el Ejército dividido en grupos, determinaba que éstos debían continuar de modo independiente la lucha hasta el final y establecer contacto por radio con el Grupo de Ejércitos y al Alto Mando del Ejército. En consecuencia, nombraron jefe del sector Norte al general de infantería Strecker, del sector Centro al general de artillería Heitz, y el sector Sur quedó a mis órdenes directas.

»El grupo Norte quedó aislado el 26 de enero; el grupo Centro, el 29. Ateniéndose a las órdenes del Alto Mando del Ejército, tanto el grupo Norte como el grupo Centro quedaron eliminados en mi jurisdicción de mando»...

Corrimos desde el aeródromo de Pitomnik a hacer frente a los rusos.

Las unidades alemanas había sido arrolladas ya.

—¡Adelante! —gritó el comandante.

—¿A dónde va? —le preguntó un teniente coronel que se tropezó con nosotros.

—A luchar, señor —le contestó Speidel.

—Es inútil. Son tanques.

—Morir hoy o mañana es igual —contestó Speidel.

—¡No, no es igual! ¡Vuélvase, comandante, no sea loco!

—¿Es una orden?

—¿Quién habla de órdenes, hombre de Dios?

—Pues si no es una orden, sigo adelante.

El ruido característico de los tanques se oía ya con claridad.

—¡Sí, es una orden, comandante, vuélvase!

El comandante miró de hito en hito al teniente coronel. Era éste un hombre todavía joven. Alto, de rostro enérgico, tenía toda la planta del perfecto oficial prusiano.

—¿Puedo saber su nombre, señor? —le preguntó Speidel.

—Lubke, teniente coronel Hermann Lubke.

Y le tendió la mano.

—A sus órdenes, mi teniente coronel. Soy el comandante Speidel.

Se estrecharon las manos.

A todo esto, los soldados —unos cuarenta y tantos—, el teniente Sudermann y yo esperábamos expectantes la decisión del comandante Speidel.

—Pitomnik está perdido, comandante. Es preciso que nos retiremos hacia la ciudad de Stalingrado. Es el único reducto ya que nos queda —dijo el teniente coronel Lubke.

—Volvamos atrás, amigos —nos ordenó el comandante Speidel.

«No, al parecer, no es todavía hora de morir», me dije casi apenado.

El comandante en jefe de la 3.ª División antiaérea, general Piekert, que había sido evacuado de Stalingrado el 12 de enero de 1943, declaró posteriormente lo siguiente:

«No puede hacerse el menor reproche contra el mando del VI Ejército. El capitán general Von Paulus y el jefe del Estado Mayor visitaban continuamente a la tropa. Paulus estaba físicamente decaído. Schmidt se mostraba muy enérgico.»

Yo no había visto nunca hasta entonces personalmente al capitán general Von Paulus. Efectivamente, cuando nos visitó, precisamente en una situación crítica, después de la grave pérdida de Pitomnik, Von Paulus tenía un aspecto decaído.

Daba la impresión de estar enfermo. Seguramente estaba comido interiormente por reflexiones contrapuestas. En él lucharían a brazo partido el hombre y el general, el sentido de la disciplina y la llamada al corazón que la vista de tantos padecimientos como sufrían los hombres a su mando no podía por menos de hacerle.

A pesar del estado en que yo me encontraba, no dejó de impresionarme el aspecto de hombre acabado que ofrecía el comandante en jefe del VI Ejército.

Sí, también Von Paulus era una víctima del cerrilismo y la crueldad del Führer. También él había sido sacrificado por Hitler en aras de la propaganda.

Su gesto final, compartiendo en el cautiverio la suerte de los supervivientes del destrozado VI Ejército, que él había llevado a la catástrofe obedeciendo órdenes de Hitler, merece todos mis respetos.

No, Von Paulus no era un desaprensivo ni un loco, ni un hombre que buscase ganar méritos a costa de las vidas de los hombres a su mando, sino un hombre maniatado por su rígido sentido de la disciplina.

XXXIII

Al otro lado de Pitomnik, mientras nos retirábamos hacia Stalingrado, fuimos atacados por una formación de tanques rusos. Los tanques rusos eran para nosotros como una auténtica pesadilla. Aparecían por todos los lados, hostigándonos, ametrallándonos cuando menos lo esperábamos.

Al vernos acorralados, el comandante Speidel dio orden de que nos dispersásemos e intentásemos pasar al otro lado de los tanques como buenamente pudiera cada uno. Después ya procuraríamos concentrarnos los supervivientes.

Los tanques se dirigieron hacia nosotros disparándonos desde las torretas con sus ametralladoras. Estábamos indefensos. Ni nuestros fusiles ametralladores ni los fusiles corrientes podían hacer mella en los carros blindados.

—¡Desplegaos en abanico! —gritó el comandante Speidel.

Pero nadie hizo caso a la voz de mando. Los soldados se embarullaron y corrieron despavoridos de aquí para allá, como conejos acosados por perros de caza.

Muchos cayeron ametrallados allí mismo.

Yo, seguido de unos cuantos soldados, pude ponerme a salvo corriendo ahora hacia el norte, donde, a unos cincuenta metros de nosotros, había un pequeño barranco. Allí nos apostamos. Hasta allí no podían seguirnos los tanques.

Vi como muchos soldados, antes de alcanzar aquella salvadora defensa natural, caían bajo los efectos mortíferos de las ametralladoras de los tanques rusos.

Vi también como el comandante Speidel y algunos soldados lograban ponerse a salvo a través de los propios tanques, corriendo desesperadamente hasta colocarse a retaguardia de los mismos.

Vi, por fin, como caía el teniente Sudermann. El teniente, en vez de procurar soslayar a los carros de combate rojos, se había dirigido decididamente hacia uno de ellos.

—¡Está loco! —grité.

—¡Lo van a aplastar! —exclamó a mi lado un soldado.

El teniente, empuñando su pistola, la disparaba una y otra vez contra el blindaje del tanque. De tan cerca como había logrado colocarse, desde la torreta no lograban alcanzarlo con las balas de la ametralladora.

Sudermann seguía corriendo hacia el monstruo blindado sin detenerse. Parecía un endemoniado.

—¡Dios mío! —exclamé.

El teniente había llegado hasta el tanque ruso.

Vi como disparaba de nuevo su pistola inútilmente contra él. Después la arrojó contra el blindaje y él mismo se abalanzó con los puños en alto, con los que durante unos instantes golpeó absurdamente el frontis del tanque.

Cerré los ojos aterrorizado. Volví a abrirlos. El teniente Sudermann había desaparecido bajo el tanque.

—¡Es horrible! —exclamé.

—Es una manera de suicidarse como otra cualquiera —comentó tranquilamente un soldado a mi lado.

Los tanques rusos, una vez llevada a cabo su mortífera tarea, se dirigieron hacia Pitomnik.

El campo quedó sembrado de cadáveres.

Allí, en el centro de la estepa, un montón de sanguinolentos despojos humanos indicaba todo lo que quedaba de aquel hombre joven y noble que había sido el teniente Sudermann, triturado por las cadenas de un tanque rojo, bajo las cuales él mismo se había arrojado buscando la muerte con desesperación y rabia.

¡Pobre teniente Sudermann! No había sabido mantener la fe en Dios que siempre le había sostenido en los momentos difíciles.

Un muerto más que cargar a la cuenta de aquella inútil resistencia «hasta el último cartucho» ordenada insensatamente por el Führer desde su Cuartel General.

La carrera de la muerte, sin embargo, proseguía todavía.

El comandante Speidel logró reunir a duras penas a los supervivientes de su grupo, después de que los tanques dejaron de atacarnos.

—Hemos de dirigirnos a Stalingrado —dijo el comandante Speidel—. Allí todavía prosigue la resistencia organizada. Es posible que desde Stalingrado, la mayoría logre ser evacuada a Alemania.

Aquello no era verdad. Speidel sabía muy bien que ninguno de nosotros iba a ser evacuado. Pero lo había dicho para animar a su maltrecha y diezmada tropa.

Cada vez éramos menos. Estábamos ciertamente luchando hasta el último hombre. Pero, por lo que respectaba al grupo de Speidel, el último hombre pronto sería cualquiera de nosotros.

XXXIV

Antes de seguir adelante en mi relato de las penalidades sufridas por los hombres del VI Ejército cercados en Stalingrado, voy a recoger, como prueba fehaciente de la gratuidad que informaba toda la política del Führer —que desembocó en la catástrofe general de 1945, precedida principalmente de la catástrofe particular de Stalingrado como preludio—, la orden número 21 que establecía el desarrollo de la «Operación Barbarossa», o sea, la invasión de la Unión Soviética:

«La Wechrmacht alemana —dice Hitler, en aquella orden, fechada el 21 de diciembre de 1940— ha de estar preparada para, incluso antes de estar terminada la guerra con Inglaterra, aniquilar a la Unión Soviética en el curso de una rápida campaña («Operación Barbarossa»).

»El Ejército habrá de poner a disposición de este fin todas las unidades con que cuenta, con las limitaciones impuestas por la necesidad de mantener protegidas contra sorpresas las regiones ocupadas.

»A la Luftwaffe incumbirá liberar fuerzas tan potentes durante la campaña del Este y para el apoyo del Ejército que pueda contarse con una rápida evolución de las operaciones terrestres, reducir al mínimo daños contra las regiones de la Alemania oriental y eliminar los ataques aéreos enemigos. La formación del punto de gravedad en el Este terminará cuando todas las zonas de lucha y fabricación de armamento ocupadas por nosotros estén suficientemente protegidas contra los ataques aéreos, sin que por ello cesen las acciones bélicas contra Inglaterra, de modo especial contra sus vías de aprovisionamiento.

»El punto de gravedad de la acción de la Marina de guerra continuará dirigido, durante la campañ del Este, contra Inglaterra.

»La orden de despliegue contra la Unión Soviética la daré ocho semanas antes de que comiencen las previstas operaciones. Los preparativos que requieren un plazo de tiempo más largo, en el caso de que no hayan sido previstos todavía, deberán ser estudiados ya a partir de ahora y terminados antes del 15 de mayo de 1941.

»Hay que poner decisivo empeño en que no se descubra la intención de ataque.

»Los Altos Mandos deben comenzar sus preparativos sobre las siguientes bases:

»I. Objetivo general:

»La masa del ejército ruso destinado en la Rusia occidental deberá ser aniquilada en el curso de osadas operaciones, haciendo avanzar cuñas acorazadas e impidiendo al mismo tiempo el repliegue de unidades de combate hacia el interior de Rusia. En una rápida persecución ha de alcanzarse una línea desde la cual la aviación rusa no pueda atacar ya el territorio alemán. El objetivo final de las operaciones es la protección contra la Rusia asiática, partiendo de la línea general Volga-Arkangel»...

Como se ve, Hitler daba por descontado que los rusos serían vencidos fácilmente y sus tropas reducidas a la inoperancia activa.

¡Si el Führer fuese capaz de reconocer sus propios errores, cómo se hubiera desesperado al ver como, en Stalingrado, su castillo de naipes de la operación «Barbarossa» se le venía estrepitosa y trágicamente abajo!

Pero Hitler era un hombre ensoberbecido, carente por completo —como luego se demostró— de la menor capacidad de análisis y síntesis. Todo lo veía desde el ventanal difuso de su pensamiento teórico. No admitía más realidad que aquella que estaba acorde con su visión personal de las cosas. De ahí que se negase a ver la situación de Stalingrado tal y como realmente estaba planteada.

La verdad es que todo el tinglado del pensamiento político-militar de Hitler se basaba sobre aseveraciones gratuitas y suposiciones fantásticas.

Por ejemplo, véase el informe presentado al Führer, el 29 de enero de 1941, por la Sección Ejércitos Extranjeros, a través del Estado Mayor de la Wehrmacht, informe que sólo recoge unos datos estáticos, sin contar con la inmensa capacidad de recuperación que lógicamente debiera de habérsele supuesto a Rusia:

«Potencialidad del ejército soviético en tiempo de paz: 100 divisiones de fusileros y 32 de caballería; 24 brigadas motorizadas y mecanizadas. En total, unos dos millones de hombres.

Potencialidad del ejército ruso en tiempo de guerra: 20 ejércitos; 150 divisiones de fusileros, 15 de las mismas motorizadas; 32 divisiones de caballería y 36 motorizadas y mecanizadas. En total, unos cuatro millones de hombres.»

Estas fuerzas se distribuían en dicho informe suponiendo que existían en Rusia asiática: 29 divisiones de fusileros, 7 de caballería y 5 brigadas motorizadas y mecanizadas.

En la Rusia europea se suponía que habría: 121 divisiones de fusileros y 25 divisiones de caballería, 31 brigadas motorizadas y mecanizadas, 15 divisiones de fusileros en la frontera finlandesa y 6 divisiones alpinas en el Cáucaso.

Sin embargo, a medida que la guerra avanzaba, el ejército ruso fue haciéndose cada vez más potente y activo, rebasando todos los cálculos de Hitler. En cambio, el ejército alemán, que, naturalmente, no llegó a destruir nunca la capacidad de resistencia y recuperación del ejército rojo, a medida que la guerra avanzaba, cada vez perdía más potencialidad y su capacidad de recuperación y refuerzo se iba agotando rápidamente.

Las consecuencias de la imprevisión del Führer lanzaron a la nación alemana a la más funesta aventura de su historia, aventura que nosotros pagamos sangrientamente en Stalingrado y que todo el pueblo alemán costearía a lo largo de casi seis años con su sangre y con sus lágrimas.

XXXV

Por fin, llegamos a la vía de ferrocarril que unía el centro de la ciudad de Stalingrado y la orilla del Volga, pasando por Soroditsche, con Woroponowo, por donde regresaba del sur para llegar otra vez a la orilla del Volga.

Esta línea férrea atravesaba unos quince kilómetros de estepa y constituía la última línea de defensa organizada en la ciudad de Stalingrado.

Tras esta línea, las ruinas de Stalingrado nos esperaban.

En aquella línea se apiñaban los restos del cercado y derrotado VI Ejército.

Los «bunkers» estaban abarrotados de soldados y reinaba en ellos el mayor desbarajuste. En ellos se hacinaban los heridos, los enfermos y los esqueléticos soldados considerados todavía hombres útiles por el mando del VI Ejército.

En aquellos «bunkers» el hacinamiento humano preservaba en cierto modo del gélido frío de la estepa, pero el estado higiénico de aquellos hombres era deplorable, tan deplorable como su moral hundida.

Aquéllos no eran hombres, sino ex hombres, seres animalizados, sin ilusiones, sin esperanzas, abotagados, con la virilidad perdida en algunos, por desgracia, para siempre.

En aquellos «bunkers» la atmósfera era hedionda. Un olor repugnante, mezcla de sangre reseca, de sudor, de orines, de detritus de toda especie, le hacía a uno llevarse instintivamente las manos a la nariz la primera vez que entraba en un «bunker» de aquellos. Pero, luego, se acostumbraba. Es prodigiosa la capacidad de aguante que tiene el cuerpo humano.

Fuera, en la estepa, había cuerpos humanos incompletos mezclados con chatarra procedente de fusiles rotos, tanques destrozados, ropas abandonadas, latas de conserva vacías, arbustos arrancados de cuajo del suelo por los cañonazos o los bombardeos aéreos.

Y, detrás, las ruinas de Stalingrado, último refugio del Cuartel General del VI Ejército. Hacia Stalingrado se oían disparos de fusil y

ametralladora de cuando en cuando. Eran los francotiradores rusos que no habían podido ser liquidados por las tropas alemanas de ocupación y que seguían resistiendo milagrosamente y haciendo más penosa todavía la supervivencia de los sitiados.

El espectáculo que se ofreció a mis ojos más allá de la línea férrea, entre ésta y Stalingrado, fue horripilante.

Aquí y allá, recogidos sobre sí mismos como monstruosos caracoles, se acurrucaban en cualquier desigualdad del terreno soldados heridos o enfermos, a quienes no había sido posible prestar ayuda sanitaria. Se iban muriendo como perros sin dueño. Se iban dejando morir con triste dejadez. Morían de frío, de hambre, de las heridas infectadas.

Algunos tenían ya los pies y las manos heladas y sólo en el brillo animal de sus pupilas se notaba que todavía alentaba en ellos algo de vida.

Era algo espeluznante, cuyo solo recuerdo me hace temblar de horror aún hoy.

En aquellos «bunkers» había estado instalado el puesto de mando de la 71.ª División de infantería que había sido mandada por el heroico Hartmann. Se llamaba la «posición Hartmann» y estaba situada al norte de Stalingrado.

En aquella posición, desde la que se pensaba resistir a los rusos «hasta el último cartucho» —según la retórica consigna del Führer—, había un abigarrado conjunto de tropas: restos de regimientos de artillería —que todavía conservaban algunos caballos—, de transmisiones, de infantería, de las fuerzas acorazadas.

Esparcidos por los «bunkers» estaban los puestos de mando que intentaban coordinar la acción de aquellas heterogéneas tropas supervivientes de los combates librados a lo largo y a lo ancho del cerco desde el 19 de noviembre de 1942.

A aquella línea de defensa, la última ya, llegaban constantemente grupos aislados de soldados desde todos los puntos de la bolsa, con sus oficiales, o solos.

Los oficiales de los puestos de mando encargados de la captación de aquellos soldados fugitivos trataban, casi siempre infructuosamente, de inculcarles de nuevo el sentido de la disciplina y la moral de combate.

Era imposible que aquellos hombres volviesen a sentir estímulos patrióticos. Habían sido derrotados militar y moralmente. El nazismo había muerto para siempre en sus corazones. La fanfarria de los partes nazis radiados les dejaba indiferentes o, lo que era peor todavía, les ensombrecía la mirada y les llenaba la sangre de rencor.

Habían sido engañados y algunos lo comprendían ya claramente.

A éstos la voz de Hitler oída por la radio casualmente tenía la virtud de exasperarlos aun sin saber lo que el Führer despotricaba.

—¡Maldito asesino!

—¡Cobarde fantoche, ven tú aquí a combatir!

El padre y la madre de los jerarcas nazis eran sacados a relucir constantemente y no precisamente para dirigirles versallescos elogios.

Los oficiales, cuando oían murmurar o gritar libremente a los soldados exclamaciones ofensivas y soeces contra Hitler y sus colaboradores, se volvían disimuladamente de espaldas y hacían como que no oían.

El rencor crecía en los pechos de los soldados que habían sido sacrificados estérilmente por el Führer en el cerco de Stalingrado.

Sangre y hambre, odio y enfermedad, animalidad y temor eran los resortes que movían ahora a los restos de la tropa que antaño constituyera el victorioso VI Ejército, cuyas unidades se habían paseado en triunfo por los campos de Polonia, de Francia y de la misma Rusia hasta que se produjo la catástrofe —inhumanamente prolongada— de Stalingrado.

XXXVI

El capitán Behr había sido enviado a Stalingrado por el Cuartel General del Führer para exponerle a Von Paulus sus puntos de vista, que podían reducirse a esto: era preciso que el VI Ejército siguiese resistiendo hasta el final. Hitler prohibía —¿con qué derecho, Dios santo, con qué derecho?— que la resistencia cesase. Lo prohibía terminantemente.

No debía de rendirse ninguna unidad, ni siquiera aquellas que no estaban ya «en condiciones de luchar», y cuya capitulación había sido aconsejada por el propio general Schmidt a Von Paulus el 23 de enero, a fin de «ordenar mejor su morir», según palabras textuales del jefe de Estado Mayor del VI Ejército.

El Führer era inflexible. No quería ni oír hablar de capitulación. Se ve que él no sufría las calamidades que aquella desatinada e inhumana orden ocasionaba.

A finales de enero, creo que el 25 o el 26 de dicho mes, Von Paulus y el coronel de Estado Mayor Adanís fueron ligeramente heridos en el transcurso de un bombardeo aéreo. Las bombas habían caído en el último refugio del Cuartel General del comandante en jefe del VI Ejército, enclavado en unas ruinas de la Plaza Roja de Stalingrado.

El día 30 de enero de 1943, Von Paulus recibió un comunicado del Cuartel General del Führer: se le ascendía a mariscal de campo. Von Paulus debió acoger su ascenso con un irónico gesto. La resistencia del VI Ejército sólo duraría ya un día más...

El 20 de enero el comandante Von Zitzewitz fue evacuado de Stalingrado por vía aérea y, unos días después, informó al Führer en persona sobre la situación de Stalingrado.

—«No se puede ordenar ya a los soldados en Stalingrado —le dijo claramente a Hitler, en presencia de los generales Zeitzler y Schmundt— que luchen hasta el último cartucho, primero, porque físicamente no están ya en condiciones de hacerlo, y, en segundo lugar, porque no tienen ya el último cartucho.

—El ser humano regenera rápidamente —le contestó con frialdad el Führer».

Asombra la cínica serenidad de Adolfo Hitler puesta de manifiesto en más de una ocasión similar. ¿Era un insensato irresponsable o un hombre sin entrañas?...

Su reacción, al saber que los generales Von Paulus, Von Seydlitz y otros altos jefes del VI Ejército no habían tenido más remedio que capitular, resulta francamente odiosa, a menos que se cargue a su irresponsabilidad o soberbia demencial.

—«Ésos —dijo— se han rendido claramente. En un caso similar deberían haberse concentrado, formando un bloque, y matarse con el último cartucho.»

Pero, ¿qué clase de hombre era aquél? ¿Acaso podía ignorar las condiciones francamente extraordinarias en que se llevó a cabo la prolongada y alucinante resistencia del VI Ejército?

Tampoco resulta demasiado lúcido precisamente el comentario que hizo el general Zeitzler al enterarse de la rendición del VI Ejército.

—«Yo tampoco —dijo Zeitzler— llego a comprenderlo. Soy todavía de la opinión de que la comunicación no es verdadera. Posiblemente Von Paulus ha sido herido gravemente.»

Pero el Führer le interrumpió tajante:

—«No. Es cierto... Ahora los rusos los mandarán a Moscú, los entregarán a la G.P.U., y darán orden de que se rindan todos los que todavía siguen luchando en la parte norte del cerco. Ese traidor de Schmidt lo firmará todo. Los que en estos momentos no tienen el valor de seguir por el camino que debe seguir todo hombre en esta vida, no tienen tampoco fuerzas para resistir. Nosotros hemos cultivado demasiado el intelecto y demasiado poco la firmeza de carácter...»

Retórica, retórica y más retórica. Pero retórica fría, inhumana, ensoberbecida.

Renuncio a seguir transcribiendo los comentarios irresponsables del Führer a propósito del final de la tragedia de Stalingrado —recogidos de la conferencia del 1.° de febrero de 1943, fotocopiada para la colección del doctor Hans —Adolfo Jacobsen—, ya que no son más que un cúmulo le frases y pensamientos gratuitos, llenos como casi siempre del rencor a que tan dado era Adolfo Hitler.

Yo me pregunto cuál hubiese sido la actividad adoptada por el Führer en el caso hipotético de que él hubiera vivido en el propio terreno del cerco las espeluznantes jornadas de Stalingrado. Posiblemente no hubiese sido su postura tan arrogante como lo fue la que adoptó al vivir los trágicos acontecimientos de la tremenda batalla de Stalingrado desde su cómodo y nada peligroso puesto en su Cuartel General. Allí, claro, no se pasaba hambre, ni frío, allí no escaseaban las municiones; allí no había heridos ni enfermos sin los más elementales cuidados sanitarios; allí, en el Cuartel General del Führer, podía dormirse... Sobre

los mapas en los que su Estado Mayor le explicaba la situación del cerco de Stalingrado no había muertos insepultos, sangre reseca, enfermos de disentería, ni malos olores, ni nadie gritaba enloquecido...

Sí, era muy distinto vivir las vicisitudes del cerco de Stalingrado desde el Cuartel General del Führer que padecerlas en la propia carne sobre la helada estepa rusa.

XXXVII

Fui enviado, a los dos días de habernos instalado en la «posición Hartmann», a la ciudad —a las ruinas, mejor dicho— de Stalingrado para llevar un informe confidencial del comandante Speidel al Cuartel General del VI Ejército.

Salí del «bunker» en compañía de dos soldados, pues no sólo ofrecía dificultad el trasladarse a Stalingrado debido a los obstáculos que ofrecían las ruinas, sino también porque frecuentemente eran atacados los grupos aislados alemanes por bandas de francotiradores, cada vez más numerosas y activas a medida que el ejército rojo se acercaba a Stalingrado.

El panorama era francamente desolador.

La aviación rusa había removido el terreno de arriba abajo con sus constantes y devastadores bombardeos. Aquí y allá se abrían enormes boquetes y pequeños montones de tierra que dificultaban el caminar por aquel terreno, que, además, estaba surcado por numerosos lodazales.

Encontrábamos cadáveres insepultos a cada paso y restos de camiones destruidos por los bombardeos aéreos, así como detritus e infinidad de porquerías que convertían aquella tierra en una especie de albañal. El olor resultaba francamente insoportable. Parecía milagro que no se hubiera declarado todavía ninguna epidemia entre las tropas cercadas. Había habido, sí, tifus, lo había todavía, pero milagrosamente la epidemia no se había extendido demasiado entre las tropas y los casos de defunción eran relativamente pocos.

A medida que nos íbamos acercando a las ruinas de Stalingrado, veíamos elevarse ante nosotros negras nubes de humo, procedentes de los incendios a medio extinguir originados por las bombas de la aviación soviética.

Cuando entramos en lo que había sido casco urbano de Stalingrado, convertido ahora prácticamente un un ingente montón de escombros humeantes, vimos aquí y allí surgir de entre las ruinas restos humanos: ahora una cabeza destrozada, con la sangre reseca, putrefacta;

ahora un brazo o un pie desgajados, de aspecto repugnante; en todos lados huellas de sangre, de muerte, de destrucción...

El ánimo deprimido, a veces, me provocaba náuseas. Pero había que contener el vómito: el cuerpo no podía devolver lo poco que había ingerido.

El cañoneo sonaba incesantemente. Las piezas de artillería enemigas de largo alcance, situadas al otro lado del Volga, vomitaban constantemente mortífera metralla sobre las ruinas de Stalingrado.

A veces, veía elevarse ante mí, entre los escombros removidos por la metralla, algún miembro mutilado de algún soldado muerto hacía días.

Cuando nos acercábamos a la Plaza Roja, donde estaba instalado el puesto de mando de Von Paulus, una granada enemiga estuvo a punto de mandarnos al otro barrio a mí y a los dos soldados que me acompañaban. Estalló a un par de metros de nosotros, hiriendo sin importancia a uno de los soldados en la cabeza.

—¿Te han herido, Mollen? —le pregunté.

—Creo que no ha sido nada importante.

Me acerqué al soldado y vi, que efectivamente, no era nada de importancia, pero sangraba abundantemente.

—Bueno, supongo que en el Cuartel General podrán curarte.

Pero en los sótanos del Cuartel General nadie hizo el menor caso de Mollen. La verdad era que había demasiadas ocupaciones allí para atender a un herido leve.

Los oficiales y los jefes iban constantemente de un lado para otro, subiendo o bajando por la intrincada red de subterráneos que constituía el emplazamiento del puesto de mando de Von Paulus.

A duras penas, pude lograr que me indicasen el sótano donde estaba el jefe del Estado Mayor. Para entregar el informe del comandante Speidel tuvimos que esperar lo menos dos horas sin que nadie nos hiciese caso.

Por fin, pude hablar con un capitán de Estado Mayor.

—Mi capitán, traigo un informe para el jefe de Estado Mayor.

El capitán, un hombre gordinflón, con cara de conejo, me miró distraídamente.

—¿De quién es ese informe?

—Del comandante Speidel, jefe de...

No me dejó acabar.

—¿De dónde viene, sargento?

—De la «posición Hartmann».

—¡Ah!... A ver, deme ese informe.

Se lo di.

—Espérese —me ordenó.

Mis dos compañeros y yo esperamos pacientemente otras dos horas casi.

—Posiblemente se habrán ya olvidado de que esperamos —dije cansado de aquella espera.

Pero, no. En aquel momento regresó el capitán de la cara de conejo y me entregó un sobre cerrado.

—Tome —me dijo—. Entregue esto al jefe de la «posición Hartmann».

Salimos de nuevo al exterior atravesando aquel dédalo subterráneo en que estaba instalado el Cuartel General del VI Ejército.

—Viven como los topos —comentó un soldado.

—Les convendría respirar algo de aire libre —añadió el otro—. Así se darían cuenta de lo que ocurre en realidad a la luz del día y no nos obligarían a continuar esta aburrida resistencia.

—Ya salen, hombre, ya salen —dije yo—. El otro día dicen que fue herido el gran Von Paulus.

—Sí, por una rata, a lo mejor.

La incredulidad de la tropa con respecto a la honradez de los mandos, era ya casi general. Mal asunto para poder exigir que los soldados siguiesen luchando.

XXXVIII

Cuando nos acercábamos a lo que había sido el extrarradio de Stalingrado, a la sazón convertido en ruinas como el centro de la ciudad, al pasar ante las ruinas de un almacén, fuimos tiroteados desde ellas. Una de las balas me hirió ligeramente en un hombro. Dirigimos nuestros fusiles ametralladores contra los escombros del almacén y rociamos de balas sus derruidas paredes.

Nos habíamos parapetado detrás de unos escombros que había enfrente, al otro lado de lo que había sido calzada, y esperamos allí unos minutos, pero en las ruinas del almacén nadie parecía dar señales de vida.

—Habrán huido por el otro lado —dijo uno de los soldados.

—No comprendo cómo han podido subsistir los francotiradores durante todo este tiempo —comenté.

Nos acercamos cautelosamente al almacén en ruinas con los fusiles ametralladores dispuestos a disparar al menor asomo de peligro.

Pero nadie nos disparó de nuevo. Penetramos en las ruinas y las exploramos detenidamente. Nadie. Allí no había nadie.

—Aparecen y desaparecen como fantasmas —dije.

En aquel momento, cuando ya íbamos a salir de nuevo a la calzada, o lo que había sido calzada, pues ahora estaba totalmente cubierta de escombros, uno de los soldados me dijo en voz baja, señalando el boquete de un pequeño sótano que había en una esquina, disimulado a medias entre bloques de hormigón armado derruidos:

—¿No estarán allí?

—No creo. Sería como haberse metido ellos mismos en una ratonera —dije.

—A lo mejor ese sótano comunica con otras galerías subterráneas o tiene salida por otro lado.

—Puede ser. Vamos a verlo. Pero esperad. Mejor será que demos un rodeo y veamos si hay algún otro orificio de entrada.

Dimos la vuelta al montón de escombros y, efectivamente, al otro lado, había otra salida. De hecho aquello era un estupendo refugio con-

tra los bombardeos aéreos y la artillería, protegido como estaba por enormes bloques de hormigón armado.

—Quedaos vosotros aquí —les dije a los soldados—. Yo iré por el otro orificio y así los cogeremos entre dos fuegos. Yo los empujaré hacia este lado y vosotros los ametralláis cuando salgan por aquí.

Me fui hacia el otro lado de los escombros y penetré por aquel improvisado reducto con el fusil ametrallador dispuesto a disparar.

Al principio, la oscuridad que reinaba en aquel subterráneo me impidió ver bien a mi alrededor. Me detuve unos instantes para acostumbrar mis ojos a la oscuridad y seguí avanzando en silencio, con el mayor cuidado.

No había dado aún ni diez pasos, cuando creí oír voces en alemán. No pude entender lo que decían, pero aquello me extrañó enormemente.

Avancé agachado, lenta y sigilosamente. De pronto, cuando hube andado unos quince pasos más, el subterráneo se ensanchó y pude ver que allí, en un recodo, había luz como de gas.

Avancé arrimado a la pared.

—Ya se habrán ido los francotiradores y los otros —oí decir a unos dos metros de mí en perfecto alemán.

Cuando llegué al recodo del subterráneo donde parecía que había luz, quedé asombrado. El subterráneo se ensanchaba y formaba como una estancia bastante amplia. En una esquina había una linterna de gas y en torno a ella, sentados en el suelo, vi a unos diez o doce hombres. Eran alemanes, soldados alemanes.

«Desertores», pensé.

No llevaban armas, al menos a la vista, y tenían los uniformes totalmente destrozados. Pero, cosa extraña, aunque sucios, con el pelo y la barba de varios días, ofrecían un aspecto de hombres sanos y bien alimentados.

Los observé durante unos instantes. De pronto, quedé sorprendido. En medio de aquellos hombres, distinguí al brigada Müller.

«¡Bandido!», exclamé para mí.

Empuñé el fusil ametrallador y encañoné amenazadoramente con él al grupo de hombres que, al oír mi voz tonante, se quedaron paralizados por el miedo.

—¡Arriba las manos todo el mundo!

Todos obedecieron.

—¡Andando! —les ordené—. ¡Por ahí, por ahí! —les dije señalando con el fusil en dirección hacia la otra salida del subterráneo, donde esperaban los dos soldados.

Al acercarnos a la salida, oí disparos de fusil ametrallador. Los dos soldados habían disparado contra los desertores tomándolos por los francotiradores que antes no habían atacado. Dos desertores cayeron

muertos. El resto hizo un movimiento colectivo para retroceder, pero se contuvieron al ver que yo les apuntaba con mi fusil.

—¡No disparéis! —les grité a los soldados—. Son desertores. No llevan armas.

Salimos al aire libre.

—¡Vaya sorpresa, brigada Müller! —dije con sorna.

Él me miró torvamente.

—¿Ha perdido usted ya la confianza en el Führer?

El brigada no me contestó.

Ahora comprendía yo a qué se debía su ausencia: se había unido a una de aquellas bandas de merodeadores que robaban cuanto podían de los almacenes de aprovisionamiento del VI Ejército. Eran desertores que, temiendo morir en los frentes de batalla, preferían vivir como malhechores y arrostrar el peligro de ser sorprendidos y fusilados por sus antiguos compañeros.

—Ahora veo lo patriota que es usted, brigada Müller. La patria es para usted, como para todos los cerdos nazis, un negocio y nada más que un negocio. Mientras los demás la defienden. Pero, cuando ya no resulta un buen negocio, se le da la espalda. Ahora tendrá que comparecer usted ante un Consejo de Guerra sumarísimo. Cuénteles a ellos, brigada, la gran fe que tiene puesta en el Führer.

Me desagradaba hablarle así a aquel ex hombre, pero su asqueroso y cobarde comportamiento —¡él, que siempre había alardeado de sus patrióticos ideales nazis!— me sublevaba.

Sí, tenía que entregar a aquel traidor a la justicia militar. Pero y a los otros, a sus compañeros de bajeza, a aquellos desdichados soldados comidos por el miedo, que habían perdido todo asomo de dignidad humana, ¿iba también a entregarlos? Los fusilarían a todos. ¿Tenía yo derecho a erigirme en juez de los demás en aquellos críticos momentos, cuando toda la escala de valores humanos había quedado subvertida en los largos días de agonía del cerco de Stalingrado?

Un hecho fortuito vino a liberarme de tomar una decisión.

Fuimos de nuevo tiroteados por los francotiradores y, aprovechando la sorpresa del ataque, los desertores, entre ellos el brigada Müller, huyeron como conejos en varias direcciones Dos o tres cayeron heridos por las balas de los francotiradores y el resto se esfumaron como fantasmas —¿y qué otra cosa eran?— por entre las ruinas.

Cuando quisimos repeler la agresión de los francotiradores, éstos ya se habían esfumado también y nosotros reanudamos nuestra penosa caminata hacia la «posición Hartmann».

Aquel incidente inesperado me produjo una honda impresión.

Posiblemente los jefes nazis harían como el brigada Müller: huirían cobardemente cuando la catástrofe por ellos desencadenada sobre Alemania no tuviera ya remedio.

XXXIX

La tragedia de Stalingrado tocaba a su fin. Ni los retóricos discursos y apremiantes órdenes del Führer, ni el estricto sentido de la disciplina de Von Paulus y los demás jefes del VI Ejército podían evitarlo, ya que la tropa estaba vencida moral y físicamente y el cerco se había estrechado de tal forma, que las tropas se veían agarrotadas, estranguladas en las ruinas de Stalingrado y sus extrarradios.

Von Paulus, en su posterior intento de justificar su actitud, escribió lo siguiente: «Durante todo el tiempo existió un estrecho contacto entre los generales con mando y yo. Intercambiamos con frecuencia nuestros respectivos puntos de vista, estudiando las medidas que debíamos adoptar. Estas conferencias las celebrábamos en los puestos de mando o cuando me visitaban en mi Cuartel General. No convocamos una conferencia general porque no era posible, habida cuenta de las especiales circunstancias en que nos desenvolvíamos.»

¡Y tan especiales! Como que es posible que jamás ejército alguno haya luchado y resistido durante tanto tiempo en peores condiciones que lo hizo el VI Ejército en Stalingrado.

«Cuando se planteó —prosigue Von Paulus— la cuestión de romper el cerco por iniciativa propia, los generales Heitz, Strecker, Hube y Jaenecke se manifestaron contrarios, en tanto que el general Von Seydlitz abogó por la operación, a pesar de las órdenes emanadas del Grupo de Ejércitos y del Alto Mando del Ejército.»

Posiblemente otra hubiera sido la suerte corrida por el VI Ejército de haberse seguido el criterio de Von Seydlitz. Pero tanto Von Paulus como los restantes generales o le temían demasiado al Führer, o interpretaban demasiado rígidamente el sentido de la disciplina o carecían de una amplia y real visión de la situación en que se encontraban las tropas sitiadas. Lo cierto fue que éstas fueron sacrificadas y llevadas irremisiblemente al matadero o al cautiverio.

«Ninguno de los generales con mando bajo mis órdenes —confiesa Von Paulus— exigió jamás de mí que aceptara el ofrecimiento de la capitulación que el 8 de enero nos transmitió el ejército rojo. Cuando

se planteó la cuestión de poner fin a la lucha, alrededor del 10 de enero, la favorecieron los generales Von Seydlitz y Pfeffer (que había sustituido al general Jaeneck por haber sido herido éste y evacuado de Stalingrado), mientras que los generales Heitz y Strecker se mantuvieron firmes en su actitud negativa, lo mismo que el general Hube hasta que fue evacuado en avión.

»Discutí con mi jefe del Estado Mayor y con los jefes de las Secciones 1.ª y 2.ª (coroneles Eschlepp y Adain) sobre la conveniencia de poner fin a la lucha. Sólo el coronel Eschlepp se mostró contrario. Después de un meticuloso estudio, decidí que la responsabilidad sobre esta cuestión incumbía al Alto Mando»...

Naturalmente, en aquellas circunstancias, era lo más cómodo para Von Paulus. Pero su proceder hamletiano costó muchas vidas más todavía al VI Ejército.

«...El general Von Seydlitz fue informado debidamente. Comuniqué al Alto Mando que la resistencia había llegado al límite de lo humanamente posible»...

Naturalmente, el Alto Mando se negó a admitir la evidencia y ordenó que continuase la resistencia, hablando de la «misión histórica» que el VI Ejército tenía la obligación de cumplir.

«...Discutimos nuevamente la necesidad de poner fin a la lucha cuando, el 25 de enero, me visitó, por última vez, en el puesto de mando, el general Von Seydlitz, y de nuevo, el 27 de enero, con los generales Schlömer y Daniels, cuando los visité en su puesto de mando, instalado en la cárcel de Stalingrado. Insistí en que la situación general nos obligaba a resistir y que no podía poner fin voluntariamente a la lucha.

»Que la reacción fue distinta entre los jefes lo prueba el hecho de que el general Korfes (comandante en jefe de la 295.ª División de infantería, unido posteriormente al Comité Alemania Libre y alto jefe de la policía en la Alemania comunista) conquistara el 30 de enero un bloque de casas al asalto.»

Mientras los generales conferenciaban, discutiendo si procedía o no poner fin a la lucha, los soldados seguían muriendo en la «posición Hartmann», en todo el perímetro que rodeaba a Stalingrado y en las mismas ruinas de la ciudad.

La «posición Hartmann» era cañoneada constantemente por la artillería pesada y bombardeada por la aviación roja.

Pero la «posición Hartmann» seguía resistiendo. Los «bunkers» estaban hábilmente resguardados y los destrozos causados por los bombardeos no llegaban a minar del todo la moral vacilante de los combatientes.

No obstante, temíamos que, de un momento a otro, la posición sufriría un ataque masivo de la infantería roja. Los tanques, afortunadamente para nosotros, no podían apoyar el ataque enemigo, debido a la desigualdad del terreno que se extendía frente a nuestras líneas, que hacía ineficaz la intervención de los carros de combate rusos.

Yo no me podía quitar de la cabeza el caso de la vergonzosa deserción del brigada Müller.

Lo que más me enrabiaba era pensar que los que, como él, tanto alardeaban de patriotismo y fe en el nazismo eran precisamente quienes en los momentos de peligro, no sólo daban la espalda al enemigo, sino que se beneficiaban clandestinamente del inútil sacrificio de los mejores. Mientras nosotros combatíamos y pasábamos hambre, los tipos como Müller se alejaban del peligro y llenaban sus estómagos de sapo con los víveres destinados a los combatientes.

XL

El general Von Paulus no dejaba de darse cuenta de la gravedad de la situación. Hombre honrado a carta cabal como era, debió de sufrir mucho moralmente al verse en aquella crítica situación sin facultades para poder resolverla de acuerdo con sus sentimientos personales y sin que quedase menoscabado su sentido de la disciplina. Hubiera hecho falta otro hombre con más capacidad resolutiva al frente del VI Ejército en aquella trágica ocasión. Von Paulus, con sus dudas, prolongó innecesariamente, no cabe dudarlo, la inútil resistencia del VI Ejército.

Veía que la moral de la tropa se derrumbaba, cosa naturalísima, puesto que carecía de lo más necesario en todos los sentidos, como el propio Von Paulus demuestra al manifestar, como lo hizo posteriormente que: «las dificultades de abastecimiento fueron muy graves para las tropas en el frente del Este del cerco, destinadas luego a organizar el sector Sur en el cerco.

»A pesar de todo —dice—, el espíritu combativo de los soldados era excelente en un principio. Confiaban en el mando y esperaban ser liberados. Estaban firmemente convencidos de que las operaciones de socorro eran factibles, ya que en caso contrario el Alto Mando no los obligaría a resistir inútilmente. Esta confianza fue fomentada a principios de diciembre por las operaciones del IV Ejército acorazado y por las promesas del Alto Mando del Ejército.»

Promesas que ya conoce el lector de qué forma fueron cumplidas.

«A partir del 10 de enero de 1943, cuando comenzó la gran ofensiva rusa, descendió considerablemente la moral de la tropa. Esto se manifestó en una creciente apatía. Los soldados buscaban refugio en la ciudad de Stalingrado. Comenzaron a exteriorizar su opinión quienes consideraban inútil toda resistencia, aunque muchos otros abogaban todavía por la lucha hasta el final.»

La verdad es que en esto Von Paulus se muestra excesivamente optimista o habla de manera gratuita, sin verdadero conocimiento de cau-

sa, ya que, entre los soldados, era unánime, o casi unánime, el convencimiento que aquella resistencia era una locura, cuando no una injusticia que cometía con ellos el Alto Mando al obligarlos a resistir inútilmente hasta el final, cuando ya toda esperanza de socorro estaba absolutamente injustificada.

«Por mis visitas diarias a los distintos puestos de mando —dice Paulus— me hallaba perfectamente al corriente de todos estos síntomas y manifestaciones de la tropa.

»La distribución de víveres estuvo regulada hasta mediados de enero...»

Esto en teoría puede admitirse, es decir, visto desde el puesto de mando, pero en la práctica, ¿cómo se nos puede hacer creer a los que pasábamos hambre en los frentes de combate que la distribución de víveres estuvo regulada hasta mediados de enero?

«...Con la pérdida de los dos últimos campos de aviación, ocurrida el 24 de enero, las provisiones quedaron reducidas a una mínima expresión y cubrían escasamente las necesidades de los soldados de la ciudad»...

Entre los cuales vivían, como hongos, los hombres como Müller que robaban cuanto podían de los víveres destinados a la tropa combatiente.

«A pesar de las severas órdenes dictadas en contra, diversas unidades retuvieron sus provisiones, que ya no pudieron ser distribuidas.»

Y, entretanto, los soldados morían de hambre y de frío, cuando no eran segadas sus vidas por las balas rusas.

«La operación de arrojar víveres desde el aire, iniciada el 25 de enero de 1943, no redundó en nada positivo, y su distribución equitativa resultó del todo imposible. Gran parte del suministro cayó en manos del enemigo.

»Vistas las crecientes dificultades de abastecimiento, el 10 de enero, comienzo de la gran ofensiva rusa, di orden de que todos los prisioneros de guerra fueran conducidos al campo de aviación de Pitomnik y entregados de nuevo al enemigo. Cuando ya era prisionero de los rusos, me enteré que esta operación no había sido llevada a la práctica.

»Uno de los problemas más graves era el de asistencia médica. A partir del 24 de enero, no pudimos evacuar ya por vía aérea a ningún herido. Los hospitales de sangre estaban atestados y los heridos tuvieron que ser instalados en los sótanos. Cada día aumentaba la falta de medicamentos y vendajes.

»Otro grave problema lo constituían las condiciones higiénicas en que nos veíamos obligados a vivir. Los muertos ya no podían ser enterrados.

»Todo esto pesaba grandemente en las decisiones que yo debía tomar. Entre la obediencia a las órdenes recibidas y la consideración a mis soldados juzgué mi deber optar por la obediencia a mis superiores.»

Postura que, si profesionalmente puede estar justificada con creces, desde el punto de vista meramente humano resulta, no sólo discutible, sino incluso condenable. La obediencia a sus superiores no puede, por lo menos, no debe obligar a nadie, a sacrificar las vidas de otros seres humanos de una manera estéril como lo fueron las de los soldados del VI Ejército en Stalingrado a partir del 8 de enero de 1943. Hasta esa fecha todavía puede justificarse e incluso ser encomiada la resistencia de las tropas cercadas. Pero, a partir de esa fecha, en que fueron ofrecidas por el mando ruso las condiciones de capitulación y anunciada la gran ofensiva roja en caso de no ser aceptadas, toda resistencia resultaba suicida y, en consecuencia, cabe responsabilizar de tal catástrofe a quienes la ordenaron e hicieron proseguir.

«No podíamos —dice Von Paulus intentando justificar su actitud en aquella grave coyuntura militar y moral— eludir la responsabilidad que incumbía al VI Ejército en la organización del nuevo frente del sector Sur en el frente del Este, a pesar de tanto sacrificio como costaba, poniendo prematura y voluntariamente fin a la lucha.»

¿Prematura una capitulación después de haber resistido cercados cerca de tres meses, careciendo de víveres y municiones, y sin esperanza alguna de ser socorridos desde fuera del cerco?

La afirmación de Von Paulus sólo se puede aceptar como un intento de justificación de su estática actitud ante el desarrollo de los acontecimientos protagonizados por nosotros, los sufridos y sacrificados hombres del diezmado VI Ejército.

XLI

El día anterior, a media mañana, la Luftwaffe había arrojado gran cantidad de víveres sobre nuestras posiciones. Una buena parte de ellos cayeron en la tierra de nadie que separaba nuestras líneas de las rusas.

Muchos fueron los soldados que perdieron la vida intentando recoger uno de aquellos paquetes de salchichón, galletas o chocolate que habían caído sobre la tierra de nadie. Los rojos los fusilaban a mansalva cuando se acercaban a los víveres. Era aquél un buen deporte de tiro al blanco para los soldados rojos. Nosotros teníamos que asistir impotentes al fusilamiento implacable de nuestros compañeros.

Aquello debieran de haberlo presenciado los que aseguraban que podía seguir abasteciéndose desde el aire los restos del VI Ejército que todavía resistían.

Incluso llegamos a oír vagamente las risotadas que coreaban, en las líneas rusas, el acierto de un tirador cuando había derribado del primer disparo a un soldado alemán que se arrastraba ilusionado por el suelo enfangado hacia un paquete de los víveres arrojados por la Luftwaffe.

El cruel espectáculo —aquella caza del hombre por el hombre— nos deprimía, pero nada podíamos hacer para evitarlo.

Los oficiales habían prohibido terminantemente arriesgar la vida por ir a recoger aquellos malditos víveres. Pero los soldados no hacían caso alguno de tal orden y, de cuando en cuando, alguno se arrastraba hacia la tierra de nadie, para ser derribado indefectiblemente por las balas rusas. Era natural que los soldados se arriesgasen con la ilusión de poder coger algún paquete de víveres. Estaban hambrientos y ante ellos se presentaba la oportunidad, aunque peligrosa, de saciar su hambre. Al fin y al cabo, ¿no llevaban exponiendo inútilmente sus vidas desde el 19 de noviembre, en que habíamos sido cercados?

Me conmovió mucho contemplar como moría un soldado llamado Hans Gunkte, hombre cordial y valiente, que siempre estaba de buen humor y «hacía de tripas corazón» ante las adversidades. Hans Gunkte

era panadero de profesión. Tenía una tahona en un pequeño pueblo bávaro y siempre estaba recordando con humorística nostalgia el paisaje que enmarcaba su pueblo.

—Cuando regrese, me tenderé boca arriba sobre un prado durante horas y horas, hasta que me canse, y me saciaré el espíritu de aquel paisaje... Claro que antes me comeré varias piezas de pan, una docena de salchichas y me beberé un barril de cerveza. ¡Que también el cuerpo necesita alimento!

Hans Gunkte estaba casado y tenía dos hijos, uno de siete años y otro de cinco.

—Son guapísimos... Se parecen a su padre —solía decir bromeando Hans Gunkte—. ¡Bueno, tampoco su madre tiene que envidiarle nada a la Myrna Loy!

Hans Gunkte era un hombre sencillo y pacífico. Siempre estaba dispuesto a prestarle su servicio a un compañero y arriesgar por él la vida. Era un hombre de humilde, de verdadera valentía. Amaba la vida, pero no vacilaba en exponerla por ayudar a un compañero herido.

A veces pienso en cuánto me hubiera gustado poder ir a visitar, después de acabada la guerra, a Hans Gunkte en su pueblecito de la campiña bávara.

Pero no pudo ser. Hans Gunkte murió allí, frente a la «posición Hartmann», cazado a tiros como un conejo indefenso, cuando, acuciado por el hambre, había intentado arrastrarse por la tierra de nadie para coger algo que poder comer entre los víveres que la Lutwaffe había dejado caer el día anterior.

Vi con el alma en vilo cómo se acercaba, aplastado contra el fango helado, a un paquete de víveres. Vi cómo alargaba cautelosamente un brazo y se apoderaba de él.

—¡Lo ha conseguido! —grité alborozado.

Los rusos todavía no habían logrado alcanzarlo con sus disparos.

Hans Gunkte iniciaba ya el regreso. Llevaba apretado contra el pecho el paquete de víveres y se arrastraba lentamente.

De pronto, dio un pequeño salto y volvió a caer, esta vez pesadamente, quedando aplastado contra el fango. Una bala le había alcanzado en el costado.

Los brazos se le habían abierto en desigual cruz y él permanecía inmóvil de espaldas al cielo, como un trágico guiñapo humano.

—¡Lo han matado! —grité apesadumbrado.

El paquete de víveres quedó muy cerca de él, solitario, como tentándole todavía. Pero ya inútilmente. ¿Qué contendría aquel paquete? Tal vez chocolate y galletas, o salchichón o higos. ¡Qué se yo: cualquier cosa! El paquete contenía para mí solamente una trágica burla.

«¡Pobre Hans Gunkte!», pensé.

No pude contener las lágrimas. Era la primera vez que lloraba a lo largo de aquella guerra que tan odiosa me resultaba ya.

Hans Gunkte había muerto. Y ni siquiera había caído boca arriba, sino con la cara aplastada contra el fango.

Claro que, aunque hubiese muerto dando la cara al cielo, el cielo que sus ojos moribundos hubiesen visto por última vez no hubiese sido el cielo nutricio de su querida Baviera, sino un cielo extranjero y hostil.

Por eso, tal vez hubiese sido mejor así: que Hans Gunkte hubiera caído aplastando la cara contra el fango, sin poder distinguir la enorme diferencia que existe entre el cielo natal y el cielo extranjero, cualquier cielo extranjero.

XLII

Los soldados sabían que venía evacuándose del cerco, no sólo a los heridos graves, sino también a algún general o jefe que, aunque hiciera de héroe verbalmente, en la práctica prefería salvar el pellejo y salir de Stalingrado tal vez tan sólo para poder contar lo que había ocurrido y servir así a la Historia, a su manera, claro. Pero, naturalmente, en la opinión de los soldados, especialmente de los que, habiendo sido heridos, esperaban inútilmente ser evacuados a Alemania, y que no entendían de sutilezas, aquello era simplemente una traición o, por lo menos, una frescura.

Oficialmente, con respecto a la evacuación, se había determinado que se llevase a cabo de acuerdo con las siguientes instrucciones:

A) Por orden del mando del Ejército:

1. Heridos graves. Después, los demás heridos. Cada caso lo dictaminaba, en teoría, el médico del Ejército en el propio campo de aviación (aunque en la práctica, como ocurrió en Pitomnik, fuesen precisamente los más fuertes los que lograron imponer su evacuación). Fueron evacuados por aire hasta un total de cuarenta y dos mil heridos (en realidad de esta cifra, siete mil aproximadamente no eran realmente heridos, sino «especialistas», denominación vaga entre los que, sin duda, había muchos vivos).

2. Como correos del Ejército fueron destinados sólo aquellos oficiales que no podían intervenir directamente en la lucha. Su nombre incumbía directamente al comandante en jefe del Ejército. En enero de 1941, se efectuó un cambio: como correos eran evacuados del cerco los oficiales que, en opinión del Alto Mando del Ejército, habían de ocupar nuevos destinos fuera del cerco.

3. Los siguientes Estados Mayores de divisiones aniquiladas y desperdigadas, de común acuerdo con el Grupo de Ejércitos:

a) Estado Mayor de la 384 División de infantería, que entró en combate junto al río Chir. Dotación de tres aviones de la Sección de Operaciones abatidos por los rusos.

b) Estado Mayor de la 94 División de infantería, destinado a la lucha junto a Morosovskaia.

c) Estado Mayor de la 79 División de infantería, que organizó en Rostov la nueva 79 División de infantería.

B) Por orden expresa del Alto Mando del Ejército:

a) Oficiales de Estado Mayor general.

b) Comandantes en jefe (regimientos y secciones) de las tropas acorazadas, suboficiales y tropas (especialistas) de las tropas acorazadas.

c) El general de las tropas acorazadas Hube, el teniente coronel Wiluzki. Ambos fueron destinados al Estado Mayor «Stalingrado», con sede en Marinpol.

d) El general de ingenieros Jaenecke (IV Cuerpo de Ejército), que había sido herido; general Steinmetz (jefe del Estado Mayor del VIII Cuerpo de Ejército); coronel Stelle, jefe de ingenieros (autor de «La tragedia de Stalingrado», obra publicada en 1948); coronel Arnold, jefe de transmisiones, enfermo desde antes de ser cerrado el cerco. Su sucesor, nombrado por el Alto Mando del Ejército, no llegó a presentarse a nosotros. (Arnold fue sustituido después por el coronel Van Hooven, jefe de transmisiones del VI Ejército y que anteriormente había sido comandante en jefe del Regimiento de Transmisiones en el Alto Mando del Ejército. El coronel Van Hooven llegó al cerco a finales de diciembre de 1942).

2. El mando del VI Ejército consideró conveniente reemplazar los mandos que iban quedando vacantes con oficiales procedentes del Ejército, confiándoles el rango de su nuevo destino.

El comandante en jefe de VI Ejército tenía autorización expresa para efectuar nombramientos hasta el grado de teniente general.

Como se ve, a través de las líneas precedentes, entresacadas del análisis hecho de las operaciones de evacuación por el propio general Von Paulus, había mucho que hablar acerca de las causas dispares por las que podía uno ser evacuado de Stalingrado.

Desde luego, la suerte no era igual para todos.

A la tropa, a todos nosotros, se nos exigía que resistiésemos hasta el último cartucho. No podíamos ni siquiera tener la seguridad de que seríamos evacuados en caso de ser heridos gravemente, puesto que siempre podría ocupar el puesto de un herido grave, a la hora de ser evacuado a Alemania, un oficial a quien el Alto Mando del Ejército considerase como indispensable en otro puesto.

Por esto, desde el punto de vista estrictamente militar, puede tener una justificación tal vez irrefutable, pero para aquellos hombres que, como todos nosotros, estábamos luchando en condiciones pésimas, tales medidas de selección a la hora de ocupar un asiento en el avión que conducía a Alemania eran consideradas como favoritismo.

Esto, naturalmente, producía en la tropa un estado de inseguridad y desconfianza que minaba su moral combativa.

Nos daba la sensación de que no éramos tenidos como seres humanos por el Alto Mando, sino simplemente como números abstractos, como piezas mecánicas de una máquina que, por otra parte, todos veíamos, no sólo que sufría graves averías, sino que se iba inutilizando sin remedio día a día.

En aquellas circunstancias, no se les podía pedir a los soldados que se estaban sacrificando en Stalingrado por decisión del Führer que aceptasen comprensivamente algo que les parecía —y no sin razón— un indicio más de que estaban considerados por el Alto Mando del Ejército como despreciable carne de cañón.

En suma, que por todas partes se nos ofrecían motivos como para sentir la sensación de que estábamos siendo vendidos a precio de saldo.

Y nosotros éramos hombres, hombres que, aunque sabíamos que con toda seguridad íbamos a morir, no queríamos perder la esperanza de que podíamos sobrevivir.

Perder la esperanza de seguir viviendo es ya estar un poco muerto. Nosotros no queríamos perder esa esperanza. Para eso luchábamos.

XLIII

Después de una preparación artillera que duró casi dos horas y media, la «posición Hartmann» fue asaltada por oleadas de fusileros rusos.

Eran las diez de la mañana aproximadamente. Hacía un frío más intenso, si cabe, que en días anteriores.

Desde las trincheras observábamos como los rusos se acercaban. Eran muchos. ¿Cómo detenerlos?

En aquel momento empezó a nevar. Los copos de nieve hacían menos visibles todavía los cuerpos de los soldados rusos, que iban cubiertos con largos capotes blancos.

Todos esperábamos tensos, apretados los dedos al fusil como garfios, la orden de disparar.

El comandante Speidel había cogido un fusil ametrallador y esperaba también.

Había algo de hierático en la figura inmóvil del comandante.

«¿En qué pensará?», me pregunté yo.

Tal vez no pensase en nada. No pensar en nada era en aquellos momentos lo mejor que podíamos hacer.

A veces, en aquellos indefinibles momentos de espera que precedían a los ataques, a mí se me ocurría acordarme de cualquier hecho trivial ocurrido en mi pasada vida civil. Generalmente se trataba de alguna travesura de la infancia. Aquello me hacía sonreír y aliviaba la tensión a que estaban sometidos mi cuerpo y mi espíritu.

De pronto, el comandante Speidel, gritó:

—¡Fuego!

Los soldados de la «posición Hartmann» dispararon sus fusiles sobre los rusos que avanzaban. Sus líneas clarearon. Pero siguieron avanzando. Volvimos a oír la voz del comandante:

—¡Dispuestos para el cuerpo a cuerpo!

No se podía retroceder. Al fin y al cabo, ¿para qué retroceder? ¿Para

morir como ratas en las ruinas de Stalingrado? ¡Bah!... No mereceía la pena.

Los rusos se acercaron tanto a nosotros, que pudimos verles el rostro.

«Mejor alimentados que nosotros», pensé irónicamente.

Muchos de aquellos rostros que se nos acercaban se abatieron antes de alcanzar nuestras líneas.

Después, nada más que nieve y cuerpos que entrechocaban violentamente. Nada preciso. Todo era vago. Sólo era concreta la violencia.

No había griterío. Apenas se oía el gemido de un herido o el ruido de cuerpo que caía pesadamente sobre la tierra.

Mi fusil ametrallador ya no me servía más que de maza. Golpeé y fui golpeado. Pero no caí.

¿Cuánto duró aquella lucha cuerpo a cuerpo bajo la nieve que cada vez caía en copos más densos? No lo sé. Tal vez una hora, tal vez dos. Quizá tan sólo un cuarto de hora o media hora.

No sentía ningún dolor, pero respiraba jadeante.

Cuando me di cuenta, cuando pude adquirir de nuevo noción de las cosas, observé que los rusos se retiraban.

—¡Los hemos rechazado! —pude gritar al fin.

Aquel grito me alivió. Creí que llegaba de otro mundo. Pero no: no había soñado. Allí estaban, ante mí y alrededor de mí, tendidos, cuerpos de rusos y de alemanes sin vida y otros gimientes.

En los oídos sentía como un sordo zumbido y, de pronto, sentí dominado todo mi cuerpo por un poderoso deseo de descanso. Estaba extenuado.

El comandante Speidel continuaba en su sitio. Casi en el mismo sitio y en la misma postura que antes de haberse iniciado el combate cuerpo a cuerpo. Pero ahora su pecho jadeaba y los brazos los tenía caídos con laxitud a lo largo del cuerpo. En la mano izquierda todavía sostenía el fusil ametrallador.

El comandante Speidel miraba hacia las líneas rusas, a las que de nuevo habían llegado los soldados enemigos que nos acababan de atacar y habíamos hecho retroceder no sabía cómo.

Me pareció que el comandante Speidel tenía los ojos entornados. Poco a poco, fue volviendo la cabeza hacia la derecha. Luego hacia la izquierda. Después, dio media vuelta y miró hacia atrás.

A su alrededor, los soldados se habían ido sentando en silencio. Algunos se habían metido en los «bunkers». Nadie decía una palabra.

De pronto, el comandante, que me había visto, se acercó a mí y me abrazó.

—¡Los hemos vencido, mi comandante! —exclamé emocionado, abrazándolo a mi vez.

—Sí, Weest, pero mañana volverán, y, si mañana los rechazamos también, volverán pasado mañana... ¡Es terrible, Weest!

El comandante Speidel se había separado de mí y se acercaba a un soldado. Le puso amistosamente una mano sobre el hombro y le dijo:

—Creo que nos hemos portado bien, ¿verdad?

—Creo que sí, mi comandante.

El comandante Speidel se fue acercando, uno a uno, a todos los soldados que ocupaban la posición. Para todos tenía una palabra amable y un gesto auténticamente amistoso.

Después, vi como entraba, con los hombros encogidos, en el «bunker» donde estaba instalado el puesto de mando.

«Me parece que está llorando», me dije al ver el temblor convulsivo de sus recios hombros.

Volví la vista hacia las líneas rusas.

—¡Sí, mañana volverán! —dije a media voz.

XLIV

Alfred Froelich era un muchacho tímido, de apariencia enfermiza. Sin embargo, había resistido como cualquiera las penalidades del cerco.

Alfred Froelich era escribiente de un municipio de Renania. Le gustaba mucho leer. Siempre llevaba un tomo de poesías en el bolsillo de la guerrera. Era un tomo de poesías de Rainer María Rilke, que él leía casi a escondidas, cuando estaba solo y nadie le molestaba.

Alfred Froelich era taciturno y solitario. Se veía en seguida que era un hombre con vida interior intensa.

No era demasiado amigo de bromas, pero no se hacía, sin embargo, antipático.

Se había batido como los buenos a lo largo de todos los combates. Sin alharacas, pero honradamente, virilmente, Alfred Froelich había cumplido siempre con su deber a la hora de la verdad.

Ahora, Alfred Froelich haba caído herido gravemente.

—Una bala le ha puesto las tripas al aire —me dijo sombríamente el comandante Speidel—. Me ha dicho que quiere verle, Weest, que quiere hablar con usted.

Alfred Froelich estaba tumbado en un rincón del «bunker». Los soldados que había allí dentro no se preocupaban demasiado de él. Uno dormitaba. Otro intentaba dormitar. Otro se rascaba parsimoniosamente la espalda. Otro miraba al vacío...

—¿Me querías hablar, Alfred?

El muchacho estaba pálido, de un pálido enfermizo, cerúleo. Se apretaba el vientre convulsivamente con ambos brazos, y, por entre las manos, a través de la sucia guerrera destrozada, asomaban, viscosas y azuladas, sus tripas apenas ensangrentadas.

Me acerqué y me arrodillé a su lado. Intenté sonreír, pero no pude, creo que no pude. Mi sonrisa debía de ser más bien una ridícula y falsa mueca amable.

—Dime, amigo, ¿qué deseas?

Alfred me miró al fondo de los ojos. Me sentí estremecer al contacto indefinible de aquella mirada penetrante y angustiada.

—Voy a morir, sargento, y quiero pedirle un favor...

—Lo que quieras, Alfred, pero no vas a morir.

—Sí, voy a morir, y es mejor que así sea. Sufro mucho, sargento.

De pronto, tosió y el tronco se le encogió hacia el vientre con un espasmo terrible. Tardó unos instantes en reponerse. Estaba sumamente pálido.

—Calma, amigo, calma. No te esfuerces.

Alfred hizo acopio de fuerzas. Se le veía que hacía un supremo esfuerzo para seguir hablando.

—Quiero que, si usted sale de ésta, vaya a mi pueblo...

Las fuerzas le faltaban y tuvo que descansar. Cada vez se apretaba con más fuerza el vientre y cada vez se le salían más los intestinos por entre los dedos...

—Yo nací en...

Me dijo un pueblecito de Renania.

—Allí vive todavía mi madre. Es viuda. No tenía más hijo que yo. Ella es ya muy viejecita. Dígale, sargento, que me ha visto morir tranquilamente, que no he sufrido nada al morir. No le diga que me han herido. La pobre se asustaría...

La voz de Alfred se hacía por momentos más delgada, pero seguía siendo perfectamente inteligible...

—Dígale, sargento, que he muerto de una pulmonía. No es extraño que uno muera aquí de una pulmonía, ¿verdad? Hace tanto frío. Ella se lo creerá.

Quería decirle a Alfred alguna palabra de consuelo. Pero no me salía ninguna. En cambio, notaba que se me nublaban los ojos y que no podía remediarlo. Sentí de repente una gran rabia contra mí mismo.

—No se apene, sargento. Esto de morir es cosa de hombres. No importa que uno muera aquí o allá, de esto o de lo otro...

—¡Alfred, Alfred, qué valiente eres!

Alfred intentó sonreír.

—Todos aquí hemos sido valientes a la fuerza, sargento. Eso no tiene importancia. La valentía no es más que una palabra. Uno puede parecer valiente hoy y cobarde mañana. La valentía no existe, sargento... Lo único que existe es la muerte.

—¡Pero tú no morirás, Alfred!

Afuera empezó a tronar el cañón.

—Ojalá fuera yo el último muerto, sargento... ¡Morirán tantos todavía! Lo que apena es morir cuando uno podía seguir viviendo todavía...

El cañoneo empezaba a resultar ensordecedor.

—¿Verdad, sargento, que irá a ver a mi madre?

—Te lo prometo, Alfred.

—Mire, sargento, aquí, en este bolsillo de la guerrera, llevo un tomo de poesías de Rilke. Dentro van unas poesías manuscritas mías. Entrégueselo todo a mi madre...

De pronto, las facciones de Alfred Froelich se quedaron tensas. Su cara parecía una máscara trágica. Después, un segundo después, la cabeza se le dobló sobre el pecho y su cuerpo resbaló por la pared sobre la que estaba apoyado de espaldas, cayendo suavemente hacia el suelo del «bunker».

Fui a ver a la madre de Alfred cuando me liberaron los rusos, cuatro años después. Pero la madre de Alfred Froelich hacía ya tres años y pico que había fallecido.

El manuscrito con las poesías de Alfred y el libro de poemas de Rilke lo perdí en las ruinas de Stalingrado, en los momentos de la gran desbandada.

XLV

La tierra retemblaba como un caballo encabritado y los «bunkers» ya no constituían un refugio contra aquel diluvio de dinamita que la artillería soviética volcaba sobre nuestra posición.

Los «bunkers» eran destrozados y los hombres que en ellos se refugiaban saltaban despedazados por los aires, mezclados con la metralla y los escombros o huían despavoridos sin dirección fija.

Yo había logrado llegar hasta el «bunker» donde se refugiaba el comandante Speidel. Aquel «bunker» todavía se mantenía incólume.

Tropecé con varios oficiales al entrar. Los oficiales estaban espantados. Habían perdido el control de sí mismos.

En el interior del «bunker» no quedaba nadie más que el comandante Speidel. Mejor dicho, el cadáver del comandante Speidel, que yacía en el centro del «bunker» en medio de un gran charco de sangre.

El comandante Speidel acababa de pegarse un tiro en la boca cuando yo entré en el «bunker».

También al comandante Speidel se le habían roto los nervios.

Era el final.

Salí jadeando al exterior del «bunker». La tropa huía ya en desbandada hacia Stalingrado.

Los morteros y los cañones rusos seguían enviando metralla sobre nuestras posiciones.

La resistencia era ya imposible. Todo el mundo huía.

Agachado, buscando hipotéticos apoyos, me fui deslizando por la posición hacia retaguardia, sorteando como pude los obstáculos.

A mi alrededor estallaban las granadas y la tierra saltaba en bloques, como las olas de un mar en tempestad.

Milagrosamente no resulté herido y pude colocarme lejos de la zona batida por los cañones y los morteros rusos.

Aquí y allá, a lo largo del trozo de estepa que separaba la «posición Hartmann» de las ruinas de Stalingrado, los soldados alemanes huían.

Detrás, quedaban los muertos, los «bunkers» destruidos, la tierra removida.

—¡Aprisa, sargento! —me gritó un soldado que corría un par de metros delante de mí.

Lo reconocí. Era Erwin Simpt, un soldado del grupo de Speidel.

—Ahora ya no hay prisa, amigo —le dije.

—Los rusos llegarán pronto.

—No creo que se apuren demasiado, Simpt. De todos modos llegarán a tiempo.

Simpt se paró y me esperó.

—Tiene razón, sargento. En la ratonera de Stalingrado nos cazarán a todos.

—Suponiendo que quede alguno de nosotros cuando ellos entren en Stalingrado.

Otro soldado se nos unió. Estaba sumamente asustado.

—¿A dónde vais?

—¿A dónde crees que se puede ir? —le contestó Simpt.

—A Stalingrado, ¿no?

—Sí, no tenemos billete para otro lado, amigo.

—¿Crees que el general en jefe dará por fin la orden de rendirse?

Miré con tristeza a aquel soldado. Asustado y todo, se veía que todavía se agarraba a la esperanza de sobrevivir a aquella catástrofe.

—Es posible —dije.

—Si no lo hace, nos rendiremos igual —gritó histéricamente él.

—Calma, amigo, calma —le dijo Simpt—. El sargento puede dar parte de ti.

Yo me sonreí débilmente.

—Creo que ya se acabaron los grados, Simpt. Ya no hay más que hombres derrotados.

Nos íbamos acercando al extrarradio de Stalingrado. Una muchedumbre de soldados pugnaba por alcanzar cuanto antes lo que ellos consideraban como un lugar más seguro: las ruinas de Stalingrado.

De pronto, apareció la aviación rusa sobre nosotros.

La desbandada que se originó resultó impresionante. Las bombas arrojadas sobre nosotros causaron una terrible escabechina.

Aquí y allí se veían saltar por los aires, como muñecos, los cuerpos pulverizados de los soldados alemanes.

Corrí como pude a guarecerme en un hoyo y, con la cabeza materialmente clavada en la tierra, permanecí como unos veinte minutos.

Oía a mi alrededor explotar las bombas y me atravesaban los oídos los gritos de los heridos y moribundos.

«¡Dios mío, no es todavía suficiente»!, clamé dentro de mí.

Cuando pude levantarme, una vez cesado el bombardeo, contemplé desolado la labor realizada por los bombarderos rojos. La tierra estaba surcada de cadáveres y de heridos.

A unos metros de mí, yacía, panza arriba, el cadáver mutilado de Simpt. Le faltaban las dos piernas a la altura de los muslos y de éstos manaba la sangre a borbotones.

Vi como unos cuantos hombres, sólo unos cuantos, no más de dos docenas, se iban levantando lentamente del suelo.

Eran los supervivientes.

Juntos, cabizbajos y en silencio, reanudamos nuestra marcha hacia Stalingrado.

Detrás, quedaban los muertos, los «bunkers» destruidos, la tierra removida.

—¡Aprisa, sargento! —me gritó un soldado que corría un par de metros delante de mí.

Lo reconocí. Era Erwin Simpt, un soldado del grupo de Speidel.

—Ahora ya no hay prisa, amigo —le dije.

—Los rusos llegarán pronto.

—No creo que se apuren demasiado, Simpt. De todos modos llegarán a tiempo.

Simpt se paró y me esperó.

—Tiene razón, sargento. En la ratonera de Stalingrado nos cazarán a todos.

—Suponiendo que quede alguno de nosotros cuando ellos entren en Stalingrado.

Otro soldado se nos unió. Estaba sumamente asustado.

—¿A dónde vais?

—¿A dónde crees que se puede ir? —le contestó Simpt.

—A Stalingrado, ¿no?

—Sí, no tenemos billete para otro lado, amigo.

—¿Crees que el general en jefe dará por fin la orden de rendirse?

Miré con tristeza a aquel soldado. Asustado y todo, se veía que todavía se agarraba a la esperanza de sobrevivir a aquella catástrofe.

—Es posible —dije.

—Si no lo hace, nos rendiremos igual —gritó histéricamente él.

—Calma, amigo, calma —le dijo Simpt—. El sargento puede dar parte de ti.

Yo me sonreí débilmente.

—Creo que ya se acabaron los grados, Simpt. Ya no hay más que hombres derrotados.

Nos íbamos acercando al extrarradio de Stalingrado. Una muchedumbre de soldados pugnaba por alcanzar cuanto antes lo que ellos consideraban como un lugar más seguro: las ruinas de Stalingrado.

De pronto, apareció la aviación rusa sobre nosotros.

La desbandada que se originó resultó impresionante. Las bombas arrojadas sobre nosotros causaron una terrible escabechina.

Aquí y allí se veían saltar por los aires, como muñecos, los cuerpos pulverizados de los soldados alemanes.

Corrí como pude a guarecerme en un hoyo y, con la cabeza materialmente clavada en la tierra, permanecí como unos veinte minutos.

Oía a mi alrededor explotar las bombas y me atravesaban los oídos los gritos de los heridos y moribundos.

«¡Dios mío, no es todavía suficiente»!, clamé dentro de mí.

Cuando pude levantarme, una vez cesado el bombardeo, contemplé desolado la labor realizada por los bombarderos rojos. La tierra estaba surcada de cadáveres y de heridos.

A unos metros de mí, yacía, panza arriba, el cadáver mutilado de Simpt. Le faltaban las dos piernas a la altura de los muslos y de éstos manaba la sangre a borbotones.

Vi como unos cuantos hombres, sólo unos cuantos, no más de dos docenas, se iban levantando lentamente del suelo.

Eran los supervivientes.

Juntos, cabizbajos y en silencio, reanudamos nuestra marcha hacia Stalingrado.

XLVI

Los tanques rusos habían abierta cuña en las mismas ruinas del casco urbano de Stalingrado y dividido la ciudad cercada en dos. No era ya un solo cerco, sino dos: Stalingrado-Norte y Stalingrado-Sur.

La ciudad era un maremágnum de soldados desperdigados, desorientados, que iban de un lado a otro, amedrentados, sin saber a dónde.

Los soldados habían perdido todo contacto con sus unidades. No sabían siquiera dónde podían estar los puestos de mando, ni siquiera si existían.

Toda disciplina había sido destruida después del último empujón del enemigo, que nos había arrinconado dentro de las ruinas de Stalingrado.

Nadie sabía lo que había que hacer. Nadie sabía a dónde dirigirse. Nadie sabía si la resistencia continuaba o si el Alto Mando había dado ya orden de que se capitulase.

Había hambre, mucha hambre. Los soldados tenían hambre y frío y vagaban por las ruinas abandonados a su suerte.

Circulaban los más disparatados bulos por entre aquel enjambre de hombres hambrientos y derrotados, sucios y harapientos. Se decía que Von Paulus se había suicidado y que un grupo de oficiales resistía todavía en la Plaza Roja y otros lugares de la ciudad. Otros decían que Von Paulus había huido hacía días en avión. No había quien dejase de decir que el comandante en jefe del VI Ejército se había entregado él mismo a los rusos para huir de sus propios soldados abandonados, cuya venganza temía.

Pero lo cierto era que en el norte y en el centro de Stalingrado todavía proseguía la resistencia de una forma más o menos organizada.

Frecuentemente hacía su aparición la aviación roja sobre las ruinas de la ciudad y descargaba sobre ella su carga mortífera.

Los sótanos estaban abarrotados de heridos, de enfermos y de soldados que, extenuados físicamente y habiendo abandonado toda esperanza de sobrevivir a aquella catástrofe, se sentaban en cualquier rincón para dejarse morir tranquilamente de inanición.

Yo iba de un lado para otro en busca de comida y también de alguien que pudiese indicarme algún puesto de mando.

Pero nadie sabía nada. Nadie quería saber nada.

Hacía más de veinticuatro horas que no había probado bocado y me sentía desfallecer.

Había momentos en que lamentaba mi mala suerte por no haber muerto en alguno de los combates librados con los rusos.

El entendimiento me flaqueaba.

«Voy a enloquecer», pensaba.

Me sentía hambriento y abandonado como un perro sin amo. Sentía vergüenza de mí mismo, de aquella mísera condición en que me encontraba, tanto física como moralmente.

Llevaba el uniforme desgarrado. Sólo el frío me hacía reaccionar al penetrar a través de mis sucias y rotas ropas y flagelarme la carne cruelmente.

Siguiendo a un grupo de soldados que, como yo, buscaban un mendrugo de pan que llevarse a la boca, entré en un sótano, un amplio sótano situado bajo las ruinas de lo que seguramente había sido un importante edificio oficial ruso.

Aquel sótano era amplio, pero estaba abarrotado de heridos, enfermos y grupos de soldados, no heridos físicamente, pero hambrientos y con la moral rota. Se apiñaban unos al lado de los otros para prestarse mutuamente algo del calor de sus desnutridos cuerpos.

Olía allí pestíferamente a orines, a sudor humano, a sangre y a pus.

Busqué un rincón y me acurruqué como pude al lado de otros hombres a quienes, como a mí, el agotamiento físico y moral los había hecho recalar allí.

Intenté reflexionar. Pero la cabeza me daba vueltas y no lograba coordinar las ideas.

«Me voy a desmayar», pensé.

Cerré los ojos y apoyé la espalda contra la pared.

«Será mejor que no intente pensar en nada.»

Pero me era imposible. Visiones de pesadilla poblaban mi cabeza. Veía ante mí un pan enorme de forma de tanque ruso. Me acercaba a él, pero, cuando le iba a morder, el pan-tanque me atacaba y las cadenas se me clavaban en la lengua, produciéndome agudos dolores, que, poco a poco, pasaban al pecho y se me aposentaban en el estómago, torturándome.

Volvía a abrir los ojos.

«Tengo que intentar hacer algo.»

Pero me encontraba demasiado débil.

«Voy a morirme como un perro.»

Pensé en mi madre. Las lágrimas, unas lágrimas amargas me brotaron mansamente de los ojos y me abrasaron las mejillas.

De pronto oí que alguien gritaba con voz de mando:

—¡Eh, vosotros, de pie!

«Los rusos», pensé.

Pero no eran los rusos. Eran unos oficiales alemanes que intentaban reagrupar a los soldados para intentar una última resistencia en el centro de la ciudad.

Aquellos oficiales no daban muestras de estar demasiado agotados. Sus uniformes estaban sucios, rotos, sí, pero en los hombres se veía todavía cierta moral de lucha.

«Deben ser de los que se quedaron en la ciudad al lado del general en jefe», me dije.

—¿Estás herido? —me preguntó uno de los oficiales.

—No, pero hace casi dos días que no pruebo bocado.

—Arriba, pues.

—No puedo con mi alma.

—Te daremos algo de comer.

Hice un esfuerzo, me puse en pie y seguí a los oficiales. Veinte o veintinco soldados más salieron con nosotros del sótano. La esperanza de poder comer algo, fuese lo que fuese, había galvanizado momentáneamente sus escasas fuerzas físicas.

XLVII

Mientras nosotros todavía resistíamos en Stalingrado, cuando todavía no había sido arrollada la última línea de defensa de la ciudad sitiada, en Alemania, los jerarcas nazis habían montado el tablado para una nueva y fúnebre farsa: los funerales colectivos que oficialmente se hicieron de los hombres sacrificados en Stalingrado. Ello prueba que el Alto Mando alemán, aunque nos obligaba a resistir, consideraba ya segura nuestra perdición.

Con nuestro sacrificio querían crear un mito de cara a la propaganda. Veinticuatro generales, diez mil oficiales y trescientos mil soldados habían perecido heroicamente en Stalingrado para mayor gloria del III Reich. Tal era la versión oficial.

Incluso fueron invitadas a la ceremonia de aquellos infames funerales por unos hombres que todavía vivían... las «viudas» de estos hombres, sus padres, sus madres, sus hijos. ¡Monstruoso! Aquella cruel desfachatez clamaba al cielo...

Para Hitler y sus esbirros no había frontèras sentimentales ni morales. Cuando se trataba de inflar la propaganda, no se paraban en barras, y pisoteaban los sentimientos más sagrados del ser humano.

A estas alturas, conociendo como se conocen ya todas o casi todas las abominaciones concebidas bajo inspiración nazi tanto en los países ocupados como en la propia Alemania, a nadie le puede sorprender demasiado que Goebbels, indudablemente con el asenso de Hitler, cometiese tamaño acto de irrespetuosidad con el dolor de nuestros familiares. Pero cuando, al regresar del cautiverio en Rusia, me enteré de aquella burda y trágica farsa de los funerales que en Alemania se habían celebrado por nuestras almas mientras nosotros todavía luchábamos desesperadamente en Stalingrado, ello me causó enorme indignación. Estoy seguro de que a todos los supervivientes del cerco de Stalingrado les habrá ocurrido otro tanto.

Yo, como muchos otros soldados hambrientos, nos convertimos prácticamente en mercenarios al aceptar seguir luchando en la de-

fensa del cerco de Stalingrado a cambio de unas onzas de chocolate, unas rodajas de salchichón o un puñado de galletas.

Saciada a medias nuestra hambre, se nos facilitaron armas de nuevo y se nos envió a los puntos en donde todavía se intentaba contener a los rusos que avanzaban a través de las ruinas de la ciudad.

Yo y unos veinte soldados fuimos enviados a reforzar un puesto situado en un cruce de calles cerca de la Plaza Roja, en uno de cuyos sótanos tenía instalado Von Paulus su cuartel general.

Allí estaban apostados poco más de un centenar de hombres al mando de un capitán, el capitán Frank, hombre de unos treinta y tres años, de mediana estatura y dueño de un valor a toda prueba.

El capitán Frank había logrado contener hasta entonces todos los intentos de forzar el paso del estratégico cruce hechos por el enemigo.

—Hasta ahora no han podido utilizar los tanques —me dijo uno de los soldados que participaban en la defensa—. Pero esto no durara mucho de todas formas.

En efecto, aquello no podía ya durar mucho tampoco. Era difícil emplear allí los tanques por la enorme cantidad de cascotes que cubrían las calles, pero pronto localizaría la aviación rusa nuestras posiciones y entonces ya no habría nada que hacer.

Me senté detrás de un bloque de hormigón armado que escogí de parapeto y me dispuse a esperar la aparición de los rusos.

A mi lado se sentaron cuatro o cinco de los soldados que, igual que yo, habían sido inducidos a seguir luchando a cambio de unos mendrugos que llevarse a la boca.

—Yo si encuentro ocasión, me paso —decía uno de los soldados.

Ni me sorprendió ni me molestó en absoluto la manifestación de aquel soldado. Seguramente, si se nos presentaba la ocasión, todos haríamos los mismo.

—¿Crees que nos darán de comer? —preguntó uno de los soldados.

—Algo nos darán, hombre.

En aquel momento empezó el tiroteo.

—De momento —dije—, lo único que tienen los rusos para nosotros son balas.

—¡A sus puestos todos! —había gritado el capitán Frank, saliendo de un sótano en el que había instalado su pequeño puesto de mando.

Otra vez nos agarramos a los fusiles como autómatas y de nuevo disparamos contra el enemigo.

Pero, ahora, yo ya no lo hacía con rabia, sino con cierta indiferencia, como cumpliendo con una rutinaria costumbre.

Los rusos fueron apareciendo por varias calles, amparándose en las semiderruidas paredes de los edificios.

Nos arrojaron varias bombas de mano.

A unos dos metros de mí, vi cómo caían destrozados tres o cuatro soldados.

Pero seguí disparando.

—¡Duro con ellos! —gritaba el capitán Frank.

Los rusos, no obstante, seguían avanzando y arrojando sobre nosotros gran cantidad de bombas de mano.

De pronto, sin saber por qué, los rusos se retiraron.

Cuando aquello ocurrió, yo ya había echado una mirada a mi alrededor, para ver hacia dónde podría escapar sin que me derribasen las balas enemigas.

—Seguramente, ahora traerán la aviación —comentó un soldado a mi lado.

XLVIII

El capitán Frank era un hombre de agallas.

—En los puestos de mando nadie sabe nada de nada —me dijo ofreciéndome un cigarrillo, que yo recogí casi temblando y le agradecí en el alma—. ¿Hace mucho que no fuma usted, sargento?

—La verdad, mi capitán, casi ya no me acuerdo de la última vez que lo hice.

—Sin embargo, en los puestos de mando todavía se toman su café y su coñac y algún general aún se permite el lujo de fumarse un buen puro.

El capitán Frank había pertenecido al Estado Mayor de una de las divisiones aniquiladas en el Don. Desde entonces, siempre retrocediendo hacia Stalingrado, había luchado en primera línea.

—Ahora ya todo es primera línea.

—Por poco tiempo lo será, mi capitán.

—Hasta que esos bestias de rusos se acaben de convencer de que no nos rendiremos por las buenas. Entonces lanzarán contra nosotros la aviación y todo se acabará.

—¿No cree que antes el Alto Mando alemán dará la orden de alto el fuego?

—Ésos están deshojando la margarita y mientras tanto los soldados caen.

En aquel momento, se armó un revuelo fuera del sótano. El capitán y yo salimos corriendo.

—Seguramente ya vuelven esos a la carga.

Pero no, no eran los rusos. Varios soldados alemanes se habían agrupado en uno de los puestos avanzados y hablaban entre sí animadamente, mirando hacia el centro del cruce de calles que hacía las veces de tierra de nadie entre las líneas rusas y las nuestras.

—¿Qué ocurre? —preguntó el capitán acercándose al grupo.

Un soldado extendió un brazo hacia las líneas rusas. El capitán miró en aquella dirección. Tres soldados alemanes avanzaban hacia ellas con los brazos en alto.

—¿Quiénes son? —preguntó el capitán.

Le dijeron los nombres. El capitán Frank no hizo ningún comentario.

Ni siquiera lo hizo cuando vio que, a pocos metros de nosotros, otros cinco soldados alemanes salieron al centro del cruce de calles y con los brazos en alto, se dirigieron también hacia las líneas rusas. Tampoco dio orden de disparar contra ellos.

Los soldados que nos rodeaban empezaron a mirarse unos a otros con recelo.

—El que quiera puede irse —dijo el capitán lacónicamente.

Pero ninguno más se movió de su sitio.

El capitán y yo regresamos al puesto de mando.

—Más de un general desertaría también si fuese sincero consigo mismo. Pero ellos creen que es más valiente suicidarse.

El tono de voz de Frank era de rabia reconcentrada.

—Usted mismo habrá pensado más de una vez en mandar todo a paseo y pasarse al enemigo, ¿no, Weest?

El exabrupto del capitán no me sorprendió lo más mínimo.

—La verdad es que no he tenido demasiado tiempo para pensarlo. Pero si lo hubiese pensado, no quiero decir que no lo hubiera hecho —le contesté sencillamente, y añadí sonriendo:— Y usted, mi capitán, ¿lo ha pensado alguna vez?

—Si lo hubiera pensado, lo hubiese hecho.

—¿Cree que esos soldados son unos cobardes? —le pregunté.

—¿Unos cobardes? ¿Cree usted que puede llamárseles cobardes a unos soldados que han luchado como ellos desde el 19 de noviembre de 1942 hasta hoy, 28 de enero de 1943, careciendo de todo lo más necesario, sin esperanza alguna, sabiendo que el Alto Mando no los considera más que números abstractos?... No, sargento Weest, esos hombres no son unos cobardes, ni mucho menos. Mientras tuvieron conciencia de sí mismos lucharon valerosamente, pero ahora el hambre y las privaciones los han hecho olvidarse de sí mismos. Han desertado porque no saben ya quiénes son...

El capitán Frank se sentó sobre un montón de escombros y me ofreció otro cigarrillo.

—Tome sargento, fume.

—¿Teme usted que yo también me olvide de mí mismo?

—Me tiene sin cuidado. Eso es cosa suya, Weest. Pero no creo que a usted le resulte fácil olvidarse de sí mismo.

—¿Sabe usted, mi capitán, que, si ahora estoy aquí y sigo luchando, es sencillamente porque tenía hambre, mucha hambre, y unos oficiales me ofrecieron darme algo que comer?

El capitán me miró fijamente.

—Lo sospechaba, Weest. Tal vez yo mismo esté luchando todavía por la sencilla razón de que aquí aún no es posible morirse de hambre.

En cualquier caso, puedo asegurarle que no es por fidelidad al Führer por lo que todavía sigo con las armas en la mano.

—¿Ni siquiera por defender a Alemania?

—¡Defender a Alemania!... Aquí no defendemos nada, amigo Weest.

—Entonces, ¿por qué se nos ordena que sigamos resistiendo?

—Eso es lo grave: que no lo sabemos.

—Y ellos, ¿tampoco lo saben?

—¿Ellos? ¿Quiénes? ¿El Führer, Jodl, Keitel...? Ellos están jugando a la Historia, a hacer Historia. Alemania les importa un bledo. Sólo les preocupa el papel que ellos desempeñan o creen desempeñar.

—Entonces resulta que estamos vendidos y que Alemania también lo está!

—¿Y ahora se da cuenta, Weest?

—No, mi capitán, la verdad es que hace algún tiempo que estaba seguro de ello.

El capitán se levantó, me estrechó la mano en silencio y se dirigió hacia el sótano del puesto de mando.

—¡Es un gran tipo este capitán Frank! —exclamé a media voz.

XLIV

El día 1.º de febrero de 1943, la aviación rusa apareció sobre nuestras posiciones y las bombardeó implacablemente.

Corrimos a refugiarnos todos como pudimos, pero era inútil, las bombas removían las ruinas y hacían caer sobre nosotros una lluvia de piedras y metralla.

El que no resultó alcanzado fue de verdadera casualidad. El que se creía más resguardado saltaba de repente por los aires con el cuerpo reventado.

El capitán Frank, que había salido del sótano al oír la explosión de las primeras bombas, fue empujado hacia adentro por un grupo de soldados que corrían despavoridos a refugiarse en el puesto de mando. Los soldados habían perdido ya todo sentido de la disciplina, invadidos por el terror, un terror animal, invencible. Vivían tan sólo por el instinto y para el instinto

Los estampidos atronaban el espacio. Polvo y metralla, destrucción y muerte. Hacía muchos días que no se veía otra cosa a mi alrededor. Sin embargo, en cada bombardeo, en cada combate había algo dentro de mí que se aferraba desesperadamente a la vida.

Las ruinas se estremecían removidas por las bombas y lanzaban a los aires piedras, hierros, miembros humanos...

Yo estaba tendido boca abajo, con la cabeza apretada contra la tierra, bajo un bloque de hormigón armado, en una estrecha hendidura que me protegía totalmente el cuerpo. Pero a cada momento caían frente a mi refugio trozos de piedras pulverizadas por las bombas y restos de metralla.

El bombardeo duró cerca de media hora. Cuando cesó de retumbar en mis aturdidos oídos el estampido de las bombas, me deslicé lentamente de la hendidura hacia afuera.

Alrededor de mí no vi más que muertos, heridos y escombros recién removidos. La atmósfera estaba impregnada de un polvillo sutil, enervante y aquí y allá se elevaban al cielo densas humaredas.

Habían cesado ya los estallidos de las bombas, pero ahora se ha-

bían posesionado del espacio los gemidos de los heridos tumbados a lo largo y a lo ancho de la posición.

Miré hacia las líneas rusas. No se veía ninguna señal de movimiento. Si nos hubieran atacado en aquel momento nos hubiesen copado o dispersado fácilmente. No acababa de comprender por qué no lo hacían. Creo que hasta me hubiese gustado que lo hicieran. La verdad es que deseaba que todo aquello acabase de una vez.

Los soldados que habían resultado ilesos del bombardeo trataban de ayudar a los heridos. Pero el desbarajuste era mayúsculo y los heridos sólo recibían la ayuda de ser cambiados de postura y colocados sobre el suelo de una forma más cómoda y natural que aquella en que habían caído.

Busqué con la mirada al capitán Frank. Pero no lo vi en ninguna parte.

—¿Has visto al capitán Frank? —le pregunté a un soldado.

No, no lo había visto.

Me dirigí hacia el sótano saltando por entre los cuerpos de los heridos y muertos que se extendían ante mí.

Seguí preguntando por el capitán, pero nadie lo había visto. Nadie tenía tampoco el menor interés por el capitán ni por nadie que no fuera él mismo.

Cuando llegué a la entrada del sótano, vi, colgado de unos hierros de un bloque de hormigón, un brazo desgajado del cuerpo a que había pertenecido.

«Parece un brazo del capitán Frank», me dije.

Sí, efectivamente, era un brazo del capitán Frank.

Unos soldados que salían del sótano me dijeron que habían visto salir al capitán Frank del refugio en pleno bombardeo.

—Seguramente lo alcanzó una bomba —dije.

Los soldados me rodearon al oír que el capitán Frank había muerto.

—Ahora es usted el comandante de la posición, sargento —me dijo uno de los soldados.

—¿Yo?

—Claro, es usted el único que tiene graduación aquí.

—Sí, es verdad —contesté distraídamente.

Al recapacitar en que realmente era yo el que ahora, al menos por el momento, debía de tomar las decisiones me asustó y enrabió.

«¡Yo que tengo que ver con todo esto!», pensé, molesto por aquella situación que me cargaba de responsabilidad ante los demás y ante mí mismo.

Pero un suceso imprevisto —imprevisto pero naturalísimo— vino a sacarme de dudas y relevarme de aquella incómoda responsabilidad recién adquirida.

Un oficial se adelantaba hacia mí gritando:

—¡Orden de alto el fuego!

Los soldados lo rodearon en seguida.

—¿Dónde está el capitán Frank? —preguntó a gritos el oficial.

—¡Ha muerto! —le contestaron a coro los soldados.

—¿Quién ha quedado al mando de la posición? —preguntó el oficial.

—Yo —le dije adelantándome por entre los soldados.

—Bien, pues disponga que los hombres a su mando se preparen para capitular. El comandante en jefe del VI Ejército ha dado la orden de capitulación.

EPÍLOGO

¡Por fin, se había dado orden para que cesara la inútil y prolongada sangría de Stalingrado! Desde el 19 de noviembre de 1942 —fecha en que dio comienzo la gran ofensiva rusa de invierno, que culminó con la rotura del frente alemán y el cerco del VI Ejército y parte del IV acorazado— hasta el 2 de febrero de 1943 —fecha de la capitulación alemana en Stalingrado—, el hambre, la enfermedad, la muerte y todo género de sufrimientos no cesaron de caer sobre nosotros.

Ahora por fin, aquella locura febril había sido contenida.

Los rusos se fueron haciendo cargo de las unidades alemanas que capitulaban.

Nosotros fuimos reunidos y desarmados en la Plaza Roja de Stalingrado, donde, en los sótanos de un edificio oficial, había estado ubicado el Cuartel General de Von Paulus durante la última fase del asedio.

Von Paulus, finalmente, había comprendido que todas las promesas hechas por el Führer eran falsas. Hitler no pensaba ya ir en socorro del VI Ejército. Los sitiados estaban condenados al exterminio. Así nadie contaría que había sido llevado al matadero por la megalomanía e incapacidad del Führer.

Pero Von Paulus, a última hora, se había negado a morir para convertirse en un héroe oficial del nazismo, en un símbolo retórico que los nazis esgrimirían en su propaganda.

No, el mariscal Von Paulus tomó la unica decisión honrosa que todavía le era dado adoptar. Se rindió con sus hombres y aceptó la suerte que a éstos les estaba deparada: el cautiverio.

Aquel día, los rusos nos proporcionaron un rancho adecuado. Por primera vez en muchos días, la tropa alemana comió caliente.

Todos los soldados alemanes refugiados en los sótanos fueron desalojados de los mismos y pasaron a engrosar las largas filas de prisioneros. Los heridos y enfermos recibieron asistencia médica de urgencia y los rusos se dispusieron a transportarlos a los hospitales de sangre instalados a retaguardia de sus líneas.

Al día siguiente, 3 de febrero de 1943, yo salía de la ciudad de Stalingrado en unión de una larga fila de prisioneros alemanes.

Por distintos puntos de la ciudad en ruinas, los noventa y un mil supervivientes alemanes de la sangrienta batalla de Stalingrado nos encaminábamos, a través de la estepa, escoltados por tropas soviéticas, a las zonas donde permaneceríamos cautivos durante varios años.

La agonía militar alemana en Stalingrado había concluido y comenzaba ahora para nosotros, para cada alemán prisionero, la lenta tortura individual que supone sentirse desgajado de su tierra, acaso para siempre.

En aquello había ido a parar para nosotros el sangriento sueño alimentado por el Führer.

A partir de entonces, el signo de la guerra fue totalmente adverso para Alemania hasta desembocar en la catástrofe final que colocó al pueblo alemán al borde del abismo, cuyo preludio fue precisamente la tragedia del VI Ejército en las ruinas de Stalingrado.

FIN